

ELIZABETH ADLER

TARDE

TEMPRANO

LECTULANDIA

Ellie Parrish Duveen es una joven huérfana que adora a su abuela y ha abierto un pequeño restaurante que le permite ayudarla económicamente. La joven no ha pensado nunca en el amor hasta que conoce a Dan, un expolicía. Comienza entre ellos una profunda amistad que se transformará lentamente en un sentimiento apasionado.

Pero esta felicidad no durará. Buck Duveen, un peligroso psicópata, odia a la joven y a su abuela. Veinte años atrás Buck había sido encerrado en una clínica de alta seguridad por orden de la abuela Parrish. Al ser liberado, su único deseo es matar a la anciana y a su nieta. Un brutal episodio lleva a Ellie a refugiarse en la finca de Dan pero el amor no será suficiente para alejar a Buck, cuya locura aumenta su sed de venganza.

Lectulandia

Elizabeth Adler

Tarde o temprano

ePub r1.0

Titivillus 12.06.18

Título original: *No Regrets*
Elizabeth Adler, 1997
Traducción: Edith Zilli
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*La maldad tiene una
manera especial de
hacernos comprender
mejor a la «gente bonita».*

*Y con el amor
ocurre lo mismo...
Tarde o temprano.*

Prólogo

1971.

El acojinado asiento de cuero de la parte trasera del hermoso Bentley blanco convertible era rojo: el color favorito de Ellie Parrish Duveen. También estaba muy caliente. Caía la tarde; pero, como ella apenas tenía cinco años, no sabía qué hora era.

El padre de Ellie iba sentado al lado de su madre, quien conducía. Él llevaba el brazo apoyado perezosamente sobre el asiento de su mujer e iba entonando *Adelante, soldados de Cristo*. Echó la cabeza atrás y cantó a todo pulmón las estrofas mientras la madre de Ellie reía de las payasadas de su marido. De cuando en cuando él se volvía, le guiñaba un ojo a Ellie y cantaba con más fuerza para la niña, lo que hacía reír todavía más a su madre mientras conducía por las peligrosas curvas que los llevaban montaña abajo.

El cálido sol de California caía a plomo en ese momento sobre los rizos de la cabeza pelirroja de Ellie. El calor era tan fuerte que pensó que le secaría el cerebro. Levantó su sombrero de paja del piso del auto y se lo caló. Un bostezo la tomó por sorpresa, así que se deslizó aún más en el caliente asiento de cuero rojo.

Acababan de comer en una parada del camino, escondida en un valle de las montañas de Los Padres. Era un sitio que a Ellie le encantaba, había hombres vestidos de vaquero que preparaban carne a la parrilla, codornices y mazorcas de maíz, y cantaban al ritmo de los acordes de una guitarra. Su padre cantó con ellos mientras levantaba su vaso de cerveza y lo movía al compás de la música. Luego su madre se levantó y bailó haciendo girar sus largas faldas de gasa al tiempo que aplaudía sobre la cabeza, como si fuera una gitana española. A Ellie le fascinaba mirar y escuchar el zapateo de los pequeños pies de su madre, enfundados en unas costosas botas vaqueras blancas de piel de lagarto. Pensaba que era una maravillosa bailarina.

A veces, Ellie oía comentarios acerca de sus padres. Quienes no los conocían los tildaban de locos. Los que sí, sonreían y los llamaban *hippies* ricos y excéntricos. Decían que si había una gran fiesta en alguna parte del mundo, sus padres estarían allí.

—¿Y por qué no? —respondía Romany Parrish Duveen cuando preguntaban por qué consideraba necesario volar nueve mil o diez mil kilómetros, al otro lado del mundo, solo para pasar una noche divertida. El lema de Rory Duveen era «la vida debe ser divertida», y vivía apegado a él.

La comida de ese día había sido muy larga, y Ellie había comido mucho. El sol le daba en la cara mientras dormitaba. La niña podía oír, como si viniera de muy lejos, la risa de su madre, y pensó que ese era el sonido más maravilloso de la Tierra.

Cuando la madre reía, todo estaba bien en el mundo de la pequeña Ellie.

—¡AY! —oyó exclamar a su madre cuando el enorme Bentley se tambaleó de manera caprichosa al tomar una curva.

Ellie entreabrió los ojos. Miró por encima del borde de la puerta del auto, más allá de la orilla del camino, las afiladas rocas del fondo del despeñadero. Su madre enderezó el volante; el enorme convertible siguió su camino con suavidad y Ellie volvió a cerrar los ojos, feliz.

—«Adelante, solda-a-a-a-dos de Cristo, que marchan como si fueran a la guerra, con la cruz de Jesús por delante...».

Las risas de sus padres rebotaban en las cimas de las montañas y hacían eco en los valles. En ese momento su madre exclamó de nuevo «¡Ay!» cuando el Bentley volvió a trepidar un poco.

Su padre cantaba todavía: *Adelante, soldados de Cristo* cuando el gran auto salió volando repentinamente con un violento giro.

—¡Ay! —exclamó su madre una vez más mientras reía y trataba de enderezar el vehículo. Seguía riendo aun cuando el automóvil salió catapultado sobre el borde del precipicio y rebotó en las rocas, hacia lo profundo del cañón. Porque, ¿acaso la vida no era una broma? Quizá la muerte también.

Capítulo 1

El presente.

El sanatorio Hudson estaba construido en una franja de terreno rocoso que daba al río en el centro del estado de Nueva York. Una hiedra verde oscuro subía por las paredes y rodeaba las ventanas defendidas con barrotes donde, en primavera, andaban tanto estorninos como gorriones.

Los pacientes, que sabían lo que encerraba ese lugar, no se sentían tan contentos como los gorriones. Además de las ventanas con barrotes, había puertas con cerrojos, guardias armados y alarmas de seguridad. Las enfermeras eran contratadas por su estatura y por su fuerza, así como por la habilidad para suministrar medicamentos y conservar el orden. El Hudson era una institución privada de seguridad máxima para pacientes violentos, cuyos familiares los confinaban porque temían por su propia vida.

Los otros pacientes consideraban afortunado al hombre de la habitación veintisiete. Su cuarto estaba en una esquina y tenía dos ventanas. Ambas tenían barrotes, pero dejaban pasar el sol y permitían ver los árboles. Además, el paciente vestía muy bien. En verano usaba camisas elegantes con cuello abotonado y pantalones informales; vestía suéteres finos y pantalones de lana en invierno. También le enviaban lo que parecía una inagotable dotación de cigarrillos y comida preparada especial. Se decía que le pagaba a un guardia para que le proporcionara en secreto botellas de vodka.

Patrick Buckland Duveen no opinaba lo mismo que los otros pacientes. No pensaba que fuera buena suerte estar encarcelado, ni que sus «privilegios» se debieran a su dinero. Eran para acallar la conciencia de la mujer que lo había recluido en ese lugar, que lo había encerrado como a un «animal salvaje», como lo llamó ella con voz firme y segura.

El hecho de que ella no le temiera era una de las razones por las que él se sintió impulsado a matarla. Lo malo fue que no lo logró.

—Deberías ir a prisión —le había espetado ella mientras sus sirvientes lo sujetaban, con el rostro contra la suave y costosa alfombra a los pies de la mujer—, no puedo permitir que manches el apellido de nuestra familia.

Ella declaró a la policía que no presentaría cargos; sin embargo, como el hombre era peligroso, haría que lo encerraran en una institución de salud. Por orden suya, tres médicos eminentes firmaron los documentos que lo llevaron a aquel lugar.

Para Buck Duveen, la buena ropa y las botellas de vodka ocasionales no podían ser compensación por toda una vida de placeres perdidos. Extrañaba los bares, las juergas y las mujeres. Y extrañaba el poder. Había pasado veinte años sin él, y

ansiaba recuperarlo como los niños anhelan los dulces.

Una mañana nublada y ventosa de los primeros días de abril, lo llevaron a la oficina de Hal Morrow, el administrador del lugar.

Morrow estaba sentado a un gran escritorio de teca cubierto de papeles. Miró a Duveen por un momento y notó que se encontraba en buenas condiciones físicas. Se trataba de un hombre alto, de buena constitución, de... Morrow buscó entre sus papeles: Duveen contaba con cuarenta y dos años. Era atractivo, de pelo color rojizo, los ojos oscuros y la mandíbula afilada. Tenía además las manos fuertes y la consistencia nervuda de un campesino.

Morrow volvió a mirar el expediente. Con esas manos intentó asesinar a la mujer que luego lo recluyó ahí, y se sospechaba que había matado a otras dos mujeres, ambas prostitutas. No se encontraron pruebas definitivas que lo pudieran relacionar con esos dos últimos casos, y no había ido a juicio por ellos.

Duveen era un psicópata atractivo, encantador, insensible y despiadado. Y muy astuto. Los guardias nuevos del Hudson siempre decían que no habían conocido a un tipo más agradable: amable, educado e inteligente; pero, cuando uno comenzaba a pensar que Buck Duveen estaba sano y se preguntaba qué era lo que hacía en ese lugar, él terminaba por sorprenderlo.

En cierta ocasión casi estranguló a un guardia. Fueron necesarios tres hombres para controlarlo; y, aunque lo golpearon hasta dejarlo inconsciente, hubo que abrirle las manos para retirarlas del cuello del guardia. Decían que era fuerte como un toro y que estaba loco como una cabra.

En ese momento, Patrick Buckland Duveen miraba a Morrow con ojos entreabiertos y rostro impasible. Él sabía que era más listo que Morrow. Y más agudo que el psiquiatra, al que veía una vez por semana en una sesión en la que retorció el presuntuoso cerebro científico del hombre, alimentándolo con lo que a este le gustaba oír: sueños eróticos, fantasías, visiones. Lo miraba tomar notas mientras asentía su aprobación con la cabeza y Buck reía en su interior porque sabía que lo había engañado.

Pero no era lo bastante listo como para escapar, aunque lo había intentado un par de veces, y eso le roía las entrañas como un cáncer. Necesitaba vengarse de Charlotte Parrish, la anciana que lo había metido ahí. Quería todo lo que ella tenía, todo lo que debía pertenecerle a él. Pensaba en ello noche tras noche.

Un día, al fin se vengaría de ella. Sin embargo, quedaba otro obstáculo. No sabía qué había pasado con la niña, Ellie Parrish Duveen; ya debía de ser una mujer. A solas, en su celda, él había conjurado miles de veces su imagen pelirroja y había imaginado lo que haría con ella cuando la encontrara.

Hal Morrow examinó los papeles que tenía delante mientras consideraba lo que estaba a punto de hacer. El Sanatorio Hudson era una institución privada. Los familiares de los pacientes pagaban los gastos de estos; pero, cuando ya no podían

hacerlo, no le dejaban otra alternativa.

Levantó la mirada para dirigirla a los ojos del hombre.

—Duveen, se marchará hoy de aquí. Es usted un hombre libre.

Buck levantó la cabeza de pronto; los ojos, por lo general apagados, brillaron como piedras negras pulidas bajo un rayo tenue de luz del sol.

—Ya era tiempo —gruñó.

—Hemos sido informados por los abogados que llevan su caso que ya no hay dinero para mantenerlo en este sitio. Sin embargo, en su cuenta con nosotros tiene usted trescientos veinticinco dólares. Este dinero se le entregará en efectivo, junto con su tarjeta del seguro social y algunos otros documentos personales. Sus pertenencias ya han sido empacadas, personal del sanatorio lo conducirá a la estación ferroviaria más cercana.

Buck Duveen miró hacia el techo, en espera de que la perorata terminara. «Trescientos dólares», pensó. Ciento cincuenta por cada década que había pasado en ese lugar, quince dólares al año.

—Eso es todo —lo despidió Hal Morrow—. Le deseo suerte en su nueva vida, Duveen.

Buck no respondió. Mientras lo veía alejarse, Morrow esperaba estar haciendo lo correcto.

Ellie Parrish Duveen sacó de la cochera de la diminuta casa en Santa Mónica, que ella llamaba su hogar, un *jeep* Wrangler color amarillo taxi. Al igual que el auto, su casa era vieja y destartalada. Desde el último gran terremoto, ni una sola de las paredes parecía mantenerse derecha, y el piso del dormitorio temblaba cuando ella caminaba, pero la casa tenía una hermosa vista al mar y había costado poco.

El tránsito en la calle principal estaba detenido, y la chica se desesperó tras el volante. Como siempre, se le hacía tarde. Atenta al tráfico y sin un espejo, se polveó la pecosa nariz, se pintó las pestañas y se aplicó un poco de lápiz labial color chocolate oscuro. Tantos años de ser impuntual la habían convertido ya en una experta en el maquillaje rápido durante los altos de los semáforos. Metió la velocidad cuando los autos comenzaron a avanzar.

Ellie contaba con veintinueve años. Había heredado los ojos de su madre, de un tono entre azul y gris, y el cabello rojo y rizado que llevaba largo y suelto, excepto cuando estaba en su café. Entonces lo colocaba bajo una gorra de béisbol negra que tenía bordada con seda verde la inscripción: ELLIE'S CAFÉ.

Había abierto el café hacía apenas un año, y estaba trabajando duro en él. Recibía las órdenes, llevaba las cuentas y ayudaba a servir la comida. También armaba un escándalo cuando el *chef* renunciaba, lo que ocurría con bastante frecuencia, y horneaba su propio pan y su famosa *tarte Tatin*, la especialidad de la casa. Además limpiaba el lugar cuando los empleados no llegan. Era prácticamente una mujer orquesta, y le encantaba.

Ellie's Café apenas empezaba a despegar; Ellie todavía no ganaba mucho dinero con él, pero era suficiente para tener un techo y que el lugar permaneciera abierto. Ella estaba haciéndolo bien, se recordó con determinación.

Se estacionó con dificultad en el único lugar libre que encontró, bajó del auto de un salto, metió luego una moneda en el parquímetro y se detuvo un momento para mirar el frente del local. Era un sitio agradable, pintado de verde bosque con cortinas de encaje marrón. En la ventana estaba escrito con letras cursivas doradas: ELLIE'S CAFÉ. Una campana antigua tintineó alegremente cuando la joven abrió la puerta.

El interior era similar al de un viejo restaurante parisiense, con espejos decorativos en las paredes, un poco de aserrín nuevo en el piso, sillas baratas de mimbre y manteles blancos almidonados.

Era lunes, su día libre, pero tenía muchas cosas que hacer. Revisó la diminuta cocina. Abrió el refrigerador y sacó las cajas apiladas que contenían sobras de comida de la noche anterior, además del pan de aceitunas y romero que ella había horneado. Llevando esta carga, caminó con pasos titubeantes de regreso al auto, tropezó y perdió una zapatilla color café sin talón.

—¡Caramba! —murmuró. Se balanceó con dificultad en una sola pierna mientras los paquetes se movían de un lado a otro y ella buscaba la zapatilla con el pie descalzo.

—Pareces una garza sin alas —le dijo Maya Morris al tiempo que estacionaba su Pathfinder rojo y sacaba la cabeza por la ventana, riendo.

Maya era la mejor amiga de Ellie y quien le ayudaba en el café.

—Deberías darme una mano, en lugar de reírte de mí —replicó Ellie mostrando su pie descalzo.

—... O una bailarina de *ballet*. —Maya bajó del auto. Era una diosa rubia, despampanante, con una melena dorada, ojos castaños enmarcados por largas pestañas oscuras y un cuerpo firme y voluptuoso. Iba camino de su clase de yoga a pesar de llevar puesto un leotardo negro, tenis y nada más; detenía el tránsito. Le colocó la zapatilla a Ellie—. Y, ¿a dónde vas?

—A ver a la señorita Lottie.

Maya asintió; ya comprendía por qué, en lugar de los pantalones vaqueros de siempre, su amiga usaba una falda floreada azul metálico y una blusa tejida entallada en un tono de azul más oscuro. También llevaba las perlas de su madre... las que le habían quitado del cuello después del accidente automovilístico en que murió aquella terrible tarde.

Maya le dio un beso en la mejilla a Ellie.

—Salúdala de mi parte.

Ellie cerró con llave y subió al *jeep* para dirigirse al norte, por la Carretera 101. Mientras conducía, pensó preocupada en su abuela. La señorita Lottie habitaba una vieja y derruida casona en Montecito, con solo un ama de llaves que la ayudaba. Ya tenía más de ochenta años, y en ocasiones le fallaba un poco la memoria. Podía

olvidar décadas entre un pensamiento y otro, pero era capaz de acordarse con todo detalle del momento en que había comprado un sombrero en París en 1939. Sin embargo, había veces en que la nieta sospechaba que ella simplemente decidía ser poco precisa cuando no deseaba discutir tema alguno.

—Son las ventajas de la vejez, querida —le había respondido muy orgullosa la señorita Lottie cuando Ellie, exasperada, la acusó de fingir—. Te crie como es debido después de que tu pobre madre murió. Ya volaste del nido; no tengo más responsabilidades. Ahora ya nada me preocupa en el mundo.

Ellie deseaba que fuera cierto. Mientras tanto, el tránsito estaba pesado, y ella iba a llegar tarde otra vez.

La «cabaña» de Lottie Parrish se encontraba en ocho hectáreas de excelente tierra, diez minutos al sur de Santa Bárbara, en el próspero poblado y centro turístico de Montecito. A lo largo de todo Coast Village Road, en el que había muchas tiendas de regalos, restaurantes y turistas, crecían en abundancia las buganvillas de colores tropicales. Pero, a pesar de la actividad del «pueblo», la vida en Hot Springs Road no había cambiado desde la década de los treinta, cuando el padre de Charlotte Parrish construyó la gran mansión estilo italiano.

Waldo Stamford, un yanqui de Boston, se enamoró de la pequeña comunidad costera engalanada de flores. Construyó su casa de piedra caliza importada color crema y le puso una arcada con columnas, altos ventanales franceses que daban a unos patios sombreados, otros a patios con fuentes y otros más a los jardines. Llamó a esta casa Journey's End. Cada una de las doce habitaciones tenía su propio baño y sala de estar, y cada una fue amueblada con antigüedades europeas y alfombras inapreciables, así como grifos de oro en forma de delfines y las mejores sábanas de lino irlandés.

Waldo y su joven hija, Lottie, daban fastuosas fiestas y llenaban la residencia con extravagantes estrellas de cine y gente «bien», lo cual significaba los más ricos y poderosos magnates y terratenientes de California. Sin embargo, la señorita Lottie, como siempre se le llamó con afecto, ahora ya no daba fiestas.

La señorita Lottie seguía en su habitación, supuestamente vistiéndose para la visita de Ellie, pero en realidad estaba sentada a su escritorio veneciano antiguo. Tenía puesta una vieja visera de mica verde que su padre solía usar en los juegos de póquer y estaba muy atareada en su computadora personal; se ocupaba de responder su correo electrónico. Escribió:

Querido Al:

Muchas gracias por tu mensaje. Lamento saber lo del problema con tu novia. Creo que deberías casarte con ella de inmediato. Sienta cabeza, ten hijos. Para eso es la vida. Créeme, yo lo sé.

Había comprado la computadora cuando murió su antiguo abogado. Sencillamente no podía llevarse bien con Michael Majors, el tipo que había tomado el lugar de aquel, así que sería ella misma quien manejaría su dinero. Un joven agradable y muy listo, especialista en computadoras, la visitó durante una semana para enseñarle cómo funcionaba esa máquina; y, para su sorpresa, el asunto le encantó. Tenía su propia dirección de Internet y sostenía correspondencia con varios extraños, algunos de los cuales se habían hecho amigos suyos.

También cambiaba sus inversiones todos los días. A veces ganaba, aunque con mayor frecuencia perdía. Y resultó que lo hizo con demasiada frecuencia.

Hacía algunas semanas, el abogado y los contadores le habían dicho que ya no le quedaba más dinero. Habían ido a verla llevando gruesos expedientes y libros de contabilidad, y ella los escuchó, perpleja, mientras repasaban todo, punto por punto, gasto tras gasto. La señorita Lottie no tuvo más remedio que aprobar que dieran por terminado lo que ellos llamaron «gastos innecesarios». Con eso se referían a sus obras de beneficencia más preciadas, al dinero que enviaba a viejos amigos que habían caído en desgracia, o a la ayuda para gastos médicos que otorgaba a algunos de sus sirvientes retirados. Suspiró lamentándolo, pero estuvo de acuerdo en que la situación no podría continuar así.

—Tiene que pensar en usted, señorita Lottie —la reprendió con severidad el abogado—. Necesitará de todo el dinero que podamos recuperar. Ya no es una mujer rica.

Sin embargo, a pesar de lo que le dijeron los contadores, la señorita Lottie no creía que la vida fuera a cambiar mucho en la casa de Journey's End. Después de todo, casi no había cambiado en sesenta años. Seguía siendo elegante y hermosa; continuaba siendo su hogar.

Suspiró al recordar el pasado, tomó su bastón y fue a vestirse. Media hora más tarde esperaba a Ellie en la terraza con piso de mármol, sentada en un sillón de bejuco de respaldo alto, que probablemente era tan viejo como ella. Bruno, su viejo perro leonado, dormitaba junto a ella.

Mientras tomaba un pequeño sorbo de limonada que le había llevado María, su querida ama de llaves, la señorita Lottie se recordó que debía agradecer por todo lo que tenía: la tibieza del sol, el azul del cielo, Bruno echado cerca de su silla, y Ellie que vendría a visitarla.

Ellie se sintió muy impresionada cuando el abogado le contó sobre las consecuencias de las malas inversiones que realizó la señorita Lottie en la bolsa de valores. Le explicó lo que él había tenido que hacer y le comentó que apenas quedaría lo suficiente para mantener a su abuela con algunas comodidades, aunque sin lujos. Luego le preguntó si sería posible persuadir a la anciana para que vendiera la propiedad.

—Una vieja mansión en ruinas no tiene mucho valor en el mercado actual, pero sí

las ocho hectáreas de terreno de primera en Montecito.

Sin embargo, Ellie no quiso saber nada al respecto. Charlotte Parrish había vivido en Journey's End durante más de sesenta años, y ahí permanecería aunque Ellie tuviera que trabajar tiempo extra para mantenerla. La señorita Lottie y María la habían cuidado cuando niña; ahora era su turno.

Las grandes puertas de roble estaban abiertas y le daban la bienvenida; Ellie movió la cabeza con preocupación mientras recorría el gran vestíbulo de losas, pensando en lo poco conscientes que eran su abuela y María respecto a los peligros de la vida actual. Las puertas abiertas invitaban a los ladrones... o algo peor. Sin embargo, ninguna de las dos mujeres lo pensaba siquiera.

Apareció María, limpiándose las manos con un trapo de cocina.

—Ellie, otra vez llegas tarde.

—Cualquiera podría pensar que tengo la costumbre de hacerlo —abrazó a María y la hizo girar—. ¡Oh, María! ¡Te extrañé mucho! Hueles de maravilla, a vainilla y azúcar.

—Eso es porque puedes oler la bondad de mi alma. —María se sonrojó de placer—. Además, acabo de hornear unas galletas. Pensé que te agradecerían.

—Me consientes mucho. Ya sabes que soy solo una chiquilla malcriada.

—Alguien tiene que hacerlo. Te ves cansada, Ellie.

—Lo sé. Y no me lo digas: apuesto que también me veo un poco desaliñada.

Se alisó el cabello alborotado por el viento y se inclinó a acariciar al perro que se acercaba con torpeza a sus pies; Bruno trató de apoyar en ella las patas delanteras sin conseguirlo.

—¡Mi dulce y viejo perro! Ya sabes cuanto te quiero, ¿verdad?

—¡Al fin llegaste! —Se oyó la voz de la señorita Lottie que venía desde la terraza.

—Siento llegar tarde, señorita Lottie, pero es que el tránsito estaba muy pesado. Pero ya que estoy aquí, vayamos al Biltmore. Me muero de hambre.

—Qué bueno que aún recuerdo dónde queda el Biltmore —la señorita Lottie se puso una pamelita de paja de ala ancha adornada con rosas—. Y también recuerdo exactamente dónde compré este sombrero. Fue en París, en mil novecientos treinta y nueve. Mucho antes de que tú nacieras —añadió—. Lo compré en *chez Madame Pepita* en el Faubourg Saint-Honoré. Me costó cincuenta y cinco dólares. Y esa era una pequeña fortuna en aquel entonces, puedo asegurártelo.

—¿Lo ve, señorita Lottie? Cuando usted quiere, puede recordar. —Ellie ayudó a su abuela a subir al Cadillac blanco 1972, construido sobre pedido, cuya única salida en esos días era ir y regresar del Biltmore.

El Cadillac avanzó ronroneando por el camino, cómodo como un cochecito de bebé.

—El gerente estará esperándonos —comentó Ellie—. No cabe duda de que extenderán la alfombra roja para ti.

—Tonterías, Ellie. Nos ven cada lunes. Además, ellos saben que a una dama no le gusta que armen alboroto por su causa.

Pero, en secreto, la señorita Lottie disfrutaba de las atenciones. Después de todo, hacía ya más de medio siglo que iba a Biltmore. Y, quizá, después podría convencer a Ellie de que se quedara a pasar la noche. Sería otra vez como en los viejos tiempos.

En Manhattan, Buck Duveen se registró en un hotel barato cerca de Times Square. Salió, decidió ir a un restaurante a comer un buen trozo de carne y encontró un bar donde tenían un *whisky* aceptable. Compró una botella.

Con algunas copas en el cuerpo, fue a buscar a una prostituta y la llevó a un callejón oscuro. Experimentó una enorme sensación de poder. Algo que no había sentido en mucho tiempo. Mientras hacía el amor, puso las manos alrededor del delgado cuello de su acompañante y comenzó a oprimirlo. No le preocupó que alguien entrara en el callejón y lo viera, porque él tenía todo el control. Se sintió invencible.

Ella jadeó y luchó por soltarse, así que él la golpeó hasta dejarla inconsciente. Cuando terminó, la soltó y ella cayó al suelo. Buck sacó del bolsillo una navaja de muelle y con mucho cuidado grabó una profunda cruz en la frente de la mujer. De sien a sien y del nacimiento del cabello a la nariz. Era algo que le gustaba hacer, su marca personal. Tomó el cuerpo con facilidad entre los fuertes brazos y lo tiró en un contenedor de basura. Luego sacó la botella de *whisky* de su bolsillo y lo vertió sobre el cadáver.

Se alisó la ropa, encendió un cigarrillo y arrojó el fósforo encendido en el contenedor. Salió caminando del callejón, mientras silbaba *Dixie* con suavidad, como hacía siempre que se encontraba eufórico. Era un hombre nuevo. Se sentía en la gloria otra vez.

Al doblar la esquina oyó el rugido de las llamas. Sonrió. Siempre le había gustado el fuego.

Este solo había sido un ejercicio de calentamiento, pero Buck consideró que no estaba nada mal para ser su primer día de trabajo en veinte años.

El detective de homicidios Dan Cassidy se hallaba sentado a su escritorio en una de las salas del escuadrón de la Jefatura Sur de Manhattan, haciendo tiempo con la computadora. Pero no era necesario, sus anotaciones eran tan completas como él consideró que podían serlo. Apagó el equipo y dirigió la atención a sus archivadores. Todos estaban en orden. Abrió los cajones del escritorio y volvió a cerrarlos. Se encontraban vacíos.

Empujó la silla hacia atrás, bebió su quinta taza de café de la tarde y se preguntó con ansiedad si estaría haciendo lo correcto al decidir regresar al hogar. Se encogió de hombros para alejar sus dudas. Era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Dan tenía el cabello oscuro y los ojos azules, como sus antepasados irlandeses, y

la complexión alta y delgada de la familia de su madre. Había crecido en Santa Bárbara como un californiano típico, amante del aire libre, campeón de natación, ávido practicante de *surf* y pescador. A los treinta y nueve años de edad, era delgado, recio, atractivo y con una exesposa en Los Ángeles.

Se habían casado muy jóvenes, cuando Dan todavía estaba en la universidad. La ruptura se dio un par de años más tarde, y él quiso poner la mayor distancia posible con su pasado. Sintió que necesitaba nuevos aires, así que se fue a Nueva York y se hizo policía. Nunca lo lamentó. Le importaba su trabajo y se preocupaba por las víctimas.

—El único problema con Dan es que no puede resolver los problemas del mundo solo —se había quejado su jefe una vez, pero sonreía cuando lo dijo.

Dos años antes, habían herido a Dan de gravedad; le dispararon en el pecho cuando iba a detener a un sospechoso de homicidio. Solo lo salvó la acción rápida de su compañero y amigo, el detective Pete Piatowsky.

Esa vez tuvo suerte, sin embargo, la lesión le dejó cierta rigidez en el hombro y el brazo derechos, lo que redujo su velocidad para desenfundar un arma. Los médicos del Departamento de Policía le asignaron trabajo administrativo permanente.

No le agradaba la vida tras un escritorio, y esa era la razón por la que, al día siguiente, Dan estaría en un vuelo de regreso a California, donde había comprado un pequeño viñedo no lejos del pueblo donde había crecido. Se dijo que ya había tenido suficiente de homicidios y mutilaciones como para varias vidas. Deseaba volver a la sencillez del campo: caballos, perros, pollos... una vida provinciana.

En realidad nunca visitó la propiedad antes de comprarla, pero cuando vio el anuncio recordó el área en que vivió de niño. Y no era completamente novato. Había pagado su colegiatura en la universidad trabajando en un viñedo y allí hizo de todo, desde deslomarse en los campos cosechando las uvas hasta embotellar el vino en la planta. Experimentó todo tipo de problemas, como la helada repentina que era capaz de terminar con una cosecha de la noche a la mañana si uno no se daba prisa para cubrir los viñedos. Había visto uvas marchitas por las enfermedades; pero lo más importante era que había aprendido cuánto dependen del clima los vinicultores. Buenas uvas más un buen clima era la fórmula que podía dar como resultado una buena cosecha. Resultaba una ecuación sencilla. Solo esperaba poder hacerla funcionar.

Las soleadas fotos del rancho Running Horse le habían mostrado un paisaje sinuoso, salpicado con robles enanos, eucaliptos que daban mucha sombra e hileras de vides con aspecto marcial. Había una pequeña casa de madera con un porche alrededor, un granero rojo que albergaba el lagar, y establos de adobe estilo español dispuestos en torno de un pintoresco patio. Se veía tan bien que Dan Cassidy se había enamorado de inmediato de la propiedad. Además, el precio era bajo. Con sus ahorros y su pensión por incapacidad le alcanzaba para cerrar el trato. Y ahora solo esperaba, intranquilo, que en realidad todo fuera tan agradable como se veía en las

fotografías.

Con un suspiro, regresó a la sala del escuadrón en el mismo momento en que llegó el informe acerca del cuerpo quemado en un callejón de las proximidades de Times Square. Sintió cómo le fluía la adrenalina cuando se dirigía a la puerta.

—¡Diablos! Iré contigo por última vez —le dijo a Piatowsky.

—Nunca te adaptarás a vivir en un pueblo perdido —le aseguró Pete—. Ni siquiera puedes salir de aquí para ir al salón a tu propia fiesta de despedida. Apuesto que volverás en tres meses.

Dan era alto, pero Piatowsky era un gigante rubio. Tenía cuarenta y dos años de edad y peinaba su rala cabellera rubia con gran cuidado sobre la amplia frente. Los ojos azules transmitían una engañosa expresión de tranquilidad. Dan sabía que Pete era tan astuto como un zorro, tan buen detective como excelente amigo. Y Piatowsky le había salvado la vida. Estaba en deuda con él.

El nauseabundo olor a carne quemada los alcanzó tan pronto bajaron del auto. La muerte en las calles nunca era agradable, pero esta fue horripilante. El fuego no había borrado la cruz que estaba grabada profundamente en la frente de la mujer y que dejaba al descubierto el cráneo.

El médico forense se encontraba inclinado sobre el maloliente contenedor, y realizaba su trabajo.

—Apuesto a que no fue el cuchillo lo que la mató —dijo por fin el médico—. Fue estrangulada. La mutilación se hizo después de matarla, y es probable que el fuego fuera un intento por destruir todas las pruebas.

Para gran disgusto de los dos detectives, el Departamento de Bomberos había acabado con cualquier posible pista con sus mangueras a presión.

—Sea quien sea, se trata de un psicópata —dijo con cansancio Piatowsky a Dan—. Si no, ¿por qué grabarle una cruz en la frente después de matarla?

—Es su firma, algo relacionado con su ego. Supongo que lo ha hecho antes. Tal vez podrías revisar los registros para ver qué loco acaba de salir de prisión.

—Muchas gracias, amigo; pero ¿por qué no tomas tus consejos de chico listo del FBI y te largas ya a tu propia fiesta de despedida? —Estrechó la mano de Dan y le dio unas palmadas al hombro con afecto—. Quisiera poder acompañarte; pero, como de costumbre, estaré aquí, atorado con el cadáver.

Dan odiaba tener que marcharse. Los amigos como Piatowsky no se encontraban a menudo en la vida. Enderezó los hombros y se mezcló con la multitud al abrigo del anonimato nocturno.

Capítulo 2

Dan estacionó su Explorer blanco recién salido de la fábrica en un pequeño espacio en la calle principal. El sol de California caía a plomo; la gente bronceada y vestida con bermudas y camiseta pasaba a su lado a toda prisa en patines o sencillamente descansaba en los cafés que se extendían en las aceras; a su parquímetro todavía le quedaba media hora. Era principios de abril, y se había enterado por el televisor cómo estaba el clima en el Este: acababan de caer otros cinco centímetros de nieve. Con la sensación de que tal vez la vida no fuera tan mala después de todo, se dirigió a un establecimiento que se llamaba ELLIE'S CAFÉ.

La joven pelirroja que estaba detrás de la cafetera le dirigió una gran sonrisa de bienvenida que pareció extenderse de una hermosa oreja a la otra, ambas tachonadas de brillantes.

—En un momento estaré con usted. Aunque la cafetera está temperamental otra vez. Así que, si lo que busca es cafeína, tal vez quiera probar suerte en Starbucks. Está en la siguiente cuadra.

—Tomaré jugo de frutas. En realidad, lo único que quiero son huevos revueltos.

—De acuerdo —ella tomó la orden y se dirigió a la cocina.

«Es agradable», pensó Dan al observarla regresar con un cestito de pan recién horneado y colocarlo frente a él. Tenía los ojos azul grisáceo claro como los ópalos y la nariz pecosa; llevaba el cabello cubierto por una gorra de béisbol negra de la que asomaba una cola de caballo roja, rizada y larga. Era extraño, pero tenía la sensación de haberla visto antes.

—¿Está de vacaciones? —Ella colocó un mantel individual y puso los cubiertos. Tenía una voz suave y dulce como la miel.

—¿Cómo sabe que no soy de aquí?

—Porque tiene usted la palidez de la costa Este. No hay signo más delator. Un par de días en la playa y quedará bien.

—Entonces, ¿cómo es que usted es tan blanca?

—Obra de mi abuela. Siempre me obligó a usar sombrero cuando era niña; nunca dejó que me bronceara. Y, ¿sabe algo? Tenía razón. Se lo agradezco cada vez que me miro al espejo. No tengo arrugas ni manchas causadas por el sol. Soy una mujer afortunada.

Ellie le sonrió y se dirigió a la cocina. Regresó en unos cuantos minutos con un enorme plato de huevos revueltos que colocó frente a él. Cuando volvió tras el mostrador, le dirigió una mirada de curiosidad.

«Es agradable, —pensó—, si es que puede llamarse “agradable” a un tipo con facciones tan toscas». Ojos de un azul oscuro que al parecer lo habían visto todo, cabello negro y abundante, nariz aguileña y una mandíbula que hasta sin barba se

veía azulada. Delgado, de hombros anchos y músculos fuertes.

Se encogió de hombros con tristeza. No tenía tiempo para los hombres. Ella era una chica dedicada a su trabajo, decidida a abrirse camino en el mundo. Ellie's Café era solo su primer negocio. Algún día sería la dueña de un restaurante muy elegante, de esos que se recomiendan en la guía Michelin. Además, tenía que ocuparse de su abuela. Definitivamente no necesitaba de un hombre que le complicara la vida.

El tipo agradable terminó de comer sus huevos y se acercó a pagar la cuenta.

—Gracias —dijo con una sonrisa—. Disfruté del desayuno.

—Que se divierta en sus vacaciones —le deseó ella cuando él ya se dirigía a la puerta.

Dan permaneció un instante de pie en la acera, con las manos en los bolsillos, mirando la calle antes de subir a su Explorer blanco. Ellie pensó que el hombre caminaba de manera segura, desenfadada y sensual.

Luego hizo a un lado esa idea con determinación.

Dan condujo por la costa, admirando el panorama. El rancho Running Horse se encontraba al norte de Santa Bárbara, en un área de suaves y verdes colinas sinuosas que en verano quedarían tostadas por el sol hasta adquirir el color dorado del pan francés. Pasó por otros viñedos y admiró sus hileras ordenadas de vides, que ya estaban echando hojas, y los atractivos edificios para catar vino, rodeados de bien cuidados jardines.

El rancho Running Horse no se parecía mucho a ellos. Dan bajó del automóvil y miró las colinas con vides marchitas; luego tomó un puñado de tierra y lo vio mientras se escapaba entre los dedos. Parecía una región asolada por la sequía. Enderezó los hombros, volvió a subir al auto y avanzó rebotando entre los surcos hacia la cima de la colina, para inspeccionar su nuevo hogar.

La pequeña casa de campo estilo Nueva Inglaterra casi se hundía, y todas las ventanas estaban rotas. Los escalones crujieron de manera siniestra cuando Dan pasó sobre ellos para abrir la puerta. El polvo de varios años se había depositado en los pocos y maltratados muebles. Filtraciones de agua formaron unos agujeros en la duela alrededor de los cuales se veían unas ominosas manchas.

Las palabras de Pete Piatowsky le resonaron otra vez en la cabeza: «Estás comprando ese lugar a ciegas, amigo», le había advertido. Como siempre, tenía razón.

Dan examinó el lugar, preguntándose por dónde empezar, si por la casa o mejor por los viñedos. El enorme granero rojo albergaba altos tanques de acero para la fermentación, la maquinaria para exprimir la uva y montones de barriles de roble con aspecto mohoso. En la planta embotelladora, en el cobertizo de al lado, todo estaba cubierto con una gruesa capa de polvo.

Deprimido, atravesó las elegantes puertas en forma de arco camino del patio donde se encontraban los establos. En el centro del patio había una antigua fuente de

azulejos, y en pintorescas macetas de barro crecían de manera azarosa petunias color escarlata y buganvillas moradas. Se veía exactamente como la fotografía de la que se había enamorado: un sitio idílico, perfecto y rústico. Para su sorpresa, los establos no se encontraban tan mal. La pintura, por supuesto, estaba descascarada, pero el techo lucía bien, y las seis caballerizas se veían en buenas condiciones. Esto lo animó y decidió que lo primero sería comprar un par de caballos. No había vuelto a montar desde que era un niño, sin embargo, los animales harían que el sitio pareciera más un hogar.

Una sonrisa se esbozó en el rostro de Dan mientras rodeaba el estanque de juncos que estaba detrás de la casa y caminaba hacia el porche. Vio el lugar perfecto para poner la silla en la que se sentaría a tomar un trago al atardecer, y empezó a considerar que no había sido una compra tan mala después de todo. De pronto sintió que ya no podía esperar para comenzar las reparaciones.

Pensó con tristeza en la atractiva joven del café. No habría lugar en su vida para el romance en un largo, largo tiempo. No con todo ese trabajo por hacer.

Cuando la gigantesca locomotora arrancó, por fin, de la estación Penn, Buck Duveen se sentía tan emocionado como un niño a punto de salir de vacaciones. Por fin iba camino de Los Ángeles. Lo único que no le gustaba de volver a California era su madre. Mientras bebía algunos tragos en el vagón-bar del tren, tuvo mucho tiempo para pensar en ella y en su vida juntos.

En el pequeño pueblo cerca de Santa Cruz, donde habían vivido en una impecable casa victoriana amarilla con molduras de madera blancas, Buck fue un hijito de mamá. Delia Duveen nunca lo perdía de vista. Siempre había un «Buck, ven para acá», «Buck, haz esto», «Buck, haz lo otro». No se le permitía jugar con otros niños después de la escuela, porque tenía que hacer la tarea y practicar el piano. Y, luego, tenía que trabajar en la casa. Los sábados debía podar el césped y lavar el viejo Plymouth que ella mantenía immaculado. Y los domingos, su madre lo llevaba a la iglesia.

Se sentaba en silencio junto a ella, con un saco azul marino y la camisa azul almidonada, el cabello rojo corto y peinado hacia atrás y una corbata a rayas bien puesta. La regordeta Delia siempre usaba vestidos color pastel en verano y un muy bien cortado traje gris en invierno; y siempre llevaba sombrero. Nada frívolo; solo un sombrero de paja adornado con una cinta, o uno de fieltro oscuro con una pluma.

Por las tardes, Delia y Buck se sentaban uno frente al otro en el pequeño comedor atestado de muebles, bajo la luz de un candelabro de falso cristal cortado, y bebían solo agua, porque a ella no le gustaban las gaseosas ni las permitía en la mesa.

Buck Duveen odiaba su hogar, odiaba su vida, y desde muy temprana edad detestó a su madre con una fuerza tan irresistible que ansiaba matarla; pero para Delia Duveen y para sus vecinos él era el hijo perfecto.

—Quisiera que mis hijos fueran como él —comentaban entre ellas las madres que

lo conocían, mientras sus propios hijos se dedicaban a hacer destrozos.

En realidad, Buck nunca conoció a su padre, Rory Duveen. Su madre se había divorciado de él cuando el niño tenía apenas tres años. Ella le había dado a entender que no le interesaba aquello que se hacía en el dormitorio. En su mente, sexo era una palabra sucia, que implicaba pecado, maldad y vergüenza. Así que Rory la abandonó. Le había dejado a Delia todo lo que tenía, la casa y todo su dinero, en el arreglo de divorcio. No quería tener nada que ver con ella ni con su hijo.

Lo único que Buck recordaba de su padre era cómo cantaba en la iglesia. Había un himno en especial que era el favorito de Rory, porque era de aquellos que se cantaban con brío y en voz muy alta: «Adelante, solda-a-a-a-dos de Cristo, que marchan como si fueran a la guerra, con la cruz de Jesús por delante...».

Buck aún podía oír la voz de Rory en su cabeza y ver la cruz de la que él cantaba. Por algún motivo lo hacía sentirse como a un dios en lucha por sus propios derechos. Para él, la cruz era un símbolo de su poder y su masculinidad. Un signo que solo les pertenecía a él y a su padre.

Buck pensó que escaparía de su madre cuando se marchó para estudiar al sur, en la Universidad de California en Santa Bárbara. En aquel entonces era ya un joven inteligente, alto y de recta constitución, tenía el cabello castaño rojizo y ojos oscuros, profundos y astutos que no miraban de frente cuando hablaba. Aun así era muy atractivo, y consiguió una cita en su primera semana. Sin embargo, ella no estuvo libre para una segunda cita, y les contó a sus amigas que resultaba un tipo repulsivo. Lo mismo ocurrió con otra chica, y después con otra. Así que le pagó a una prostituta. Todo terminó en cuestión de segundos. Luego la golpeó, le quitó su dinero y la bajó a puntapiés de su auto. Las rameras eran fáciles; con ellas, era él quien tenía el control.

Delia no le enviaba suficiente dinero, por lo que Buck tuvo que buscar dos trabajos para pagar la universidad. Se sentía degradado por su pobreza y por el automóvil viejo y maltratado que conducía.

Quería el dinero de Delia y también quería librarse de ella.

Una noche, después de una botella de vodka, encontró la solución. Una voz en su interior le dijo insistente que lo único que tenía que hacer era eliminar a su madre de su vida. Trazó el plan con esmero, y lo revisó una y otra vez. Hasta realizó un viaje de prueba una noche: condujo desde los terrenos de la universidad de Santa Bárbara y se metió a la casa sin que nadie lo viera.

La noche del asesinato, todo ocurrió de acuerdo con el plan. Ella no lo escuchó entrar, no dijo nada ni gritó. Solo lo miró fijamente con ojos perplejos que parecieron saltar del rostro mientras las fuertes manos del hijo único le arrebatában la vida. Dobleándose ante un impulso incontenible, Buck le grabó el signo de la cruz en la frente. Lo miró, complacido. Era su firma.

Antes de irse, forzó con una palanca la puerta trasera, saqueó la casa y tomó el dinero del bolso de su madre para que la policía pensara que se había tratado de un robo. Volvió a la mañana siguiente y encontró el cuerpo mutilado. Llamó a la policía,

consternado y con la voz ahogada por los sollozos. Las pruebas de que hubo una pelea estaban por todas partes: una mesa volcada, floreros hechos trizas, el bolso abierto en el suelo.

Nunca nadie sospechó de Buck. Los vecinos dijeron que toda la vida se había comportado como un buen muchacho, aunque un poco solitario, y que siempre cuidó de su madre.

Heredó la casa y las cuentas bancarias. Se compró un Porsche convertible, un Rólex y buena ropa.

Después de eso, matar fue fácil. No requería de mucha planeación, como cuando fraguó la muerte de su madre. Los asesinatos al azar, sin motivo, realizados por un extraño en un sitio desconocido, eran casi imposibles de resolver.

Ya tenía un método que le había funcionado muy bien hasta que la anciana lo mandó encerrar. «Por fin ha llegado el momento de que ella también se una a la élite», pensó mientras miraba hacia la oscura noche por la ventana del tren. Era como si ya la tuviera en sus manos. Y esta vez pensaba disfrutarlo en grande.

Dan salió de la vía rápida y se detuvo en la señal de alto en la vuelta hacia Olive Mill Road en Montecito. El motor del Explorer se oía a la perfección en neutral mientras Dan esperaba que el flujo de vehículos disminuyera. Al mirar por el espejo retrovisor, vio con aprehensión un *jeep* Wrangler amarillo que venía hacia él muy rápido. No podía creer que el conductor no fuera a detenerse, hasta que, con un chirrido de frenos, lo golpeó en la parte trasera. Furioso, bajó del auto. Solo alcanzó a ver que quien conducía el *jeep* era una mujer.

—¿Acaso está ciega? —le gritó—. ¿O solo está loca?

—No, por supuesto que no —replicó Ellie, molesta, mientras bajaba del *jeep*—. Y, al menos, debería portarse más civilizado para que tratemos este asunto.

—¿Civilizado? Señorita, compré este vehículo nuevo hace exactamente cinco días, ¿y quiere que me porte civilizado? —Miró furioso la abolladura en la parte posterior del Explorer; luego volvió y miró a la mujer. El cabello rojo de la joven le flotaba por la brisa en torno del rostro—. ¿Ah? ¡Es usted! —exclamó Dan, en verdad sorprendido.

De pronto, Ellie también lo reconoció. Era el hombre varonil de los ojos azules.

—Y se trata de usted —dijo ella con frialdad—. Si no se comporta de manera civilizada, llamaré a la policía.

Él le sonrió, con un gesto de burla.

—Señorita, yo soy la policía. Homicidios. Manhattan —luego recordó—. Olvídelo. Yo *era* policía. Ahora solamente soy el ciudadano Dan Cassidy, que está furioso porque le abollaron el auto nuevo. ¿Puede usted culparme?

—Por supuesto que no. —Ellie miró con gran desconsuelo el Explorer—. El cabello se me vino a la cara solo por un segundo. Por lo general me lo sujeto atrás cuando conduzco. Todo fue culpa mía —buscó nerviosa en su bolso en el auto—.

Aquí tiene mi registro y mi seguro.

Dan miró el nombre: Ellie Parrish Duveen. Le parecía familiar.

—¿No la conozco de alguna parte?

—De la cafetería. Desayunó huevos y no quiso tomar café.

—Pero me suena tu nombre. Yo vivía por aquí cuando era niño. Ellie lo miró atentamente por unos instantes. ¡Por supuesto! ¿Cómo había podido olvidarlo? Este hombre era el rompecorazones de la playa.

—Te llamábamos «Danny Boy». Creo que hasta me gustabas. En realidad, a todas las chicas les pasaba lo mismo, aunque tú ya eras un viejo.

—Tenía dieciocho, y tú debes de haber tenido ocho o nueve. Creo que te enseñé a practicar *surf*.

—Pero me parece recordar que esos ojos irlandeses siempre sonreían. ¿Qué sucedió para que estés tan furioso con el mundo?

Él simplemente movió la cabeza por la manera tan femenina en que ella había logrado retorcer las cosas.

—Los ojos de ningún hombre sonrían, irlandeses o no, cuando su vehículo nuevo ha sido severamente dañado —él se ocupó en escribirle su nueva dirección y el nombre de su compañía de seguros—. Negocios son negocios.

—Cuéntamelo a mí —suspiró ella con dramatismo. Luego leyó la dirección—. Rancho Running Horse —exclamó sorprendida—. Ha estado a la venta durante años. No me digas que lo compraste.

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas? —comenzaba a sospechar que conocía la respuesta.

Ella titubeó y evitó mirarlo a los ojos. Era evidente que él no había oído hablar de la maldición.

—No, por nada. Es bonito ahí —echó un vistazo a los demás automóviles que tenían que rodearlos—. Creo que es mejor que nos marchemos. Me dio gusto verte de nuevo, Dan Cassidy. Buena suerte con el viñedo. Tal vez dentro de muy poco será posible comprar tu vino.

—Dalo por hecho —le aseguró mientras ella volvía al *jeep*. Cuando Ellie ya se marchaba, la miró por el espejo retrovisor. Definitivamente, «agradable» no era la palabra correcta. Si ella no hubiera abollado su Explorer nuevo, hasta la habría considerado hermosa. Suspiró con tristeza y luego la apartó de sus pensamientos para dirigirse a la cabaña que alquilaba en la playa hasta que su propiedad estuviera lista.

No fue sino hasta mucho más tarde, mientras estaba sentado a solas en la terraza de su casa, disfrutando de la vista al mar, cuando recordó quién era ella: una más de los archimillonarios Parrish. Lottie Parrish había sido uno de los pilares sociales de la región. Le parecía recordar que se hablaba de que tenían mayordomo y doncellas uniformadas, además de un *chef* francés. Se preguntó por qué Ellie Parrish conduciría un destartalado y viejo *jeep* Wrangler.

Al día siguiente en la tarde, Dan estaba de nuevo sentado en su terraza que daba al mar. Su día fue largo y pesado: había estado recorriendo su propiedad... dieciséis resacas hectáreas. Puso un anuncio para solicitar un vinicultor y habló con un contratista acerca de los arreglos que necesitaba la casa.

Se sirvió un vaso de vino y miró melancólico el cielo opalescente. Su color le recordó los ojos de Ellie Parrish Duveen. Sacó su tarjeta del bolsillo de la camisa y marcó el número.

—Ellie's Café —contestó ella—. ¿En qué puedo servirle?

La voz suave lo hizo sonreír de placer.

—Solamente quería decirte que el Explorer no está tan mal como parecía en un principio.

—Me da gusto saberlo, Danny Boy —había risa en la voz—. Sé que a mi compañía de seguros también le alegrará.

—Me preguntaba si...

—¿Qué?

Dan oyó música de fondo y el ruido de los platos.

—¿Podrías decirme por qué razón, si Montecito está a orillas del Pacífico, el sol se pone sobre las montañas y no sobre el océano?

—Es porque la línea de la costa da al sur en ese punto y las montañas de Santa Ynez corren de Este a Oeste. Para los recién llegados es confuso, lo sé, pero es un hecho de la naturaleza. Pero no puedes engañarme. Tú ya lo sabías. ¿Qué haces mirando el mar al atardecer? ¿Acaso no vives tierra adentro, en el rancho Running Horse?

—Por desgracia, la casa del rancho necesita ciertos arreglos para poder considerarse habitable para algo más que ratas y topos. Por eso estoy en una cabaña alquilada en Padaro Lane, mirando el atardecer, sin compañía...

—Y te sientes solo.

—Tienes razón —dijo él—. Y eso me lleva a mi siguiente pregunta. Sé bien que eres una ocupada mujer de negocios, pero hasta tú debes de tener alguna noche libre. He pensado que podría ser una buena oportunidad para que veas cómo anda la competencia. ¿Qué te parece una cena en Chinois?

La idea hizo reír a Ellie.

—Danny Boy, yo no soy competencia para ellos. Soy tan solo una gota en el enorme océano de pequeños cafés de Los Ángeles —luego le dio la misma respuesta que siempre daba a cualquiera que la invitara a salir—. Mira, lo siento, pero en este momento no dispongo de tiempo libre —miró a Maya, que escuchaba la conversación—. De todos modos, gracias.

—Está bien —respondió Dan—. De cualquier forma, fue un placer verte de nuevo. Hasta luego.

—Adiós —parecía inquieta cuando colgó.

Maya se paró frente a ella, con los brazos cruzados y la barbilla levantada, en actitud beligerante.

—¿Me perdí de algo? ¿No era alguien que te pedía una cita?

—Así es —asintió Ellie.

—¿Y? —Maya levantó una mano a manera de protesta; ya sabía la respuesta—. No, no me contestes. Ya sé, le dijiste que estabas muy ocupada. Mujer, creo que no puedes seguir así. Recuerda que hay una vida allá afuera.

—Solo le contesté que por el momento estaba ocupada —le aseguró, sonriendo—. Y si pusieras un poco más de atención a los clientes, en lugar de oír mis conversaciones telefónicas, te darías cuenta de que la mesa tres está esperando que lleves los menús.

Maya la miró un instante y luego se marchó, indignada.

Maya Morris era la mejor amiga de Ellie Parrish desde la universidad. Había llegado a Phoenix desde la costa Este. Era una chica judía de Manhattan: rubia, hermosa y de lengua suelta. Ellie a su vez llegó de la costa Oeste, con el cabello rojo despeinado y largas piernas; tenía excelentes modales y el aspecto de aquellos que se ven libres por primera vez, lo que solo presagiaba problemas. Ambas se agradaron al instante. Eran almas gemelas.

En un par de semanas ya habían conseguido un departamento fuera de la universidad y comenzaron a dar una fiesta tras otra. Después de un mes, el casero las echó.

Sin inmutarse, consiguieron otro sitio: una casa en la que el ruido sería menos notorio. Luego Ellie, ebria de libertad, cambió su Pathfinder por una Harley. Era color escarlata metálico con cromo pulido destellante.

—Necesitamos un atuendo adecuado —observó Maya, siempre atenta a la moda.

—De acuerdo.

Maya subió al asiento posterior y salieron disparadas al centro de la ciudad a una tienda para motociclistas. Una hora más tarde volvieron, elegantes como panteras con pantalones ajustados de cuero negro, botas y siniestros yelmos negros con plateado.

—¡Perfecto! —Fue el comentario de Maya.

Muy pronto empezaron a ser conocidas como las Jabalinas de la Estatal de Arizona, famosas por su velocidad y sus escándalos.

Hasta que estalló la bomba. El decano amenazó con expulsarlas, y la señorita Lottie y el señor Morris aparecieron hechos una furia.

—Vine a llevarte de regreso a casa, Ellie —le dijo la señorita Lottie con frialdad—. El señor Morris está de acuerdo conmigo en que no tiene caso que se queden en la universidad si no van a aprender nada.

—Pero, abue...

—No olvides tus buenos modales, Ellie. Saluda al señor Morris. Ellie le dio la mano al padre de Maya mientras sonreía con gran inseguridad.

—No podemos hacer más que disculparnos con los dos —dijo la chica con humildad—. No quería que se enfadaran. Lo lamento mucho de veras.

Y Maya se dio cuenta de que cada palabra la decía en serio.

Luego, todos se fueron a comer, y la señorita Lotti y el señor Morris decidieron darles otra oportunidad con un período de prueba de tres meses, en el cual debían obtener buenas calificaciones. Las muchachas hicieron frente a todas sus responsabilidades. Iban a clases, estudiaban por la noche en la biblioteca, obtuvieron calificaciones aceptables y al final se graduaron.

Desde que se conocieron, las dos habían iniciado y terminado varios romances, pero solo uno de esos amores fue serio. En la ciudad de Nueva York, en una fiesta en el Soho, Ellie conoció a Steven Cohen, un intelectual alto y delgado. De la noche a la mañana, Ellie cambió su guardarropa sensual por suéteres negros de cuello de tortuga, faldas largas y negras, y sandalias.

Maya sabía que Steve no valía la pena, pero no dijo nada, sino que siguió saliendo con los amigos del Soho, mientras su compañera ingresaba en una academia de cocina y asistía a clases de redacción creativa en la Universidad de Columbia.

Ellie siempre dijo que fue el invierno de Nueva York lo que acabó con sus planes de matrimonio con Steve. O tal vez él estaba demasiado ocupado iniciando una carrera como comerciante de arte. Por la razón que fuera, las tormentas de invierno los mantuvieron separados, al igual que la nueva y ascendente vida social de Steve. Ellie se sintió herida; pero, como siempre, aceptó las consecuencias. Con el corazón hecho pedazos, se marchó a París para aumentar su experiencia culinaria.

Cuando regresó a California, Maya se reunió al poco tiempo con ella. Las dos alquilaron un departamento en Venice Beach mientras admiraban a los muchachos, buscaban trabajo y decidían lo que iban a hacer en la vida.

Maya todavía no estaba segura de haber encontrado la respuesta, pero Ellie sí. Sabía lo que quería: su propio café.

Había necesitado más de un año de grandes sacrificios y trabajo duro para lograrlo; y, con todo, su sueño seguía pendiendo de un hilo, pero no iba a dar marcha atrás. Ellie no iba a fracasar aunque tuviera que trabajar las veinticuatro horas del día. «Y ese es precisamente el problema», pensaba Maya.

Era ya la una de la mañana cuando Ellie llegó por fin a casa. Le dolían los pies y la espalda y sentía mucha tensión en el cuello.

Se quitó los zapatos y pensó con añoranza en la invitación de Dan Cassidy. ¿Salir a cenar? La sola idea le daba risa. Ella era la que organizaba y servía las cenas. Ella la que comía de su propia comida en la cocina del café, y no en costosos restaurantes.

Además, tenía miedo de relacionarse con Cassidy. Había mucho en juego. Todo lo que tenía más lo que pidió prestado estaba invertido en ELLIE'S CAFÉ; el lugar representaba toda su vida, su futuro.

Se dio un baño, se puso una camiseta y un par de calcetines deportivos blancos y

luego se sentó frente al espejo para colocarse crema en la cara. Luego se cepilló el cabello y deseó que no se rizara; se preguntó cómo se vería con una cola de caballo lacia.

Se acercó a la ventana y miró lo poco que se alcanzaba a ver del océano, en el que se reflejaba la Luna que brillaba en el cielo. Imaginó una cita con Dan Cassidy. Muy elegantes, en un buen restaurante. Por algún motivo no le parecía adecuado; sin embargo, mientras se metía en la cama, agotada, pensó que esta era una buena imagen para irse a dormir.

Al día siguiente, mientras trabajaba, no pudo sacarse de la cabeza esa imagen. Por fin, ya de noche, tomó el teléfono y lo llamó.

—¡Hola! —saludó—. Habla la surfista que te golpeó por detrás. Ella notó que el tono de voz de Dan sonaba alegre.

—¡Ah! Eres tú.

—Estaba pensando que los lunes no abro el café. Por lo general voy a ver a mi abuela. ¿Por qué no cenamos juntos? No tiene que ser ningún sitio elegante. Un asado en la playa estaría bien.

En el teléfono se oyó un ladrido.

—¿Fue un perro lo que oí? —preguntó Ellie sorprendida.

—Te presento por teléfono a mi nuevo amigo, se llama Pancho —contestó Dan—. No soporté más ver el atardecer a solas, así que fui al albergue para animales.

—Así de mal estás, ¿eh? —sonrió Ellie.

—Sí, así de mal —aceptó él.

—Entonces, ¿a las siete? Yo llevaré la comida. Por favor, tú pon a enfriar el vino.

Dan le dio la dirección.

—Te espero entonces, Ellie.

—Ahí estaré. Nos veremos el lunes —mantuvo la voz tranquila, pero sintió que la embargaba una burbujeante oleada de emoción.

Más tarde, después de cerrar el café, Ellie preparó las mesas para el desayuno del día siguiente y pudo disfrutar de la paz y quietud del momento. El tránsito había disminuido en la calle principal, y los escasos peatones no miraban hacia el café a oscuras.

Se sirvió una taza de café bien caliente y se sentó a una mesa cerca de la ventana, para mirar la noche serena. La niebla comenzaba a descender, amortiguaba las luces de la calle y se iba esparciendo suavemente y en silencio, como el humo. Esto le parecía muy tranquilizador después de un día tan agitado.

La conversación que había sostenido con Dan Cassidy flotaba en su mente, y de nuevo se preguntó si él sabría ya de la maldición del rancho Running Horse. Le molestaba la sola idea de ser ella quien tuviera que decírselo, pero en ese lugar no se había producido vino en muchos años, y decían que era un sitio de mala suerte. Por el bien de Dan, esperaba que no fuera cierto.

Pensó en su madre y en su padre. Se preguntó nerviosa y esperanzada si a ellos les hubiera agradado Dan. «Es tonto, —se dijo—, seguir añorando a mi padre y a mi madre para compartir mis asuntos». Aunque ya era una adulta, todavía los extrañaba. La señorita Lottie había sido una maravillosa compañera: fue abuela, madre, padre y amiga, y siempre la había apoyado. Asistió a las reuniones de la Asociación de Padres y Maestros, la animó en los juegos de *softball*, la envió de campamento y le escribió todos los días. Hasta pagó la fianza una vez, cuando se portó muy mal en sus días universitarios. Nadie hubiera podido hacerlo mejor.

Sin embargo, todavía existía algo en el interior de la joven que anhelaba la intimidad que recordaba haber tenido en el enorme auto, cuando iba de regreso a casa con sus padres. Solo ellos tres. Lo sucedido aquel día aún la perturbaba. Podía acordarse de cada uno de los detalles: el asiento de cuero caliente, las botas de lagarto blancas de su madre, la última sonrisa de su padre y el guiño que le había dirigido; por lo menos, se dijo, recordaba todo. Pero a menudo, en sus sueños, pensaba que había algo más: un elemento importante en la parte más oscura del sueño. En el instante en que pensaba que sabía qué era, se veía sentada al lado del camino, sola y llorando, con sangre que le corría por el rostro. Y un gran silencio a su alrededor: el silencio de la muerte.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Tragó de prisa el café hirviendo y llevó la taza vacía a la cocina. Esa noche no durmió bien.

Capítulo 3

Buck consideró que Los Ángeles era un sitio caliente. Y, al pensarlo, no se refería solo al brillante sol. Estaba sentado a la mesa de un café en Sunset Plaza mientras observaba la atestada escena de la hora de la comida. Realmente las cosas habían cambiado mucho durante las dos décadas que estuvo preso, y no podía creer que existieran mujeres como aquellas fuera de las revistas. Rubias altas con cabello largo y lleno de vida; mujeres de cabello oscuro y lustroso con mirada atrevida y piernas muy muy largas. De vez en cuando alguna chica le sonreía mientras se abría camino entre las múltiples mesas, y él le devolvía la sonrisa con confianza. Con su nuevo aspecto, encajaba a la perfección en ese ambiente.

No era solo por los caros pantalones informales de color *beige* o la camisa ligera de lino, ni por los mocasines Gucci de gamuza y el convertible alquilado que estacionó detrás del café. También había cambiado el color de su cabello a castaño oscuro en una elegante peluquería del lugar. El nuevo bigote oscuro le quedaba bien a ese rostro largo y delgado, y los modernos lentes de sol con arillos de acero ocultaban el fuego que le brillaba en los ojos. Se veía como un hombre distinto: rico, elegante y atractivo. Volvía a sentir poder. Se sentía capaz de hacer lo que quisiera y tener a la mujer que deseara. Sin embargo, en ese momento estaba concentrado en planear los negocios que haría.

Por instinto, él era un hombre de las calles, y sabía cómo encontrar todo lo que necesitaba. Condujo al centro de la ciudad y bajó del auto para dar un paseo. No había recorrido ni dos cuadras cuando alguien lo abordó.

—¿Coca, señor? —preguntó una voz desde el oscuro umbral de una puerta.

Los ojos de Buck Duveen se clavaron a toda prisa en el hombre. Era negro, grande y amenazador, pero Buck se sentía pleno de poder y no le temía. Tenía lista en la mano la navaja de muelle.

—¿Y si te dijera que soy policía? —sonrió al decirlo, saboreando la breve expresión de alarma en los ojos del traficante.

El tipo no respiró.

—Yo... no iba a hacer nada, oficial. Nada... ya me voy.

De pronto, el traficante buscó su arma. Con la misma velocidad y fuerza con que el psicópata casi había estrangulado a su guardián: Buck le atravesó la mano con la navaja.

El hombre no alcanzó a gritar. Solo se quedó ahí, mirándose la mano ensangrentada y contemplando la Glock 27 automática que había caído al suelo.

—No eres policía —dijo sin aliento—. Mira, puedes quedarte con todo lo que tengo... Es tuyo. Solo déjame ir. Nada más.

Buck disfrutaba del momento.

—Si me das la información que necesito, tal vez te perdone la vida —empujó la punta de la navaja en las costillas del hombre.

—De acuerdo, amigo, lo que quieras.

—Identificaciones, tarjeta del seguro social...

—Tienes que ir a Alvarado Street. Te costará veinte, tal vez quince dólares, pero te darán lo que quieras... tarjetas verdes, permiso para conducir.

Buck hundió el cuchillo un poco más, y la mancha roja creció con rapidez alrededor de la punta de la hoja afilada. Por un instante contempló la posibilidad de terminar el trabajo, pero matar hombres no lo emocionaba.

—Gracias —le dijo—. Por todo.

Se guardó la Glock, que era un agradable y pequeño beneficio adicional, y se volvió.

—Considérate afortunado —le dijo por encima del hombro.

Alvarado Street era una calle bulliciosa. Buck no tuvo que buscar a los vendedores. Ellos mismos lo encontraron. En menos de dos horas ya había adquirido la identidad y la vida de un tal Edward Jensen, junto con su tarjeta del seguro social, un permiso para conducir y el registro de un BMW convertible robado y modificado. Abandonó el auto que alquiló, de cuyo robo informaría más tarde, y luego condujo el BMW a una sucursal en Santa Mónica del First National Bank, donde abrió una cuenta de cheques y arregló que el resto del dinero que había heredado cuando su madre murió fuera transferido de un banco en Nueva York.

Con el nuevo equipaje en el maletero de su BMW, «Ed Jensen» condujo por la costa. En Montecito, llegó con magnificencia a la entrada del Four Seasons Biltmore, le entregó las llaves del automóvil al encargado, se registró, pidió una habitación con vista al océano y luego se dirigió al bar, donde se tomó un *whisky* doble para celebrar lo bien que iba todo.

Estaba emocionado. Por fin, su plan estaba en marcha.

Era lunes por la tarde y, como de costumbre, la señorita Lottie esperaba a Ellie. La respetable anciana cumplía años ese día, y María le había ayudado a escoger un vestido lila floreado, así como una pequeña chaqueta estilo bolero que le hacía luego. También se había puesto sus anillos de brillantes y varios prendedores antiguos y el reloj de oro Vacheron que se había comprado en Suiza durante una de sus giras por Europa en la década de los treinta, antes de la terrible guerra.

—Algo malo le pasa a usted —le había dicho María esa mañana cuando le llevó el desayuno a la cama y la señorita Lottie mencionó la guerra de nuevo—. Solo recuerda las cosas desagradables.

—No es cierto —replicó la dama indignada, mientras atacaba su huevo tibio con una cuchara de plata—. También recuerdo las cosas buenas. Siempre sé cuándo va a venir Ellie. Y cuándo tiene que tomar sus píldoras Bruno.

El viejo labrador descansaba la enorme cabeza sobre la colcha de la cama, con los

ojos clavados en la rejilla de plata del aparato para poner pan tostado. La señorita Lottie untó mantequilla importada de Francia en una rebanada de pan tostado y se la ofreció.

Bruno la dejó caer, con la mantequilla hacia abajo, sobre el antiguo tapete Aubusson, verde claro, cubierto de rosas y lilas. Engulló el pan y luego lamió la mancha de mantequilla.

La señorita Lottie sabía que la mantequilla no le hacía bien y solo lo engordaba, pero creía que cuando se era tan viejo, como Bruno y ella misma, un poco de gordura no era demasiado importante, lo que sí importaba era ser feliz.

En ese momento, sentada en la terraza, mientras esperaba a Ellie, pensaba de nuevo en Europa. En aquel entonces era una mujer joven que creía que su vida siempre sería feliz y despreocupada. Nunca pensó que tendría que sufrir la tragedia de la muerte de su hija en un accidente automovilístico. Solo el hecho de tener que criar a su nieta había evitado que cayera en la desesperación.

Recordó las imágenes de Ellie cuando niña. La chiquilla sonriente con la cabellera roja, los pies grandes de su padre y los bellos y brillantes ojos azul grisáceo de su madre. Ellie, a los seis años, con un tutú rosado, tropezando en una torpe pirueta; la señorita Lottie sabía que Ellie se había sentido tan bella como una bailarina, y eso era lo principal. Y el ensayo que escribió en la escuela, al que tituló «Mis padres», donde decía orgullosa que su abuela era madre y padre a la vez, y que la consideraba mejor que los padres de todos los demás juntos. Luego llegaron los noviazgos, y la casa se llenó otra vez de gente joven. Esto le había insuflado a la señorita Lottie un nuevo aliento vital, justo en el momento en que parecía comenzar su decadencia.

Sonrió, porque no todo había desaparecido aún de su memoria y porque le quedaban recuerdos queridos para sostenerla.

—¡Hola, señorita Lottie! Ya llegué.

De pronto, al ver que Ellie subía los escalones de la terraza, la señorita Lottie consultó su reloj.

—Y casi a tiempo. ¿Qué sucedió?

—Es por tu cumpleaños —la joven se arrodilló en las baldosas de mármol y abrazó a su abuela—. Muchas muchas muchas felicidades querida señorita Lottie. Y, ¿por qué tienes puesta la visera? ¡Ay, no! No me digas que estuviste de nuevo en la computadora, moviendo lugares de un lugar a otro y perdiendo hasta la camisa.

—Nada tan vulgar como eso, querida. Ahora solo me gusta jugar con Internet.

—¿Estuviste navegando en Internet? —Ellie quedó con la boca abierta—. ¿Cómo caramba aprendiste a hacer eso?

—Un agradable joven me enseñó. Me pareció muy sencillo, y es muy divertido hacer nuevos amigos y charlar con ellos. Es mejor que los programas de televisión, que exhiben pura violencia y sexo.

—Señorita Lottie, deberías lavarte la boca con jabón de inmediato. Esa palabra

nunca había salido de tus labios.

—No seas ridícula, Ellie; por supuesto que lo sé todo respecto al sexo —la señorita Lottie tomó su bastón con mango de plata para apoyarse mientras se incorporaba con lentitud—. Y, ya que las dos somos mujeres, puedes sentirte libre para hablarme de tu vida sexual. La experiencia cuenta, ¿sabes?

Ellie sintió que se ruborizaba.

—Señorita Lottie, no tengo vida sexual.

—Pues a tu edad *deberías* tenerla. Puedes contarme por qué no es así cuando tomemos el té.

Se acomodó la visera verde, atravesó el salón y se dirigió al recibidor, a través del salón.

—¡Adiós, María! —gritó para despedirse—. ¡Te veré más tarde!

En el Biltmore, Buck le dio su boleto al acomodador de autos y luego esperó bajo el toldo a que le llevara su BMW. Un viejo Cadillac blanco llegó al círculo de la entrada y el acomodador se apresuró a abrir la puerta, olvidándose de él. Apareció el gerente, y el personal de la recepción se amontonó alrededor del automóvil.

«Debe de ser un político, —pensó Buck—. O una estrella de cine».

El gerente ayudaba a una anciana a bajar del auto al tiempo que le sonreía y le estrechaba la mano. Apoyada en su bastón, la mujer avanzó hacia Buck.

Y el tiempo se detuvo. La sangre se le heló en las venas.

El destino le había entregado a su víctima en bandeja de plata. Apretó los ojos y flexionó los fuertes dedos; casi podía sentir la piel suave de la mujer y los finos huesos quebrarse por la presión.

—Discúlpeme, ¿está usted bien?

Buck abrió los ojos y se encontró ante la mujer más hermosa que hubiera visto nunca antes. Era muy alta, y se veía elegante y grácil con su vestido amarillo.

—¿Necesita ayuda? —insistió ella.

—No, no. No me pasa nada. Estoy bien. Gracias.

—Entonces, buenas tardes —el largo cabello rojo se balanceó bellamente sobre los hombros de la joven cuando se alejó, y Buck supo que estaba contemplando a Ellie Parrish Duveen.

El corazón le latía a toda velocidad.

—Su auto, señor —el encargado tenía abierta la puerta del BMW y lo esperaba.

Buck negó con la cabeza, incapaz de hablar. Se volvió y caminó con lentitud de regreso al hotel, donde se dejó caer en un sofá. No estaba preparado para lo que acababa de ocurrir.

Cuando su pulso se tranquilizó lo suficiente, siguió a Ellie al salón de techo alto que daba al mar. Las mesas tenían manteles rosados. Se servía el té. Las camareras daban vuelta en torno de la mesa de Lottie Parrish y la anciana, que estaba ahí sentada, era tan majestuosa como una reina.

Se sentó a la mesa contigua a la de ellas, ordenó té y fingió leer el diario mientras las vigilaba y escuchaba.

—*Scones* calientes con crema Devonshire y mermelada de fresa. Y té *Twinnings Earl Grey*. Por favor, que no sea de bolsa. El té no tiene el mismo sabor cuando sale de esas bolsitas de papel.

Buck había oído aquella voz cada noche en sus sueños durante lo que le parecieron siglos. Y ella ni siquiera lo reconoció. Él se preguntó si sería por su nueva imagen: el cabello oscuro en lugar de rojo, el bigote y los lentes oscuros. O si los años lo habían borrado de la memoria de esa mujer.

—Ellie, ¿qué pasa? ¿Por qué una chica tan adorable como tú no tiene un hombre en su vida?

Ellie suspiró. Era claro que su abuela no iba a olvidar el tema.

—Ya te dije que estoy muy ocupada, abuela, y lo más probable es que siga así hasta que cuente con el dinero suficiente para abrir un segundo local —rio solo de pensarlo—. Y, entonces, probablemente tendré menos tiempo aún.

La señorita Lottie deseaba con verdadera desesperación que su nieta no tuviera que trabajar tanto.

—Estaba pensando —dijo mientras seleccionaba con sumo cuidado un *scone*— que tal vez deberíamos vender *Journey's End*.

Buck dejó caer el periódico. ¿*Tanto habían caído los Parrish? ¿Qué le había sucedido a todo su dinero?*

—Ya hemos discutido esto antes, y no te dejaré hacerlo —replicó Ellie serena—. No puedes vender la casa.

—No veo por qué no. Podría ir a vivir a uno de esos condominios, tú podrías abrir todos los restaurantes que quisieras. Hasta tendrías tiempo para casarte y darme algunos bisnietos —sonrió bromeando la señorita Lottie.

—Bueno, esto te complacerá: tengo una cita esta noche.

Los ojos azules de la señorita Lottie brillaron.

—¿Ah, sí? Háblame de él. ¿Conozco a su familia?

—Probablemente no, pero es un muchacho de aquí. Me enseñó *surf* cuando tenía ocho años.

—¿Un surfista?

Ellie rio.

—Ahora no practica *surf*. Trabajaba como detective de homicidios en Manhattan. Acaba de comprar un viñedo aquí.

—¿Un policía de homicidios? —La señorita Lottie se estremeció—. Ellie querida, ¿estás segura de que frecuentas los círculos adecuados? ¿Cómo lo conociste?

Ellie lamió la crema de la cubierta de su *scone*. Buck observaba fascinado cada movimiento de ella, cómo inclinaba la cabeza y el brillo espectacular del cabello rojo; casi podía sentir la suavidad del dorado brazo desnudo entre sus manos de depredador.

—Golpeé su automóvil nuevo en Olive Mill Road —explicó Ellie—. Me sorprende que me haya llamado después de eso.

La señorita Lottie movió la cabeza, perpleja.

—Los jóvenes se conocen de maneras extrañas en estos días. Levantó la mirada, sorprendida, al ver que el gerente se acercaba a ella a todo correr. Tras él venía el *chef* repostero sosteniendo un pastel helado con una sola vela encendida. El personal de servicio se reunió para cantarle *Feliz Cumpleaños* a la señorita Lottie, que apagó la vela. Todos aplaudieron. Después, el gerente les ofreció una botella de champaña.

Buck reprimió el impulso abrumador de saltar sobre la anciana en ese mismo instante. Tembloroso, llamó al camarero y ordenó un *whisky* doble. Lo bebió con rapidez, sin quitar ni un momento la vista de las dos mujeres.

Podía ver a su padre en el rostro de Ellie... *al padre de ambos*. Buck se vio en ella como había sido dos décadas antes, cuando era joven: alegre y lleno de vida. Antes de que lo encerraran. ¿Sería eso lo que lo hacía sentir esta nueva emoción? ¿O era la tersura luminosa de la piel de la chica, su hermosa cabellera y aquellos ojos increíbles? Sus planes se trastornaron. La anciana debía morir; pero, tarde o temprano, Ellie Parrish Duveen sería suya.

Cuando por fin se levantaron para marcharse, la mirada de la señorita Lottie se detuvo un instante en Buck al pasar a su lado. Una leve arruga de perplejidad se formó en la frente de la anciana mientras Ellie la tomaba del brazo y la conducía fuera del recinto.

«Es primavera, —pensó Dan con melancolía—, la época en la que la mente de los hombres se dirige hacia el amor». Sin embargo, la suya estaba puesta en lo que tendría que hacer para que el viñedo funcionara.

Esa misma mañana había comprado una enorme yegua colorada de nueve años llamada Dulce, y en ese momento recorría sus dieciséis hectáreas montado en ella. Se detuvo en lo alto de una colina y miró a su alrededor, buscando a Pancho, pero el perezoso sabueso no se veía por ninguna parte, así que supuso que el perro debía de haber regresado a los establos. Dan bajó de cabalgadura y permaneció de pie, absorbiendo el silencio.

Un halcón se cernía en el claro cielo azul, y un par de conejos saltaban por un surco; los rápidos movimientos delataron su presencia al halcón en lo alto. Tal vez la vida en el rancho no fuera tan diferente de la vida en las calles después de todo. Había depredadores y víctimas; muertes violentas y repentinas en una bonita tarde. «Me estoy perdiendo la acción», pensó.

El teléfono celular sonó y él lo sacó de su bolsillo trasero.

—¿Hola? ¿Cómo está Dan el granjero?

—¿Ahora eres telépata o algo así, Piatowsky? —Dan sonrió—. Estaba pensando en ti.

—Responde la pregunta, Cassidy. ¿Cómo te va?

—Bien, bien, para haber sido una compra a ciegas. Estoy aquí, de pie bajo el glorioso sol de California, admirando mis viñedos secos; pero es hermoso y hasta tengo un equino para ti. —Dan miró la gran yegua colorada que pafaba cerca de ahí.

—Lo más parecido a un caballo que he montado es una Harley —respondió Piatowsky—. Pero oye, Angela llevará a los niños a ver a su madre en Maine a fines de este mes, así que pensé que tal vez yo podría ir a visitarte para darte una mano con el arado o ayudarte en lo que necesites.

—Me parece bien. Tal vez entonces ya haya terminado de arreglar la casa.

—¿La casa también necesita que la arregles? —La voz de Pete Piatowsky estalló en una sonora carcajada—. ¡Vaya timo! Más que invertir bien yo diría que a tu dinero le salieron alas.

—Gracias, amigo. Yo también te extraño.

—Te llamaré para avisarte de mi llegada.

—Seguro que te encantará. Saludos a Ángela.

La comunicación se cortó; Dan movió la cabeza y sonrió. Miró la hermosa curva que hacía la colina, recortada contra el cielo azul, y escuchó el silencio. No cambiaría esta vista por Nueva York ni por un millón de dólares.

Admiró su nueva yegua. El animal relinchaba y sacudía la cabeza, moviendo la cola con inquietud.

—Está bien, está bien, Dulce —le dijo al subirse para montarla—. Ya nos vamos de aquí.

El animal volvió a levantar la cabeza y caracoleó un poco, para probarlo. Dan la sujetó con fuerza.

—Dejemos algo en claro: yo soy el amo y tú el corcel. Yo monto y tú obedeces, ¿comprendes? —La yegua movió los ojos, pero trotó obediente, de vuelta al establo.

Dan suspiró aliviado. No habría podido soportar otra equivocación. Primero, la casa y el viñado; luego Pancho, que le robaba comida como el viejo perro callejero que había sido siempre; y, para terminar, la yegua, voluntariosa, lista para lanzarlo al suelo en cuanto él se descuidara. Además, la semana anterior había puesto un anuncio para contratar un administrador, y hasta ese instante nadie había respondido. Consideró que su desempeño como granjero estaba dejando mucho qué desear, de hecho: iba muy mal.

En los establos, le quitó la silla y la brida a la yegua y le dio agua y avena; luego fue a visitar a la hermosa mesteña que estaba en la caballeriza de al lado. La había comprado por su belleza: era tordilla, con la crin y la cola color crema.

—¿Cómo estás, Paraíso? —El animal se acercó a olisquearle la mano y él sacó una zanahoria del bolsillo. La yegua la masticó ruidosamente—. Qué dulce eres —dijo—. No como tu nueva y salvaje hermana de allá.

Salió de los establos preguntándose qué tarea debía emprender primero, cuando Pancho de pronto se levantó y comenzó a ladrar como loco a un hombre que entró a galope en el patio de los establos montado en un viejo bayo.

Del bolsillo de la chaqueta del hombre asomaba una botella de *whisky*. Sus pantalones vaqueros estaban llenos de agujeros, y traía un sucio pañuelo rojo atado alrededor del cuello y botas vaqueras raspadas, con punteras plateadas. Usaba un sombrero ancho sobre los gruesos rizos negros, y casi le escondía la radiante sonrisa un gran bigote estilo Emiliano Zapata.

Dan se echó atrás la gorra de béisbol, sorprendido, mientras el bayo piafaba en el aire en un ostentoso final.

—¿Es ese un acto de circo, o qué?

—No, señor —el hombre desmontó y sonrió de nuevo—. Soy Carlos Ortega, su nuevo vinicultor. Estoy aquí para ofrecerle mis valiosos servicios —se quitó el sombrero haciendo un floreo, y tanto él como el bayo se inclinaron.

Dan rio. Dudaba que Carlos supiera la diferencia entre una uva *merlot* y una *sauvignon*, pero el hombre le agradó.

—Venga a mi oficina para que hablemos.

Carlos se sentó rápidamente frente a Dan en el vacío pero limpio cobertizo pequeño que se había convertido ya en la oficina de Dan. El hombre colocó el sombrero con mucho cuidado sobre las piernas y puso la botella de *whisky* en la mesa de caballete, que estaba entre ellos.

—Señor Cassidy —dijo, repentinamente serio—, no voy a mentirle. Creo que soy un buen vinicultor, tal vez hasta puedo decir que excelente. Vine a California cuando era niño para recolectar nueces, luego pistachos y después fresas. Cuando tenía quince años fui al norte, a Napa, para cosechar uvas. Trabajaba duro y era inteligente, así que me ascendieron y dejé el campo para trabajar en el lagar. Aprendí todo lo que pude. Me encanta hacer vino. Me gustaba el olor. Primero trabajé en Mondavi, luego laboré para Beaulieu; y, después, señor, esto —dio un golpecito a la botella de *whisky* — fue mi perdición. Pero no le mentiré. Mi pequeño problema es solo mío, y no afectará mi quehacer.

Dan negó con la cabeza y le contestó.

—¿Qué le hace pensar a usted, señor Ortega, que aceptaré a un alcohólico confeso como mi vinicultor?

Ortega se apoyó un poco más sobre la mesa.

—Señor Cassidy, no creo que ninguno de los dos tenga mucho de dónde elegir. Usted necesita un vinicultor. Yo necesito trabajo. No encontrará ningún hombre de los buenos que quiera venir a trabajar a Running Horse. Tiene mala reputación. Todos dicen que hay una maldición sobre este lugar; pero yo conozco esta tierra. Las colinas dan al sur, y son de tierra suelta. Pueden cultivarse viñedos buenos y fuertes en esta tierra, señor; pero, para lograrlo, necesitará un especialista —miró con ecuanimidad a Dan—. No soy codicioso, señor. No pido un gran sueldo. Todo lo que necesito es un techo sobre mi cabeza. La casita que está cerca de la entrada estará bien. Puedo arreglarla para mí y mi familia. Después, cuando seamos prósperos, volveremos a negociar.

Dan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Parece ser que no queda otro remedio, señor Ortega. Está bien, es un trato. Solo le pido que no beba en el trabajo.

El mexicano le estrechó la mano con entusiasmo.

—Señor, no lo lamentaré; se lo prometo —se levantó, guardó su botella y se dirigió con arrogancia a la puerta.

Le silbó al bayo, saltó a su lomo y se alejó a galope por el patio de los establos, en medio de una nube de polvo.

Poco después, Ortega regresó en una vieja camioneta *pick up*, con un perro mestizo color café y de aspecto polvoso en la parte trasera, y una joven regordeta de cabello negro, largo y brillante, sentada en el frente, con un bebé en el regazo.

Pancho se lanzó sobre el perro café, ladrando con furia, y Dan lo detuvo por el collar.

—Señor, ella es Florita, mi esposa —explicó Carlos Ortega—. Y este —tomó al bebé del regazo de su madre y lo sostuvo en alto con orgullo— es mi hijo, Roberto Carlitos Ortega. Él es ciudadano estadounidense —se puso la mano sobre el corazón en un saludo solemne—. Dios bendiga a este país.

Buck ya había pasado con lentitud dos veces frente a la entrada de Journey's End. Se detuvo en la suave loma de enfrente y logró quedar medio escondido a la sombra de unos eucaliptos. Encendió un cigarrillo y contempló las artificiosas rejas de hierro. Estaban flanqueadas por dos enormes columnas de granito rosado, coronadas por un par de grifos alados. «Ellos deben de cuidar la entrada del palacio de la mujer rica, —pensó con amargura—, y mantienen fuera al resto del mundo». Excepto a él, por supuesto. Pero, ya encontraría la manera de entrar.

Arrojó el cigarrillo por la ventana y puso en marcha el motor.

—Feliz cumpleaños, señorita Lottie —dijo con burla mientras pasaba una vez más frente a la reja—. Es mejor que lo disfrute, porque este será el último.

El camino oscuro bajaba serpenteando por las colinas, pero él tomaba las curvas a toda velocidad, sin importarle nada. «*Eres invencible*, —le dijo una voz triunfal en su interior—. *Eres más listo, mejor, más fuerte*». Además, sabía todo sobre ellas. Se lo había preguntado a la camarera cuando esta le llevó su cuenta.

—La señorita Lottie es una anciana adorable en toda la extensión de la palabra —le había dicho ella.

—Una mujer encantadora —coincidió Buck amablemente—. Ya no las hay así en esta época. Es una verdadera dama.

La camarera le dirigió una sonrisa de aprobación.

—Y educó a su nieta en la misma forma. Ellie también es toda una dama, aunque tenga un café en Santa Mónica.

Buck le dio una buena propina.

—¿Y dónde queda?

—En la calle principal, es un lugar pequeño y agradable.

Buck se sintió mejor. Ya tenía un nuevo plan de acción.

Cambió la velocidad y el BMW salió disparado hacia la autopista, camino del sur. Llegó a Los Ángeles en menos de una hora; entonces el tránsito lo detuvo. Se pasó a la cuatrocientos cinco, luego a la autopista de Santa Mónica, y salió en la Fourth Street.

Una patrulla estacionada cerca de un semáforo hizo a Buck volver a la realidad. No podía arriesgarse a que lo multaran. Su nuevo permiso y el registro estaban bien para el uso cotidiano, pero no estaba seguro de que pasaran el escrutinio de un policía.

Condujo lentamente por la calle principal hasta que lo encontró: Ellie's Café. Un letrero que decía CERRADO pendía de la puerta, y no había luces encendidas.

Frustrado, se preguntó dónde viviría ella. Tendría que averiguarlo. La idea lo llenó de emoción. Desbordante de poder, condujo de regreso a Sunset Boulevard. Necesitaba una mujer.

A pesar de que era lunes por la noche, Sunset Strip, la calle de los clubes nocturnos, estaba muy animada. Atento a los policías, el hombre avanzó con lentitud, observando la acción en la calle. Había muchas mujeres, de todos colores y tipos. Con Ellie Parrish en mente, eligió a una pelirroja. Era alta y usaba una brevísima falda negra y un corpiño.

Bajó la ventanilla y se dirigió a ella.

—¿Cuánto?

Ella lo miró de arriba abajo.

—Depende de lo que quiera, señor.

—Sube —dijo con decisión—. Lo negociaremos en el camino.

Ella se acomodó en el asiento del pasajero.

—Primero dame cincuenta.

Él sacó el dinero de la cartera y la pelirroja introdujo con cuidado el billete en la parte superior de una de sus botas de cuero negro acharolado.

—Da vuelta aquí a la izquierda, y luego otra vez. Es tan solo un callejón, pero muy tranquilo.

Se estacionó en el extremo más alejado del callejón, cerca de los cubos de basura; en seguida se recostó mientras ella se hacía cargo de su deseo sexual. Después Buck le puso las manos alrededor del cuello y ella saltó hacia atrás.

—¿Qué estás...? —Asustada, se lanzó hacia la puerta del auto, pero él todavía la tenía sujeta de la garganta y nada hubiera podido hacer para que la soltara. Ella se comenzó a asfixiar, y se retorció tratando de liberarse de aquellas manos. Luego quedó inerte, con los ojos desorbitados.

Buck sacó a la mujer del auto y la dejó caer al suelo. Le quitó el billete de cincuenta de la bota y sacó su navaja; luego se inclinó sobre ella y le grabó una cruz profunda, de una sien a otra y del borde de la frente a la nariz. Casi no hubo sangre

porque el corazón ya le había dejado de latir, pero él limpió la hoja de la navaja con sumo cuidado en la falda corta de la chica; subió al auto y se alejó del callejón. Silbaba alegremente *Dixie* por lo bajo mientras se dirigía de regreso a Montecito.

Capítulo 4

Ellie condujo su viejo *jeep* por el camino buscando la cabaña de Dan. En la parte posterior llevaba dos bolsas con comestibles: carne, ensalada, queso fresco, fruta, pan y un trozo del pastel de cumpleaños de la señorita Lottie. Luego de la comida para celebrar en el Biltmore, se cambió el vestido amarillo por unos estrechos pantalones vaqueros y una camisa blanca anudada a la cintura. Siempre llevaba las perlas de su madre, y se había dado tiempo para maquillarse los ojos y aplicarse lápiz labial de la manera apropiada en lugar de hacerlo en un alto del semáforo, como siempre.

Miró su reloj: dos minutos antes de la hora de la cita. Sería la primera vez en su vida que iba a llegar temprano, y se preguntó si no parecería demasiado ansiosa. «Él es solo un viejo amigo de la infancia», se recordó, pero luego corrigió: «Bueno, casi un amigo». Al menos, lo había conocido hacía mucho.

A los dieciocho años, el aspecto de Dan Cassidy había sido estupendo: abdomen de lavadero, nada de grasa y ojos azules irlandeses hundidos. Recordaba que se aferró a su pecho bronceado cuando la sacó del mar después de que una tabla de *surf* la golpeó en la cabeza; y también se acordó de haber vomitado agua salada sobre él. Ellie esperaba que él no recordara aquel pequeño incidente.

Una vieja tabla, con las palabras CABAÑA PINES grabadas con torpeza, pendía ladeada sobre una reja de madera. Estacionó el auto, sacó las bolsas con las viandas de la parte posterior y se dirigió a la casa. Era pequeña y estaba pintada de blanco con las molduras en azul marino. Al lado de la puerta había una campana de cobre grande y antigua, de las que se usaban en los barcos.

Se pasó las bolsas a un solo brazo y tiró de la cuerda de la vieja campana. Un perro lanudo negro con café, de patas flacas y cola larga y peluda, salió de un salto cuando Dan abrió la puerta.

El perro sarnoso se paró sobre las patas traseras y gimió con ansiedad en cuanto olfateó la carne.

—Ni lo sueñes, Pancho —lo reprendió ella con severidad—. Ni aunque seas una belleza.

—¿Crees que este bicho pueda ser una belleza? —Dan parecía sorprendido.

—Siento debilidad por los desamparados y los descarriados.

—En verdad espero que no me incluyas en esa categoría.

—Pensé que era precisamente al revés. —Ellie rio. Lo siguió a la cocina y comenzó a desempacar las bolsas mientras Dan le servía un vaso de vino.

—*Iron Horse* —le comentó él—. Viene de un lagar muy prestigiado. Pruébalo y dime qué piensas.

—Creo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que cené con un hombre —dijo Ellie mirándolo con inocencia y luego rio—. Claro que todas las noches ceno

con docenas de hombres, pero eso no cuenta; ya sabes a lo que me refiero.

—Lo sé —todavía la miraba—. Es agradable. En especial porque eres una vieja amiga.

Ambos salieron a la terraza de madera que daba al océano. Unos escalones llevaban hasta la playa. Mientras estaban apoyados en la barandilla, contemplando el paisaje, una suave brisa retiró el pelo del rostro de Ellie. Dan notó una cicatriz en su frente y se preguntó, sorprendido, cómo se la habría hecho.

—Ellie, ¿te gustaría dar un paseo antes de que se ponga el sol? —preguntó él.

La joven se quitó los tenis en un santiamén, casi le ganó a Pancho a bajar los peldaños. Luego se enrolló las perneras de los pantalones y trotó hacia la playa, con la cabellera roja al viento.

Él corrió tras ella, con los músculos muy doloridos por la larga cabalgata que había realizado esa tarde.

—Miren al anciano —ella golpeaba con los pies la orilla del mar y disfrutaba de la libertad—. ¿Qué le pasó a Dan el gran surfista, con abdomen de acero y cuerpo atlético como para morir por él?

—Tienes muy buena memoria —sonrió él—. ¿Recuerdas la vez que vomitaste sobre mí?

—Esperaba que no lo recordaras —gruñó ella.

—Tengo memoria fotográfica.

—Mejor te juego una carrera hasta aquellas rocas —lo retó ella.

Él corrió tras Ellie, cojeando y resoplando.

Ella regresó, y lo observó críticamente, mientras tenía las manos en la cadera.

—¡Ay, ay! —se quejó Ellie—. Lo sabía. Tienes un traumatismo cervical y vas a demandarme.

Él sonrió, y dijo:

—El golpe que le diste a mi auto no tiene que ver con esto. Es que hoy monté a caballo por primera vez en años, y ahora me duelen ciertas partes del cuerpo que ni siquiera sabía que tenía.

Ellie enlazó el brazo con el de él en forma amistosa, y regresaron a la casa sin prisa.

—¿Qué te hizo dejar el trabajo en Nueva York? —preguntó de pronto—. ¿Por qué dejaste la policía?

—Por una bala dirigida a mí. Pensé que había sido afortunado porque no me mató. Luego me dijeron que a partir de entonces estaría atado a un escritorio.

Ellie asintió. Respiró el aire salado, y disfrutó de la tibieza del brazo desnudo contra el suyo, de la masculinidad de Dan.

—Bueno, y ¿qué hay de ti? —preguntó él—. Recuerdo que tu familia era muy rica. Vivías en la mansión en lo alto de la colina, con muchos sirvientes.

—De algún modo el dinero se acabó antes de llegar a mí.

—¿No lo lamentas?

—¿Bromeas? —sonrió ella—. ¡Por supuesto que lo lamento! El dinero habría hecho mi vida mucho más fácil. Pero ¿sabes? —agregó con un profundo suspiro—. Probablemente estaría haciendo lo mismo que hago ahora. Así que, supongo que eso solo significa una cosa: que si en verdad deseas algo con todas tus fuerzas, lo consigues, con dinero o sin él.

—Estamos en el mismo barco. Running Horse es un desastre. Es probable que pasen años antes de que pueda echarlo a andar.

Pancho pasó corriendo junto a ellos, subió los escalones de la casa y luego volvió a salir, pasando a su lado en su camino de regreso. Con el rabillo del ojo, Dan alcanzó a ver un fresco pedazo de carne roja en el hocico del perro. Dan gruñó.

—Ese maldito perro acaba de escapar con nuestra cena.

Ellie se asomó sobre la barandilla. Pancho estaba tendido en la arena, acabando con el último filete *mignon*.

—Vaya... Escogió el momento perfecto —dijo impresionada—. Realmente es muy listo.

Dan lo miró exasperado.

—No puedo regresarlo. Ya cree que es mío. Hasta ha comenzado a dormir en mi cama.

—Eres un tonto, Dan Cassidy. Es necesario entrenarlos desde el primer día; de otra manera te considerarán blando y estarás perdido —le sonrió al perro que rodaba en la arena y movía las cuatro patas en el aire—. Qué bueno que traje pan y queso. Con una botella de vino, ¿quién puede pedir algo más?

—Quisiera preguntarte algo —dijo Ellie en la cocina, mientras cortaba el pan—. ¿No estabas casado? —En el momento en que hizo esta pregunta, deseó no haberla hecho. El vino le había soltado la lengua—. No, olvida lo que te dije —añadió.

Dan se apoyó sobre el mostrador con los brazos cruzados.

—Lo estuve. Y, como amiga, tienes derecho a preguntar. Pero no, ya no estoy casado. Fue un asunto de juventud... puro enamoramiento, pero nada duradero.

Ella llevó un cesto con pan a la sala y lo puso en la mesa para el café. Dan colocó un plato con el queso; luego llenó los vasos y se sentó en el suelo, junto a ella.

—Háblame de tus padres.

Ellie bebió su vino, pensativa. Tenía tanto qué decir... y a la vez tan poco. Habían pasado escaso tiempo juntos para que ella recordara ese doloroso tema.

Cuando era niña, esa era su historia favorita para irse a dormir.

—Háblame de nuevo sobre mis padres —pedía, y la abuela le repetía una vez más la triste historia, a menudo con lágrimas en los ojos que Ellie limpiaba con uno de sus pequeños dedos.

—Cuando mi abuelo murió —le contaba a Dan—, la señorita Lottie tuvo que criar a Romany ella sola. Romany era una chica alegre como una gitana. La señorita Lottie siempre pensó que se tranquilizaría, pero cuando Romany llegó a los

veinticuatro años, se fugó con Rory Duveen, un Don Nadie sin un centavo. Además, él era quince años mayor que ella, y divorciado. Romany tenía su propio dinero, que había heredado de su abuelo, y la feliz pareja voló por todo el mundo, de fiesta en fiesta, disfrutando de la vida; porque, como Rory siempre decía: «la vida debe ser divertida». Unos años más tarde, Romany se dio un tiempo para traerme al mundo, pero luego se marcharon de nuevo. Casi siempre me dejaban con la señorita Lottie; pero a veces, a pesar de las protestas de ella, me llevaban con ellos. —Ellie se encogió de hombros en un gesto que de alguna manera expresaba su tristeza—. Y así transcurría la vida. Hasta el día en que su Bentley blanco convertible hizo una cabriola inesperada y los lanzó a un cañón rocoso en las montañas de Los Padres. Es tan extraño... —añadió con el entrecejo fruncido—. Recuerdo que íbamos por ese camino en la montaña. Hasta recuerdo cómo se sonreían el uno al otro, y mi padre cantaba... y luego ya no estaban. Yo salí disparada hacia unos arbustos, al lado del camino. Ahí me encontraron después. Tenía una gran cortadura en la cabeza, pero eso había sido todo.

Dan la observó temblar. Cerró la ventana y buscó un fósforo para encender el fuego; luego le dio un su suéter a Ellie. Ella se arrebujó en él. La prenda se sentía bien, agradable, suave y con aroma muy masculino.

—No sé por qué te cuento todo esto —prosiguió ella mientras lo miraba por encima de la mesa del café—. En realidad nunca he hablado de este tema con nadie, excepto con la señorita Lottie y con Maya, sin embargo, tengo la sensación de que algo le falta a ese recuerdo. Está ahí, en alguna parte de mi pensamiento —suspiró anhelante—. No me parece posible que mis padres, tan llenos de vida y tan alegres, se hayan marchado. En ese momento estaba segura de que saldrían de detrás de algún árbol, gritando «¡sorpresa, sorpresa!» como solían hacer cuando volvían de sus viajes.

Dan la tomó de la mano.

—Fue difícil. Eras muy pequeña.

La luz de la chimenea bañaba a ambos en un suave resplandor rojizo. A lo lejos, se podía oír el rugido del mar contra los rompeolas que rodeaban la línea de la playa. Ellie se sentía como suspendida en el tiempo, como si hubiera retrocedido y estuviera viendo todo lo que le había ocurrido en el pasado y que ella había preferido siempre no recordar.

—Ese año aprendí mucho sobre la violencia —dijo en un tono de voz muy bajo—. Primero con lo de mis padres, y después con mi abuela —titubeó—. Nunca le hablé a nadie de esto. La señorita Lottie me pidió que no lo hiciera.

Dan bebió un poco de vino.

—¿Quieres contármelo?

Había estado guardado en su interior durante tanto tiempo, que Ellie sabía que sería un alivio hablar de ello.

—Sucedió unas cuantas semanas después del accidente de mis padres. La señorita

Lottie siempre me llevaba a la cama ella misma y luego me leía un cuento.

Ellie se vio otra vez en la habitación tapizada con zaraza azul y blanca, en la estrecha cama francesa en forma de trineo que había sido de su madre cuando niña. Como siempre, la señorita Lottie había dejado la ventana abierta porque, como solía decir, un niño necesita aire fresco.

Pero las ramas del junípero golpeaban contra la ventana de manera siniestra y la pequeña no podía dormir, así que hizo algo que hacía a menudo en esos días: bajó de la cama y fue rumbo a la escalera. Se sujetó del pasamanos de roble y descendió lentamente por los anchos y bajos escalones que llegaban al recibidor. Sabía que la señorita Lottie estaría en la biblioteca.

A menudo, en esas noches, Ellie se metía de puntillas y se sentaba en silencio a observar a su abuela, que abría la correspondencia o escribía cartas. La señorita Lottie fingía durante un rato que no la veía; luego levantaba la cabeza y decía:

—A la cama, niña. Ya es tarde. Vamos, yo misma te llevaré arriba y te arroparé de nuevo.

Esa noche fue distinta. Se oían voces por la puerta entreabierta y Ellie se asomó para ver al visitante. Sin que se dieran cuenta, se metió en la biblioteca y se sentó en el lugar de siempre, en un gran sillón chino de olmo que la señorita Lottie Parrish llamaba la silla del mandarín. La madera pulida y suave se sentía fría a través de su ligerísimo pijama, y Ellie tembló mientras observaba al hombre y a su abuela; se preguntó sobre qué discutirían.

De pronto, el hombre se levantó. Le gritaba a la señorita Lottie con tono duro y se veía furioso. Luego saltó sobre ella, y puso las manos enormes alrededor de la garganta de la mujer.

—¡Te mataré y obtendré lo que es mío!

Ellie aterrorizada, se sujetó a los brazos del sillón.

—¡Abue! —Lloró.

El hombre se volvió para verla. Sus ojos se encontraron y la niña se encogió asustada por la maldad pura que contempló en ellos. Comenzó a gritar.

La puerta se abrió de golpe. Entraron de inmediato los sirvientes y, tras ellos, los guardias de seguridad. En un instante tenían al hombre en el suelo, con los brazos en la espalda y el rostro puesto sobre la alfombra.

Ellie observó, inmovilizada por el terror, cómo la señorita Lottie cruzaba la habitación y se quedaba de pie mirando fijamente al hombre. Se veía pálida, temblorosa y molesta, pero no temía.

Luego entró María. Tornó a Ellie de la mano y se la llevó, todavía llorando de miedo, a su habitación.

Más tarde, la señorita Lottie fue a explicarle lo sucedido.

—Era solo un loco —le dijo—. Ya se lo llevaron, y quiero que olvides que alguna vez lo viste. Prométeme que nunca hablarás con nadie de lo ocurrido.

—Y, hasta esta noche —le dijo Ellie a Dan—, mantuve esa promesa.

—¿Alguna vez supiste quién era?

Ella negó con la cabeza.

—Te digo que nunca volvimos a mencionar el asunto.

Él suspiró.

—Ese fue un año importante para una pequeña de cinco años. Tu abuela merece que la feliciten por haberte sacado adelante.

El tronco chisporroteó en el hogar y ella bostezó exhausta.

—He estado hablando casi toda la noche —dijo—. Gracias por escucharme —lo tomó de la mano—. ¿Amigos? —le sonrió mirándolo a los ojos.

—Amigos —la mano de la joven se sentía fresca y firme en la de él—. Y, como amigo, no permitiré que conduzcas hasta tu casa. Es tarde, has bebido demasiado vino, te agotaste charlando y eres la mujer más cansada que yo haya visto nunca. Las sábanas están limpias, y te garantizo que la cama será toda tuya. Por favor, quédate como mi invitada.

—No puedo —dijo mientras bostezaba y negando con la cabeza—. Disculpa. Debe de ser el aire del mar —se deslizó un poco más en el cómodo sofá, con los ojos entrecerrados—. Tengo que regresar —murmuró—. Llevarán algunas entregas al café mañana a las ocho.

Dan sonrió. Estaría dormida antes de darse cuenta. Se dirigió a la habitación, y regresó con una frazada.

Como lo había esperado ella ya estaba dormida. La arropó con la frazada y acarició el suave cabello de la joven por un momento.

La despertó temprano con café y pan tostado.

Ellie se puso en pie de un salto y se pasó las manos, distraída, por el cabello revuelto.

—¿Qué hora es?

—Las seis. Cálmate, amiga. Aún tienes tiempo para tomar café y darte una ducha antes de irte.

Ella sonrió al oír la palabra «amiga». Inclino la cabeza a un lado y lo miró a los ojos.

—Gracias, Danny Boy —murmuró.

—De nada, señorita —fue lo único que él respondió. Pero pensó que sería difícil seguir siendo solo amigo de Ellie Parrish Duveen.

Casi a la misma hora en que Ellie y Dan tomaban el primer café de la mañana, Buck estaba despatarrado en un sofá y llevaba puesta una de las lujosas batas de toalla del Biltmore. Cuando llegó el servicio a la habitación, devoró hambriento los panecillos de harina de avena y arándano; luego se vistió, empacó sus cosas y pagó su cuenta. Si se quedaba demasiado en el Biltmore, el personal de la administración llegaría a conocerlo; la gente lo observaría, se volvería demasiado amistosa y hasta

haría preguntas. Además, tal vez se necesitaría algún tiempo para vender Journey's End, y Buck quería conservar su dinero.

De regreso en Los Ángeles, alquiló un departamento barato de una sola habitación en una estrecha callejuela al sur del Sunset. Ahí dejó su equipaje y después se dirigió al oeste, a Santa Mónica.

Comenzaba a caer la tarde cuando Buck llegó a Ellie's Café. Tuvo suerte. Un automóvil que estaba exactamente en la acera de enfrente se marchó, y él pudo estacionar ahí el BMW. Metió dos monedas de veinticinco centavos en el parquímetro, volvió a subir al auto y se sentó a observar el café.

Apenas eran las seis de la tarde, pero ya había un par de mesas ocupadas. Vio que una rubia de aspecto sensual tomaba las órdenes, pero Buck no encontró a Ellie por ninguna parte.

Transcurrió media hora. Entonces la vio; venía casi trotando, sin aliento, por la calle, con la larga cabellera roja al viento. Llevaba una caja enorme y esquivaba a los peatones como si fuese una experta. Mientras él la observaba, ella entró por la puerta del café y se perdió de vista.

—Ya era hora —dijo Maya a manera de saludo desde detrás del mostrador—. Pensé que estabas fabricando esa cafetera.

—Lo siento. —Ellie dejó caer la caja sobre el mostrador—, pero tenía que hacer algo, o los clientes se habrían ido a Starbucks. Esta funcionará bien hasta que arreglen la máquina grande.

Ellie entró a toda prisa en la cocina y observó el caos que reinaba. Chan, el temperamental *chef* de ojos oscuros, golpeaba las ollas y los woks con el entrecejo fruncido mientras Terry, su ayudante de veinte años, lavaba las hortalizas.

—Tengo que conseguir otro trabajo —se quejó Chan de mal humor—. Esta cocina es muy pequeña.

—Es bueno que sea pequeña, Chan. —Ellie se ató a la cintura un impecable delantal blanco—. No tienes que caminar demasiado. En una cocina grande los pies estarían matándote —la joven se recogió el cabello en una cola de caballo y se colocó la gorra de béisbol; luego se apresuró para salir a recibir a sus clientes.

Maya se apoyó contra la puerta, cerrándole el paso.

—No tan de prisa, Ellie. Primero cuéntame qué pasó anoche.

—¿Anoche? —Ellie se encogió de hombros y sonrió—. ¡Ah! Fue muy agradable.

—¿Te pidió otra cita?

—Maya, no fue una cita. Tuvimos una agradable y cordial cena de amigos. Después me dormí, y él me despertó esta mañana con un delicioso café.

Los ojos castaños de Maya se abrieron con asombro.

—Espera solo un minuto, mujer. ¿Quieres decir que te quedaste a pasar la noche? ¿En tu primera cita?

—Solo charlamos, eso fue todo. O, más bien, yo hablé, él me escuchó. Y, créeme,

para variar es bueno que alguien te escuche, en lugar de sermonearte. —Ellie la hizo a un lado, revisó las mesas y sonrió para saludar a un par de clientes asiduos.

En ese momento, Buck atravesó la calle y entró en Ellie's Café. Miró a su alrededor, buscándola, pero la hermosa rubia se le acercó con un menú en la mano.

—Buenas tardes. —Maya le sonrió con amabilidad—. ¿Mesa para dos?

Él le dirigió una sonrisa encantadora.

—Temo que estoy solo esta noche.

—Qué lástima. Pero vino al lugar indicado. Estar solo aquí no es un problema, y disfrutará de la comida —lo llevó a una mesa cerca de la ventana—. Le diré los especiales de hoy, y después lo dejaré que vea el menú.

Buck se mostró muy amable, encantador. Ordenó un vaso de vino tinto, la *soupe au pistou*, y camarones con vieiras estilo Chan. Mordisqueó el excelente pan mientras esperaba y vigilaba.

Había tomado la mitad del vaso de vino cuándo Ellie regresó de la cocina. Ella le dirigió una sonrisa mientras servía una mesa cercana. Buck acabó a toda prisa su vaso y luego la miró.

—Por favor, ¿podría traerme otro? —Le mostró el vaso vacío con una sonrisa.

—Por supuesto que sí, señor. ¿Qué está tomando? —Su voz era tan dulce y suave como la miel.

—Tinto. Creo que ella dijo que era *Ferme...* algo —la miró con aspecto dubitativo—. Espere un momento —dijo de pronto, al tiempo que fingía asombro—. ¿No estaba usted en el Biltmore ayer? ¿En Montecito?

Ella lo miró, confundida.

—Sí, pero...

—Usted se dio cuenta de que no me sentía muy bien. Y fue tan amable de detenerse a ofrecerme su ayuda —él la miró con calidez—. Un hombre no olvida un acto de bondad como ese.

La expresión de perplejidad en el rostro de Ellie desapareció.

—Por supuesto, ahora lo recuerdo. Me alegra ver que ya se encuentra bien.

—No fue nada. Solo demasiado sol, supongo.

La sonrisa del hombre fue cálida y amistosa; Ellies se la devolvió.

—Le traeré el vino de inmediato, señor —le aseguró.

Alborozado, Patrick Buckland la miró regresar a la cocina. Comenzó a silbar *Dixie* mientras aguardaba su retorno, pero quien le llevó el vino fue la rubia.

—Espero que haya disfrutado la comida, señor.

Él tendió el dinero y Ellie lo tomó.

—Fue muy buena. Igual que el vino. Es usted muy generosa.

—En este lugar procuramos atender bien a nuestros clientes.

—Gracias, me llamo Ed, Ed Jensen.

—Espero que vuelva por aquí, señor Jensen —ella le dirigió una gran sonrisa, y él se despidió con la mano mientras se alejaba. Estaba satisfecho. Había establecido el

contacto.

De regreso al otro lado de la calle, puso más monedas en el parquímetro y volvió a su auto a esperar. A las diez, la camarera rubia y sensual se marchó diciendo adiós por encima del hombro. Buck vio a Ellie girar el letrero de ABIERTO para que se leyera CERRADO; luego esperó mientras ella aseguraba la puerta con llave y caminaba a toda prisa por la calle. Buck hizo al auto describir una rápida vuelta en U y avanzar lentamente tras ella. Después de caminar dos cuadras, la joven giró a la derecha, hacia un estacionamiento de cuatro pisos. Buck se detuvo junto a la acera.

Minutos después, Ellie pasó al volante de un brillante *jeep* Wrangler amarillo. Él iba tras ella cuando dejó la calle principal.

Carlos Ortega estaba a gatas, con el rostro presionado contra una sola vid que parecía una vara, y la inspeccionaba acuciosamente rama por rama.

—Vea esto, señor —señaló una varita de aspecto frágil—. Esta vid fue injertada en un rizoma de *cabernet franc*. Probablemente lo que la arruinó fue el mal tiempo y el descuido. El rizoma es bueno. Si las atendemos y las amamos, señor, revivirán.

—¿Quieres decir que voy a tener que amar mis vides además de darles todo mi dinero? —preguntó Dan—. Suena igual que un mal matrimonio.

—No, no, señor. No es como amar a una mujer. Estos son sus hijos. Es diferente —se puso de pie y se sacudió el polvo de las rodillas con el sombrero de paja—. Es una buena noticia, señor Cassidy. Ya estoy ahorrándole dinero.

Dan estaba de rodillas, observando las plantas de vid. Podía sentir la tibieza de la tierra bajo las manos, oler su aroma dulce y fresco, mirar los pequeños brotes color verde rojizo que podrían llegar a convertirse algún día en vástagos, en racimos. Una oleada de orgullo lo recorrió. Esa era su tierra; esos, sus viñedos, sus brotes. Ortega tenía razón: serían como sus hijos.

—¿Cuánto? —preguntó, volviendo a lo práctico.

Carlos, pensativo, se acariciaba el bigote antes de responder.

—Una buena cepa de *cabernet* debe de costar alrededor de diez centavos cada brote.

Dan se alegró. Esa cantidad no parecía tan exorbitante.

—Para toda la ladera... —Carlos giró al tiempo que revisaba la colina— yo diría que vamos a necesitar entre treinta mil y cuarenta mil dólares.

Dan suspiró con resignación. Debió haberlo sabido.

—Supongo que lo mejor será que haga otra cita con el gerente del banco.

—Primero, señor, tiene que llamar al Servicio de Suministros Botánicos de la Universidad de California en Davis. Si ellos no tienen el *cabernet* adecuado, iremos a Napa. Sé a la perfección a qué viñedo tenemos que ir. Después, cuando esté cerca la cosecha, iremos a probar las uvas, y así sabré si es la mejor vid. Produciremos un excelente *cabernet*.

Dan esperaba que el hombre tuviera razón. Miró la suave pendiente de la colina, y

la imaginó llena de verdes vides, cargadas con exquisitas uvas maduras, listas para cosecharlas. Ya tenía media docena de trabajadores mexicanos distribuidos a lo largo de la colina, inclinados arrancando malezas y limpiando tubos de irrigación atascados. Desde lo alto de la colina podía oír el lamento de una sierra, mientras un carpintero se ocupaba de reparar las derruidas duelas del porche, y también podía ver a Florita que tendía la ropa. Sus caballos estaban en los establos, y en pocos días podría dormir en su propia cama. El lugar casi comenzaba a parecer un hogar.

El teléfono sonaba cuando Dan volvía a la oficina. Lo contestó a toda prisa.

—Viñedos Running Horse.

—Casi parece verdad —dijo Piatowsky. Dan podía oír su alegre tono de voz.

—Claro que es verdad. Solo me costará otros treinta mil para las cepas, tal vez cuarenta; pero Carlos Ortega dice que produciremos un estupendo *cabernet*.

—Ese Ortega, quienquiera que sea, parece un artista de la estafa si ya te convenció de que gastes treinta mil dólares en plantas.

—Se lo diré a mi banquero. Así que, ¿cuándo vendrás?

—Únicamente quería darte un pequeño informe antes de que tu cerebro de chorlito se atrofie bajo el sol de California. Encontré algo en la computadora esta mañana. Es acerca de una prostituta a quien asesinaron en un callejón cerca de Sunset Boulevard: tenía una cruz grabada en la frente: de sien a sien y de arriba abajo.

Dan emitió un silbido de sorpresa.

—Es el asesino que deja su firma.

—Y ahora está en tu lado de la cancha, amigo. Ya me puse en contacto con la policía de Los Ángeles y también con el FBI. Les di el informe acerca de la mujer de Times Square. Es el mismo individuo, eso es seguro. Usó el mismo cuchillo, tal vez una navaja de muelle. Estamos enviando volantes de alerta —le explicó Pete Piatowsky—, aunque no creo que les sirva de mucho a las chicas. De cualquier manera, se me ocurrió que, cuando vaya a verte, podré investigar lo que está haciendo la policía de allá.

—¿Cuándo vendrás?

—En un par de semanas. Cerca del quince. ¿Está bien?

—De acuerdo, aquí te espero.

—Y, a propósito, ¿cómo son las mujeres de esa tierra del sol?

—Deslumbrantes —dijo Dan mientras pensaba en Ellie—. De hecho, son maravillosas. Si te comportas de manera civilizada, tal vez te presente a una.

—Si le gustan los hombres civilizados, ¿qué hace contigo?

—Vete al infierno, Piatowsky. —Dan rio y colgó el auricular. Encerró en un círculo el día quince en el calendario que tenía en la pared y pensó en el asesino de la firma. Habría podido apostar que se trataba de un preso recién liberado. Un asesino en la costa Este y otro en la costa Oeste. ¿Sería un conductor de distancias largas? ¿O solo un vagabundo que había tomado un Greyhound para satisfacer sus fantasías

hollywoodenses? Dan se encogió de hombros. De cualquier forma, ya no era su problema. Tenía brotes de vid por los cuales preocuparse.

Dirigió entonces la mano al teléfono. Podría llamar a Ellie, solo para decirle: «Hola, amiga, ¿cómo estás hoy? Gracias por haber venido. Me encantó que durmieras en mi sofá». Marcó el número.

—Vaya, en este momento estaba pensando en ti —contestó ella al escuchar la voz de Dan.

—¿De veras?

—Quería llamarte para darte las gracias. Lo disfruté mucho.

—También yo. Lamento lo de Pancho y la carne.

—No te preocupes —ella rio—. La próxima vez...

—Hablando de la próxima vez —la interrumpió él a toda prisa—, sé muy bien que eres una mujer muy ocupada, pero ¿qué te parece la semana entrante? Pensé que quizá te agradaría venir a echar un vistazo al viñedo.

—Me encantaría —daba la impresión de que le gustaba la idea.

Dan seguía pensando en ella cuando llamó a la Universidad de California en Davis para hablar sobre los brotes de *cabernet*.

Buck vigiló a Ellie durante toda una semana. La siguió a una distancia prudente y aprendió su rutina. Ya conocía sus horarios, a dónde iba, a quién veía y lo que hacía. Sabía que visitaba a la señorita Lottie los lunes y que tomaban el té en el Biltmore. Sabía que salía de casa a las siete de la mañana y que no regresaba sino hasta después de la medianoche.

Ese día apenas acababa de oscurecer cuando se estacionó en el lado opuesto de la acera frente a la casa de ella. Iba muy bien vestido. Cualquiera que lo hubiera visto habría pensado que era un próspero hombre de negocios, pero no había nadie que pudiera verlo. Se apresuró a cruzar la calle, abrió la pequeña reja blanca y caminó los cuatro pasos por el sendero de ladrillo hasta la puerta principal. Bastaron unos segundos para forzar la cerradura y entrar.

Buck se apoyó contra la puerta, rebosante de emoción. En la pequeña sala, a su izquierda, había una lámpara encendida. Se sentó en el sofá y miró con gran tranquilidad a su alrededor, como si fuera el dueño del lugar.

Un bello espejo veneciano colgaba de la pared, había también una repisa de madera de pino adornada con un par de antiguos candelabros de plata y algunas fotos. Se levantó a verlas, ansioso por contemplarla, pero ninguna era de Ellie. Decepcionado, regresó al vestíbulo para dirigirse al comedor. Una docena de pinturas en marcos dorados cubría las paredes, y un pasaje abovedado llevaba directamente a una diminuta cocina blanca.

En el mostrador de la cocina había una taza de té frío con la huella del lápiz labial de Ellie en el borde. Temblando, presionó sus propios labios sobre la marca. Un estremecimiento de éxtasis vibró en lo profundo de sus entrañas.

Aun antes de llegar a lo alto de las crujientes escaleras, el hombre pudo oler el perfume de la joven. Se detuvo en el umbral de la habitación, con los ojos cerrados, como si inhalara a Ellie. Se sintió en el paraíso.

Cuando volvió a la realidad, examinó sistemáticamente el clóset. Observó que la ropa de Ellie era talla chica mientras que los zapatos eran de número veintiocho, o sea, muy grandes. Anotó la marca del perfume y del jabón de baño. Vio que su color favorito era el azul y que había agua de Evian en el refrigerador y manzanas Fuji en un frutero. Revisó cada una de las alacenas, cada cajón. Cuando se marchó, una hora después, sabía todo lo que tenía que saber acerca de Ellie Parrish Duveen.

Buck dejó el auto en el estacionamiento que estaba a la vuelta de la calle principal. Después, totalmente ebrio de poder, y caminando con gran arrogancia, se dirigió a ELLIE'S CAFÉ. La hermosa rubia lo saludó otra vez.

—Hola —dijo—. Soy Ed, Ed Jensen, ¿me recuerda?

—¡Claro! ¿Cómo está, Ed? Me da gusto verlo de nuevo por aquí.

—Por desgracia todavía sigo solo.

Él sonrió sintiéndose el amo del mundo y, de pronto, en la cabeza de Maya se encendió una señal de alarma. Había algo extraño en él. Tal vez eran sus ojos: no sonreían cuando lo hacía la boca.

—¿Dónde está Ellie hoy?

«Así que es eso —pensó Maya—. Está interesado en Elli».

—Ocupada —respondió ella de prisa—. ¿Puedo traerle algo de beber, señor? —Volvió a una relación formal, le entregó el menú y luego le llevó una copa de vino tinto.

»¿Quién es el tal Ed Jensen? —le preguntó a Ellie en la cocina—. Parece demasiado amistoso contigo.

—¿Jensen? —Ellie levantó la mirada del asador, donde, si no tenía cuidado, quemaría un excelente filete de atún. Chan había vuelto a renunciar, y ella estaba a cargo—. ¡Ah, él! Solo lo he visto un par de veces. La primera, en el Biltmore; luego vino aquí.

—Bueno, pues regresó y pregunta por ti.

—Creo que no es de aquí —dijo Ellie, que seguía cocinando el pescado—. Supongo que lo que pasa es que se siente solo.

—Sí, claro —respondió Maya, aunque con cierto resquemor—. Probablemente eso fue lo mismo que dijeron de Barba Azul.

Buck ordenó carne con *pommes frites*. Después de un día de intenso trabajo estaba de humor para una buena comida. Se decepcionó al ver que la rubia lo atendió y Ellie no se presentó, pero era un consuelo imaginarla en su hogar, en su habitación, en la cama.

Se entretuvo tomando otro par de copas de vino, y fue el último en marcharse del restaurante. Maya hizo la cuenta en la registradora y luego tomó el dinero con

rapidez. «Pagó en efectivo, —observó—. No usó tarjeta de crédito. Mmm... este tipo no deja rastros».

—¿Cómo te llamas? —Buck esperaba su cambio.

—Maya, *señor* —respondió la rubia con amabilidad y le entregó el cambio.

—Gracias, Maya. Lo disfruté —le dirigió aquella sonrisa taimada otra vez, pero ella no retiró la mirada de la caja registradora.

—Buenas noches, señor Jensen —murmuró.

—Buenas noches, Maya. Y me llamo Ed.

Caminó con seguridad hacia la puerta y después le sonrió. Maya sintió que le ardían las mejillas. Él había adivinado que lo miraba.

La joven rubia, recordando aquellos ojos, extrañamente fríos, se apresuró a cerrar con llave la puerta.

Capítulo 5

—Aquí es. —Dan contempló con orgullo las hileras de viñas bien plantadas—. Estamos sembrando *cabernet* aquí, en las laderas del sur, y *chardonnay* al otro lado de la colina. Fue todo lo que pude pagar, pero veo las cosas así: si logro tener éxito, esta compra se convertirá en una ganga.

Las varas desnudas estaban formadas como un ejército de soldaditos en hileras perfectas que se curvaban sobre la colina hasta el infinito.

—Impresionante. —Ellie le dirigió una sonrisa burlona—. No se ve ni una sola uva.

—Espera hasta el año entrante. Entonces la palabra que tendrás que usar será «florecente».

Ellie miró dudosa las delgadas varitas que parecían secas.

—¿No estarás siendo excesivamente optimista?

Dan negó con la cabeza.

—Running Horse quebró porque plantaron las uvas equivocadas para este tipo de suelo.

Ellie sonrió. «Hay algo mágico en este lugar», pensó. A lo lejos podía ver el camino que se curvaba al pie de la colina; y al frente, bajo un bosquecillo de robles, se encontraba a la sombra un grupo compacto de ganado con manchas negras y blancas. El sol poniente le calentaba la espalda a la joven, y un viento ligero le alborotaba el cabello. Con los ojos cerrados, escuchó el extraño silencio del campo: el suave ulular del viento que barría la colina, el aleteo de un ave que remontaba el vuelo, los susurros secretos del pasto. Se sintió extasiada.

—Así debió de haber sido hace varios años —murmuró con los ojos todavía cerrados—. Antes de que hubiera carreteras y aviones, solo se encontraban viñedos en estas colinas y silencio por kilómetros y kilómetros.

Dan fue el primero en escucharlas: las trompetas del mariachi sonaban con estridencia en un aparato de radio. Un minuto después, una herrumbroso camioneta *pick up* apareció por la colina. Dan y Ellie se miraron y rieron cuando el conductor se detuvo, bajó del vehículo y avanzó hacia ellos.

—Señorita —se quitó el sombrero, le tomó la mano y se la llevó a los labios—. Soy Carlos Ortega. Es un gran honor conocer a una mujer tan bella.

Ellie no pudo evitar reír.

—Gracias, señor Ortega. He escuchado hablar mucho de usted.

—Seguramente el señor Cassidy ya le dijo que soy el mejor vinicultor del condado.

—Estaba a punto de llevar a Ellie a conocer el lagar. —Dan la tomó de la mano y la condujo de vuelta al Explorer. Ella se volvió y se despidió de Ortega con la mano.

El hombre le hizo una reverencia, y siguió sonriendo.

—Si crees que ese fue un gran espectáculo —le dijo Dan mientras sonreía—, espera a que lo veas en el bayo.

El interior del granero rojo era frío y silencioso. Dan pasó una mano de especialista sobre sus barriles pulidos y nuevos.

—Son de roble del país y no francés. Ese detalle le dará un toque más suave y sutil al vino. Por supuesto que no habrá cosecha este año; pero un día, los visitantes entrarán aquí por montones para catar nuestros vinos.

Mientras le mostraba la propiedad, Ellie pensó en lo mucho que Dan parecía amar lo que estaba haciendo. Era un hombre amante de la naturaleza, y se veía que en realidad disfrutaba del trabajo físico. Le encantaba tocar la tierra con las manos, estaba de vuelta en sus raíces granjeras.

Más tarde, mientras él guiaba camino de Montecito y ella lo seguía en el *jeep*, pensó en la vida que Dan había elegido, lejos de las tensiones y placeres de la ciudad. Tal vez habría algún encanto en eso, pero no para ella. Ellie se consideraba una chica de ciudad. Cenaron en Mollie's, un pequeño restaurante italiano en Coast Village Road.

Mientras miraba a Ellie por encima de la mesa, a la luz de las velas, con su largo y rizado cabello rojo, Dan pensó que era una chica muy alegre... o acaso, ¿no sería así?

—Siento como si fuéramos viejos amigos, pero todavía sé muy poco de ti.

—Creí que ya te lo había contado todo —dijo ella y bebió un sorbo del Chianti que él había ordenado con la comida italiana.

Dan se inclinó más sobre la mesa.

—Hay una enorme distancia entre la niña de la playa y la mujer que ahora está sentada frente a mí. ¿Qué pasó en esos años? ¿A qué universidad fuiste? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Alguna vez te has enamorado?

Ella lo miró con cautela.

—Esa es una pregunta muy personal.

—¿Es muy personal que me digas a qué universidad fuiste? —La expresión de falsa inocencia de Dan la hizo sonreír.

—Te responderé solo esa. Estuve en la Estatal de Arizona. Ahí fue donde conocí a Maya Morris, mi mejor amiga. Ahí fue también donde casi nos expulsan.

Dan rio cuando ella le contó, mientras comían raviolis con langosta, la historia de su estadía en la universidad era muy diferente de la suya, más seria porque Dan era un estudiante casado y no se podía dar el lujo de tener aventuras.

—Claro que me enamoré entonces una o dos veces. Pero casi estoy segura de que el amor no fue hecho para nosotros —se inclinó sobre la mesa y tomó la mano de Dan entre las suyas, luego se la llevó a los labios y la besó.

La presión arterial de Dan se elevó.

—No lo creo —coincidió, aunque en realidad no pensaba de esa manera—. Es

solo que aún no comprendo —añadió.

—¿Que no comprendes qué? —Ellie tomó con la cuchara lo que quedaba de la salsa.

—Qué es lo que te impulsa a hacer lo que quieres. Me refiero a por qué has decidido dedicarle toda tu energía a tu café.

Ellie se retrepó en la silla mientras pensaba con seriedad lo que iba a contestarle.

—Es como si tuviera que probarme algo —dijo con franqueza después de un momento—. Probar que puedo hacerlo, que puedo triunfar. Que el hecho de haber tenido una niñez privilegiada no significa que no pueda lograr el éxito por mi misma.

La joven camarera se llevó los platos y regresó con el *tiramisú* que ella había ordenado y dos tenedores.

—Todavía no me dices si estuviste enamorada —continuó él—. Enamorada en serio.

Ellie suspiró mientras tomaba un poco del rico y cremoso postre que les llevaron.

—No te das por vencido, ¿verdad?

—No, cuando el tema me interesa.

Ella sonrió mientras sus pensamientos se dirigían a Steve Cohen y la joven ingenua que había sido entonces.

—Solo estuve enamorada en serio una sola vez —admitió—. Me abandonó y me rompió el corazón —continuó Ellie y luego rio—; pero ¿sabes algo? Es curioso cómo los corazones parecen sanar solos con el tiempo.

Ellie bostezó.

—Esto es por culpa del aire fresco —se disculpó—. Soy una chica urbana, no soy del campo. Ya no estoy acostumbrada a esto.

—Siempre puedes quedarte conmigo a pasar la noche —la invitó él, optimista.

—Gracias amigo —le tocó la mano por encima de la mesa—, pero esta vez y de verdad tengo que regresar. Gracias por mostrarme el rancho. Me encantó —lo decía en serio. Convivir con Dan era como estar con un amigo de toda la vida. De manera impulsiva, le puso la mano en el rostro y lo atrajo suavemente hacia ella; luego lo besó en los labios. Fue un beso breve y amistoso. «Nada que me comprometa», se aseguró—. Buenas noches, Danny Boy.

Afuera, ella condujo marcha atrás el *jeep amarillo*, demasiado rápido para el estrecho lugar de estacionamiento, y se escuchó un crujido cuando chocó contra el Explorer.

Dan se golpeó la frente con la mano.

—¡Ellie! ¿Otra vez? ¡No!

—Lo siento —sacó la cabeza para revisar el daño—. ¡Ay, bueno! Pero ¿qué es una pequeña abolladura entre amigos? —La escuchó reír mientras se alejaba.

Buck comenzó a inspeccionar el terreno de su enemiga: durante el día pasó una y otra vez por Hot Springs Road hasta que memorizó con exactitud cada recodo, cada

vuelta del camino, cada casa, cada sendero. Al anochecer condujo su automóvil hasta Journey's End y dio vuelta en un estrecho camino para caballos, medio oculto por los árboles, que llegaba hasta la parte posterior de la propiedad. Llevaba puesto un traje negro para hacer ejercicio, tenis Reebok también negros y guantes del mismo color, y cargaba sus herramientas en una mochila. Después de estacionarse, caminó por el sendero hasta llegar a un par de altas y herrumbrosas rejas. Iluminó el lugar con una pequeña linterna hasta encontrar la cadena y el gran candado.

Había anticipado que encontraría algo así. Sacó de la mochila un pequeño cortador de metal y se puso a trabajar. En unos segundos, la cadena y el candado rodaron por el césped. Aquellas rejas no habían sido usadas en años, y las herrumbrosas bisagras crujieron cuando las abrió para entrar. Se encontraba ahora en un pequeño bosque de abedules plateados. Estuvo quieto un momento, mientras se acostumbraba a la oscuridad y se orientaba.

Sabía que la casa tendría que estar al Este. Sacó una brújula de su mochila y se abrió paso entre los árboles hasta que llegó a un edificio largo y bajo. Lo rodeó con precaución. Se acercó luego a una ventana y sacó una linterna para ver el interior. El delgado rayo de luz le mostró una gran habitación vacía, con fregaderos abandonados y máquinas lavadoras viejas.

Después, siguió un camino cubierto de hierbas que llevaba hasta la casa principal y luego puso en marcha su cronómetro para medir el tiempo. Hasta ese momento había empleado diez minutos. En cinco más, vio erguirse la enorme mansión frente a él.

Se quedó quieto, tenía la mirada fija en el premio que pronto sería suyo, mientras contemplaba el momento de la venganza final contra Charlotte Parrish, que lo había hecho sufrir durante más de veinte años.

Abandonó el sendero y caminó en silencio con cautela por todos los jardines; pasó junto a la piscina vacía y las canchas de tenis. Iba tranquilo, calmado; su corazón ni siquiera latía de prisa cuando recorrió la terraza. El frente de la casa estaba iluminado con luces de seguridad. Observó una luz encendida en el salón principal, pero el resto de las ventanas de la planta baja estaban a oscuras. También se veía luz en cuatro ventanas de la planta alta. Supuso que serían las habitaciones de la señorita Lottie.

Casi había llegado el hombre a la puerta principal cuando escuchó que una llave giraba en la cerradura. Como un rayo, corrió de regreso en silencio, atravesó la terraza y se ocultó detrás de unos arbustos, frente a la ventana de la biblioteca.

Un viejo perro labrador salió cojeando a la terraza, seguido por una mujer pequeña de cabello canoso que llevaba una bata a cuadros y pantuflos. Buck dirigió hacia ella los binoculares para visión nocturna.

—Está bien, viejo pedigüeño —la oyó decir—, pero este será nuestro secretito. Nada de decírselo a la señorita Lottie —le dio al labrador una galleta y luego le acarició la cabeza con afecto—. No cabe duda de que estás gordo —añadió. El perro

comió la galleta y después bajó los escalones para dirigirse al jardín. La mujer lo siguió, y finalmente ambos se perdieron de vista.

Buck miró pensativo la luz que salía por la puerta abierta. Esta era una oportunidad de oro: podría entrar, matar a su enemiga y terminar con el asunto; pero había demasiados imponderables. Tenía que estar seguro. Además, quería tener tiempo suficiente: quería disfrutar su obra.

Unos minutos después, María volvió a quedar dentro del campo visual de los binoculares nocturnos y subió los escalones. El perro avanzaba con dificultad tras ella. Se detuvo y miró directamente a Buck. Entonces comenzó a ladrar con fuerza y trotó hacia él.

Buck se quedó inmóvil. Sentía que el corazón le latía con gran estrépito.

—¡Bruno! ¡Ven acá, perro tonto! —lo llamó María.

El perro volvió la cabeza. La miró y después vio hacia los arbustos, donde estaba escondido Buck. Ladró más fuerte.

—Bruno, ven acá de inmediato. —María se impacientó. El perro miró hacia los arbustos un momento más, sin saber qué hacer; obediente, se volvió y regresó a la casa detrás de María.

Buck escuchó cerrarse la pesada puerta, y emitió un inmenso suspiro de alivio.

Vio el cronómetro; ahora sabía la hora aproximada en que María sacaba al perro. Casi una hora más tarde, se apagaron las luces de la planta alta. De nuevo hizo la anotación mental del tiempo y después regresó corriendo por donde había entrado.

Cuando llegó a su auto, revisó el tiempo que había cronometrado. Dieciocho minutos para recorrer la distancia entre la casa y el auto. Era demasiado. Necesitaba disminuir el tiempo a siete minutos o menos.

Sin embargo, no estaba mal para ser su primer intento. Lo haría de nuevo al día siguiente, y también la noche después de esa. Hasta que estuviera listo.

En la cocina del café, Ellie estaba en su elemento. Tranquila, eficiente, disfrutaba lo que hacía. Con rápidos y limpios golpes de un cuchillo de carnicero desmembró un pollo. Rebanó unos chalotes, y enrolló espinacas en forma de puro para luego rebanarlas. Hizo lo mismo con la acedera fresca, luego le quitó el tallo a unas hojas de berro y de perifollo. Agregó un poco de mantequilla en una cacerola, añadió los chalotes, el pollo, la sal y la pimienta, colocó la tapa y dejó que todo se cocinara a fuego lento. Luego puso las espinacas a fuego vivo hasta que estuvieron bien cocidas, y añadió el resto de las hierbas. A continuación, movió la mezcla durante dos minutos antes de añadirla al pollo con una pequeña cantidad de crema batida con un huevo, y después siguió moviendo hasta que espesó la salsa. Probó el pollo y quedó satisfecha con el resultado. Le habían dado la receta en un restaurante de la campiña francesa en Provenza y, por su lindo color verde y ligero sabor veraniego, era exactamente el tipo de comida que le gustaba servir.

Le ofreció una pieza de pollo a Maya para que la probara.

—¿Qué te parece?

Maya elevó los ojos castaños, en señal de éxtasis.

—Es celestial.

Ellie se puso radiante. Se lavó las manos, y apenas había regresado a su mesa de mármol para preparar la pasta de la *tarte Tatin* de esa noche cuando sonó el teléfono. Era Dan.

—Hola, Ellie. Me preguntaba qué estarías haciendo.

—¡Uf! Trabajando como esclava. Seguro me llamas para decirme que el Explorer está destrozado y que todo es culpa mía.

—Tienes suerte. Esta vez se trató solo de un raspón pequeño. Estaba pensando que tengo que ir a Los Ángeles hoy, por negocios. Creí que tal vez podría pasar por tu café y comer ahí.

Complacida, Ellie se alisó el cabello hacia atrás con la mano llena de harina.

—Por supuesto, tendrás la mejor mesa de la casa, y esta vez la cena correrá por mi cuenta.

—¿Todavía seguirás trabajando como esclava?

—Temo que sí. En horas de trabajo no puedo hacer vida social, pero me daré tiempo para tomar una copa de vino contigo.

—Entonces te veré a las nueve, Ellie.

—Estaré esperándote —casi cantó las palabras, gozosa.

—Pareces muy feliz. —Maya la miró con expresión de astucia.

—¿Quién? —Ellie rio—. ¿Yo?

Maya supo que se trataba de Dan Cassidy en el instante mismo en que entró. Llevaba una sencilla camisa de lino blanco y pantalones vaqueros. Los ojos eran de un tono azul muy intenso, y tenían una expresión de sabiduría cuando se volvió a mirarla, como si lo hubiera visto todo.

—Déjame adivinar —dijo ella—. Eres Dan Cassidy.

—Culpable —le sonrió—. Y tú debes ser Maya.

—Bienvenido a Ellie's Café —lo llevó a una mesa cerca de la ventana y le entregó un menú—. Le diré a Ellie que ya llegaste.

Dan miró con interés a su alrededor. La iluminación era tenue e íntima; en lugar de velas, había pequeñas lámparas con pantallas color rosa en cada mesa, y desde otros lugares se sentía un agradable ambiente de conversaciones y risa. El sitio estaba casi lleno. «No está mal, —pensó—, para ser miércoles».

Mientras revisaba el menú, percibió el delicado perfume de Ellie, sintió los labios de ella en la mejilla y levantó la mirada con una sonrisa. Se veía encantadora con la camiseta blanca que decía Ellie's Café y los pantalones vaqueros negros, con el cabello en una cola de caballo bajo la gorra de béisbol.

—Bueno, Cassidy —dijo mientras colocaba una botella de vino en la mesa y se sentaba frente a él—. Esta noche estás dentro de mi territorio.

Dan insistió en que Ellie le escogiera una comida sencilla, porque él era un hombre sencillo: sopa de alubias, costillas de cordero, puré de papa con ajo y *ratatouille*. Ella misma lo atendió.

Eran las diez y media cuando el café comenzó a vaciarse y Ellie por fin tuvo tiempo de tomar un descanso y sentarse con él.

Desde el otro lado del salón, Maya pensó que parecían dos enamorados, sentados solos en la mesa de la ventana, a la luz rosada de la lámpara. Todo era muy romántico.

Afuera, en la calle principal, Buck también los vio. Había estado a punto de dirigirse al café, pero se detuvo. Dio un paso atrás y los observó furioso mirarse a los ojos. «*Cómo se atreve Ellie*, —gritó con furia su voz interna—. *Ella es tuya. Tendrás que matarlo también si no se aparta de tu camino*».

Con los codos sobre la mesa, Ellie observó a Dan tomar el tenedor y cortar con cuidado su famosa *tarte Tatin*. Se dijo que moriría si no le gustaba.

Dan cerró los ojos como si tratara de prolongar lo más posible el sabor, y luego los abrió.

—Anda, dímelo —insistió ella—. Dime que la detestas. Puedo resistirlo.

La miró inocentemente con aquellos ojos azules.

—¿Se supone que debo comentarte algo? —Tomó otro bocado.

Ella se retrepó en la silla.

—¡Pedazo de animal! —refunfuñó.

—Eso fue para vengarme de lo que dijiste acerca de mis viñedos. —Dan sonrió. Cuando terminó la tarta, puso el tenedor en el plato y suspiró con satisfacción—. Podría comer esto toda mi vida.

—Muchas gracias. Dime, ¿qué opinas del resto de la comida?

—Fue excelente, Ellie. ¿Crees que puedas tomar un café conmigo? —Él abusaba de su suerte, pero ella estaba a punto de caer.

Ellie miró a su alrededor: el lugar estaba casi vacío.

—Te voy a proponer algo mejor. Te invito a tomarlo en mi casa. Le pediré a Maya que cierre.

Minutos más tarde, mientras se alejaban a pie del café, Maya pensó que se veían muy bien juntos. Y se vieron todavía mejor cuando Dan pasó un brazo sobre los hombros de Ellie.

Con el codo apoyado en el mostrador, Maya suspiró, feliz porque por fin su mejor amiga se había interesado en alguien. Aunque jamás lo admitiera. Se iba a necesitar un milagro o una catástrofe para que eso sucediera.

—Y este —dijo Ellie a Dan mientras se inclinaba por la ventana de su habitación— es el motivo por el que me encanta esta casa.

Dan miró por encima de los techos, más allá de la colina, un distante hilo

plateado.

—¿Dices que ese es el océano?

—Por supuesto —respondió ella con enorme indignación—. Escucha, puedes oírlo.

Él escuchó con atención.

—Solo puedo oír el tránsito.

Ellie cerró de golpe la ventana y corrió las cortinas.

—¡Y yo que pensé que eras un romántico!

—Si fuera un romántico te habría traído flores —respondió Dan mientras la seguía rápidamente por las crujientes escaleras, fuera de la habitación.

—Creo que puedo comprar mis propias flores, gracias.

Entró enfurruñada a la cocina, midió la cantidad de café y lo colocó en el filtro, vertió agua en la cafetera y la encendió. Sacó un par de tazas de la alacena.

—Ni siquiera sé si tomas el café con azúcar.

—Es evidente que te conozco mejor que tú a mí.

—Eso es porque fuiste policía. Lo observas todo.

—Ya observé las grietas en las paredes. ¿Estás segura de que este sitio no se te caerá encima una de estas noches?

—No, no antes del siguiente temblor, supongo —ella se encogió de hombros.

—Veo que eres una californiana muy valiente.

—¿Qué puedo decirte? Me gusta este lugar.

A Dan también le gustó. Le agradaban los colores y la suntuosidad del mobiliario. «Tiene talento para crear una atmósfera acogedora», pensó. Le quitó la bandeja y llevó el café a la sala.

Ellie encendió el aparato de sonido, prendió las velas que estaban en la mesa para café, luego acercó un cojín de una silla y cruzó las piernas para sentarse. Tiró de la banda elástica que sostenía su cola de caballo y liberó su cabellera.

Él observó, fascinado, cómo el cabello le caía en ondas sobre los hombros, brillante como el pelaje de un poni ruano. A la luz de las velas, la piel de la joven podía verse translúcida, y en los ojos opalinos se reflejaban las llamas. Mientras la contemplaba, Dan no pudo pensar en ningún otro sitio en el que quisiera estar.

—Hoy es tu turno —dijo ella cuando le pasó la taza de café—. La otra noche te abrí mi corazón. Ahora quiero saber sobre ti.

—Mi vida no ha sido tan emocionante como la tuya. De hecho, fue bastante común hasta que detuve una bala. Mi padre fue bombero. Cuando yo era niño, me encantaba la emoción de su trabajo, y me agradaba verlo en la estación con sus compañeros. El día en que me permitieron subir al camión de bomberos fue el más emocionante de toda mi niñez. Por supuesto que nunca se me ocurrió que era peligroso... al menos hasta que cumplí siete años y mi papá terminó en el hospital con quemaduras de tercer grado. Sin embargo, sobrevivió, y llegó a ser jefe de bomberos. Estábamos muy orgullosos de él.

—¿Estaban? —Ella alzó una ceja, inquisitiva.

—Mamá y yo. Mi madre era maestra de tercer año. Murió hace cuatro años de cáncer en el seno. Papá quedó muy afectado. Él acababa apenas de retirarse, lo que hizo que las cosas le resultaran más difíciles, pero de alguna manera logró rehacer su vida. Murió hace un año. Con lo que heredé, más mis ahorros y mi pensión por incapacidad, conseguí comprar el viñedo —extendió las manos—. Y eso es todo. La historia de mi vida.

Ella no iba a dejar que escapara tan fácilmente.

—Entonces, cuéntame ¿a qué universidad fuiste? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Alguna vez te has enamorado? —Ella lo miró de reojo, bromeando al repetir las palabras de él. Dan echó la cabeza hacia atrás y también se rio.

—Estuve en la Universidad de California en Santa Bárbara. Mi mejor amigo se llama Pete Piatowsky, y es un detective de homicidios del Departamento de Policía de Nueva York. Y sí, he estado enamorado.

Dan seguía riendo todavía cuando le pasó la taza a Ellie para que volviera a llenarla.

—Cuéntame acerca de tu esposa. Él tomó un sorbo.

—Nos conocimos en el bachillerato. Fran era la chica más hermosa que hubiera visto nunca. Bajita, rubia y esbelta como un galgo. ¡Éramos tan jóvenes! Nos casamos a los diecinueve años, cuando los dos estábamos aún en la universidad. Tuvimos un amor de adolescentes en un departamento pequeño, que alquilamos amueblado —él se encogió de hombros—. ¿Cuánto podía durar? Sin embargo, en cierto modo, encontré la libertad. No terminé mi carrera universitaria y me marché a Nueva York, lleno de elevados ideales acerca de qué hacer para proteger a los buenos y buscar y detener a los malos.

—¿Alguna vez volviste a enamorarte? —Su voz era baja y dulce.

—Sí, pero nunca como aquella vez...

Quería añadir «hasta ahora», pero era demasiado pronto.

Ella le tomó la mano.

—Gracias por contarme todo eso, Dan.

—¿Ahora sí crees que me conoces?

Ella lo miró con seriedad, directo a los ojos.

—En cierta forma creo que siempre te he conocido —respondió en voz muy baja.

Dan no tenía que preguntarle a qué se refería. Lo comprendía.

—Ya es tarde —se levantó él, pensando con deseo en la cama de pabellón blanco y muchos almohadones que estaba arriba, y Ellie en ella; pero aún no era el momento adecuado.

Ella lo acompañó hasta el vestíbulo. Su aroma lo envolvió, y un rizo de suave cabello rojo encontró los labios de Dan cuando bajó hasta la de ella. La abrazó con ternura por un momento mientras se besaban. Fue el primero en abrir los ojos.

—Hermosa —dijo al mirarla—. No podía encontrar la palabra adecuada para

describirte, pero ahora lo sé. Eres «hermosa».

Vio el color subir a las mejillas de ella por el elogio. «Un verdadero sonrojo como los de antaño», pensó. Ellie no dejaba de sorprenderlo.

—Gracias —se separó de él y abrió la puerta—. Buenas noches, Danny Boy.

Estacionado en las sombras, al otro lado de la calle, Buck vio a Dan levantar la mano para despedirse mientras recorría el sendero, y a Ellie que le devolvía la sonrisa y lo despedía. El reloj del auto marcaba las tres y cuarto. El dolor de los celos se sentía como un puñal en el corazón. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

La tarde siguiente un mensajero entregó un enorme ramo de flores en el café. Eran exuberantes peonías cremosas, narcisos blancos como la nieve y lirios color bronce. Ellie metió la nariz entre las flores. Todas eran fragantes y hermosas. Abrió la nota que venía con ellas y la leyó con una sonrisa:

Gracias por la maravillosa cena de ayer y por la espectacular *tarte Tatin*. Por algún motivo, los colores y aromas de estas flores me hicieron recordarte.

Tendrían un sitio de honor en su mesa de noche, y llamaría a Dan más tarde para darle las gracias. Estaba impaciente por verlo de nuevo. La cita iba a ser el siguiente miércoles. Entonces, la cena sería en casa de él.

Ese día hubo mucho trabajo en el café, y Ellie no pudo ir a cenar al rancho. La tarde siguiente seguía pensando en Dan y no tenía puesto el corazón en el trabajo. Con cansancio, mientras golpeaba los platos, pensó que tal vez Chan tenía razón: la cocina sí era demasiado pequeña. De pronto, el chico nuevo que lavaba los platos esa semana rompió varios y ella rechinó los dientes, mientras decía para sí que no importaba.

—Lo que necesitas es tomarte la noche libre —dijo Maya, mientras apilaba platos en una repisa de madera—. Todavía es temprano. ¿Por qué no cerramos de una vez? Ve a ver a tu amigo. O a tu abuela; o una película. Lo que sea.

Ellie negó con la cabeza.

—¿Cómo voy simplemente a cerrar, sin previo aviso? ¿Qué pensarían mis clientes?

—Solo les diremos que vengan mañana, eso es todo.

Ellie titubeó, pero Maya notó que estaba considerándolo.

—Bueno, todo arreglado —dijo la rubia mientras se ponía la chaqueta—. Entonces te veré mañana.

—Espera, ¿adónde crees que vas? —Ellie la sujetó del brazo—. ¿Cómo que nos veremos *mañana*?

—¿No entendiste? Vamos a cerrar esta noche —la risa de Maya se escuchó en la cocina y quedó como un eco mientras la joven rubia salía por la puerta—. Vive la

vida, Ellie —le gritó por encima del hombro.

«¡Qué diablos!, —se dijo Ellie—. Maya tiene razón esta vez». Podía ir a darle una sorpresa a la señorita Lottie, pero sabía que lo que en realidad deseaba hacer era ir a ver a Dan.

Hizo buen tiempo hasta que llegó a Camarillo; pero entonces la niebla comenzó a bajar sobre el valle, lo que la obligó a disminuir la velocidad. Inquieta en medio del tránsito lento, marcó el número de su abuela desde el teléfono del automóvil. Sin embargo, nadie respondió. Minutos más tarde lo intentó de nuevo. ¿Estaría enferma la señorita Lottie? No. Si fuera así, María le habría llamado para avisarle.

El corazón de Ellie dio un vuelco. Marcó el número de Dan y golpeteó con los dedos sobre el volante mientras escuchaba llamar al teléfono, sin que nadie respondiera. Gruñó.

—¿Dónde se metió todo el mundo esta noche?

Dan llevó al patio del establo a la sudorosa yegua, de la que se desprendía vapor. Escuchó sonar el teléfono en la oficina, pero no le hizo caso; en ese momento la yegua era lo más importante. Le puso una manta encima, le dio una palmada en los cuartos traseros y luego la envió trotando a su caballeriza en el establo. El teléfono seguía sonando.

Se quitó la camisa, se secó el sudor con ella y por fin, después de contestó la llamada.

—Viñedos Running Horse.

Ellie sonrió aliviada.

—Ese no es el modo de manejar un negocio. ¿Qué tal si se tratara de un cliente importante que quiere hacerte un pedido de cien cajas de vino?

—Entonces tendrías mala suerte. No tenemos ni diez cajas... ¡menos cien! Y lo que sí tenemos, planeo bebérmelo yo solo.

—¿Así de mal está, eh?

—Peor —lanzó la camisa sobre una silla—. Así que... ¿qué hiciste anoche?

—Solo digamos que me vi irremediabilmente atada al café. Oye —continuó ella—, hoy me tomé la noche libre. Voy en camino de mi abuela. Pero, pensé que tal vez podríamos vernos más tarde. Quizá pueda compensarte por lo de anoche.

—Nunca he estado en Journey's End —comentó Dan con toda intención.

—Entonces, esta es mi oportunidad para hacerte un recorrido. ¿Sabes cómo llegar allá?

—Derecho por Hot Springs Road hasta donde encuentre las rejas con los grifos.

Ella rio.

—Allá te veré, Danny Boy.

Minutos más tarde volvió a marcar el número de su abuela. La línea estaba muerta. Mientras miraba con dificultad entre la niebla, deseó preocupada poder llegar más de prisa.

Capítulo 6

La noche que Buck eligió para matar a Lottie Parrish el clima le resultó propicio. Había sido un día cálido, y a esas horas la niebla cubría la parte baja del pueblo, arremolinándose en las copas de los árboles hasta alcanzar las colinas.

Dirigió el BMW convertible hacia el sendero para caballos que rodeaba la parte posterior de la propiedad, y avanzó rebotando sobre los surcos hasta que se encontró lo bastante lejos del camino para que no se viera el auto. Ahora también llevaba puesto su traje negro de hacer ejercicio, con la Glock 27 automática que le había quitado al traficante metida al cinto, una chaqueta negra acolchada para esquiar, un pasamontañas negro, tenis y finos guantes quirúrgicos de látex. Tenía la linterna en el bolsillo y su amiga, la navaja de muelle, estaba enfundada en la pantorrilla.

La Luna brillaba de manera intermitente entre la niebla, e iluminaba todo el camino de la vieja y abandonada lavandería. Buck corrió a través del bosquecillo de abedules plateados, más allá de la alberca vacía y las canchas de tenis invadidas por el pasto. Se detuvo un momento y miró el campo de juegos de los ricos, que pronto sería suyo. Luego caminó en silencio por la terraza.

Tenía dos problemas: el más sencillo era el ama de llaves. El otro era el perro. Había considerado un trozo de carne envenenada, pero decidió que eso parecería premeditado; él quería simular un fallido robo al azar.

La puerta de la cocina no había sido cerrada con llave. Buck se metió en la casa. Se oía el tic tac de un reloj en el silencio. La chaqueta para esquiar lo acaloraba y el sudor le corría por la espalda.

Una lámpara, colocada sobre una pequeña mesa, iluminaba tenuemente el vestíbulo. La apagó, al momento que tomaba el arma del cinto. Con sus tenis, no hizo ningún ruido mientras avanzaba sobre la gruesa alfombra de las escaleras.

Oyó el ruido de agua que corría en un baño y supuso que el ama de llaves estaría tomando una ducha. La escuchó cantar y prestó atención. Pero pronto sintió deseos de reír.

María se secaba con una gran toalla de baño mientras tarareaba la canción favorita de Buck, *Dixie*; luego se puso el camisón de dormir y su bata de franela a cuadros. Pensaba en el pastel de chocolate que había horneado esa tarde. Planeaba bajar y preparar un poco de té; luego ella y la señorita Lottie lo disfrutarían frente al televisor en el estudio. Mientras entonaba la melodía metió los pies en los afelpados pantuflos azules, puso a secar la toalla, se cepilló el cabello y lo peinó en un moño salpicado de gris. Después abrió la puerta del baño.

La luz tras ella permitió a Buck ver la silueta con toda claridad. No era un experto con la Glock, pero a esa distancia no podía fallar. Una pequeña flama salió del cañón... una, dos, tres veces.

El impacto hizo retroceder a María. Se sujetó de la puerta.

—¡Ay! —exclamó con suavidad y se derrumbó en el suelo.

Buck sonrió con gran satisfacción. Se había ocupado fácilmente del blanco número uno.

Por el corredor apenas brillaba un rayo de luz que provenía de la puerta de la habitación de la señorita Lottie. El hombre flexionó los fuertes dedos y se deslizó hacia allá.

La señorita Lottie había estado respondiendo su correo electrónico, y aún tenía encendida la computadora. En ese momento se cepillaba el cabello mientras contaba lentamente hasta cien, como hacía siempre.

Miró su viejo reloj. Sabía que era tonto estar tan ansiosa por comer otro trozo del pastel de chocolate doble de María, no obstante cuando se es viejo, se dijo, los pequeños placeres de la vida se aprecian más. Como el pan tostado con mantequilla que tomaba Bruno cada mañana. Acarició al animal.

—¡Ah, chico! Recuerdo cuando eras un cachorro —dijo—. Juguetón, todo patas y orejas peludas, y con esa expresión de tontuelo en la cara. Ellie se enamoró de ti de inmediato, y nadie podría culparla.

El picaporte rechinó y Bruno alzó las orejas. Se puso en pie con dificultad, con el lomo rígido y la mirada fija en la puerta.

—Deja ya de lucirte, muchacho tonto —le dijo la señorita Lottie con cariño—. Solo es María —volvió la cabeza y sonrió.

La puerta empezó a moverse con lentitud. Bruno abrió el hocico para mostrar los dientes. Con un gruñido se lanzó hacia delante. De pronto se escuchó un ruido sordo. La señorita Lottie lo oyó gemir; el perro se volvió y lentamente cojeó hacia la anciana. Tenía los confiados ojos fijos en la mujer y la vida se le escapaba cuando cayó a sus pies.

La sangre escurrió sobre los pantuflos. La señorita Lottie se agachó con cariño para acariciar con mano temblorosa la suave piel del perro. Sintió que se le rompía el corazón.

Levantó la cabeza y miró directo a los ojos al hombre enmascarado que estaba de pie en la puerta. Tenía un arma en la mano. Le apuntaba. La furia brilló en los ojos de la anciana.

—Mató a mi perro —dijo con un tono de voz tan frío como el hielo—. No había necesidad. El pobre era viejo e inofensivo. Si ha venido a robar, la caja fuerte está en la pared, en el clóset, por allá. Nunca está cerrada.

—Lo sé.

La voz del hombre era apenas un susurro.

—¿Quién es usted? —Ella lo miró imperiosa—. Solo un cobarde se atrevería a entrar a una casa para asustar a dos ancianas y matar a un perro...

La mano que sostenía el arma tembló. Se suponía que ella tendría miedo, que estaría aterrorizada, suplicando por su vida. En vez de ello, le indicaba a Buck qué

hacer, le daba órdenes. «*Ve por ella*, —le dijo su voz interna—. *Dile todo lo que tenías planeado. Haz que se humille*».

—Baje esa arma de inmediato —ordenó la señorita Lottie—. Tome lo que quiera y márchese de mi casa.

—Vine por usted, señorita Lottie —dijo Buck, y obediente puso el arma sobre la mesa de noche.

La señorita Lottie sujetó con fuerza su bastón cuando el hombre dio un paso hacia ella. Era su única arma, y pensaba usarla. Por su edad, no temía morir, pero se iría cuando llegara su hora, no antes.

Buck se quitó el pasamontañas.

—Míreme bien, señorita Lottie —pidió burlón—. Ha pasado mucho tiempo: Ella lo miró. Transcurrieron algunos segundos.

—Por supuesto —dijo por fin—. No te reconocí en el Biltmore. Ahora lo sé. Es por los ojos. No puedes cambiarlos, Buck Duveen.

—Y tampoco usted ha cambiado, señorita Lottie. Todavía sigue haciendo su papel de emperatriz viuda. Solo que esta vez no tiene fieles criados que corran a salvarla —tenía el rostro muy cerca del de ella—. Hizo que me encerraran durante la mitad de mi vida mientras usted y la chiquilla vivían con gran esplendor.

—Te encerramos porque estás loco —respondió la anciana con calma—. Ahora veo que fue un error, un acto equivocado de caridad. Debí haber dejado que te enviaran a prisión. Debí permitir que supieran lo que hiciste aquella vez. Asesino —le estrelló el bastón en el rostro.

Buck trastabilló hacia atrás, medio ciego por el dolor.

La señorita Lottie sabía que no tenía escapatoria. No podía correr, pero debía advertirle a Ellie. Solo disponía de un instante.

Sus dedos temblaban cuando encontró el teclado de la computadora y comenzó a escribir DUVEEEEEEE. Las poderosas manos de Buck la sujetaron entonces por la garganta y el dedo de ella quedó apoyado sobre la letra E.

La piel cedió inmediatamente bajo los dedos del hombre; él podía sentir cómo se marcaba, sentir los huesos frágiles que se quebraban. Sin embargo, los ojos azules nunca se apartaron de él. Era como si ella se burlara diciendo: «¿Lo ves? Ni siquiera ahora puedes ganar. No te tengo miedo».

—¡Cierre los ojos! —gritó—. ¡Cierre los malditos ojos!

La señorita Lottie no cerró los ojos, ni cuando estuvo muerta.

Buck la dejó caer. Todavía temblando, la miró triunfante. Había soñado tantas veces verla así...

La arrastró hasta el clóset luego tomó de la caja fuerte unas perlas, algunos anillos y prendedores y se los metió a los bolsillos de la chaqueta. Después se arrodilló al lado de la mujer y le grabó su signo en la frente. Había ganado. Por fin el premio sería suyo.

Abrió el ventanal, hizo a un lado las cortinas de gasa blanca y miró aquella

extensión de tierra que pronto sería suya. Como si lo ayudara, la niebla retrocedió y permitió que la pálida luz de la luna iluminara el jardín. Y el *jeep amarillo de Ellie que estaba estacionado al frente*.

La forma brusca en que él aspiró hizo que el aire retumbara en su garganta. No había escuchado el vehículo; no podía permitir que la joven lo encontrara ahí, pero era demasiado tarde. Ya podía oírla llamar a María, y sus pisadas en la escalera. Rápidamente salió por el ventanal hacia el balcón. Tenía la navaja lista en la mano.

—¡María! ¿Dónde estás? —gritó Ellie—. Soy yo —esperó pensando que Bruno bajaría la escalera, cojeando, a recibirla—. ¿María? —volvió a llamar. El silencio la envolvió como una frazada, y sintió que se le erizaba la piel de los brazos.

—No pasa nada —se dijo, y comenzó a subir los escalones de dos en dos—. Abue, soy yo... —Abrió la puerta y entró tan de prisa que casi tropieza con el perro. Dio un paso atrás, con los zapatos llenos de sangre. Vio los ojos fijos del perro, estaba muerto.

—¡Ay! —Sintió que se ahogaba—. Bruno —murmuró conmovida—. ¡Ay, Bruno! —Sintió que el pelo de la nuca se le erizaba e inspeccionó atentamente la habitación—. Abue... —dijo con voz temblorosa. Dio un paso titubeante hacia el clóset y vio el pie desnudo de su abuela. Abrió mucho los ojos, aterrorizada—. ¡Abuela! —gritó.

Mientras retrocedía, algo llamó su atención. Vio que las cortinas se movían. Algo brilló afuera. De pronto, la adrenalina, desatada por el terror, prestó alas a sus pies; se volvió y salió corriendo.

Buck suspiró alegremente, volvió a entrar en la habitación y enfundó la navaja. Esa noche, su adorada Ellie viviría. Si lo hubiera visto, él habría tenido que matarla, y aún no era el momento. La oyó correr por el vestíbulo, dejar la puerta abierta y encender el motor de su auto.

Echó un vistazo a la fotografía con marco de plata que estaba en la mesa de noche. Los ojos de Ellie lo miraron, con los labios curvados en una deslumbrante sonrisa. Una sonrisa que era solo para él. Se metió la fotografía enmarcada en el bolsillo y se apresuró a salir de la habitación.

Luego bajó corriendo las escaleras, en silencio, y atravesó el vestíbulo y la cocina. Oyó activarse el seguro cuando cerró la puerta a sus espaldas. Se mantuvo en las sombras mientras corría por el sendero de regreso a su auto.

Lottie Parrish estaba muerta, y él era un hombre feliz.

El Explorer avanzaba con gran suavidad por Hot Springs Road, y Dan sonrió al dar la vuelta por los enormes pilares con los extraños grifos. Ellie tenía razón. No había modo de no verlos; por su tamaño, bien pudieron pertenecer al palacio de Buckingham. Demasiado tarde vio el *jeep amarillo* que venía hacia él. Aplicó los frenos a fondo y giró el volante a la derecha. El *jeep* pasó rozándolo y, con un

rechinido de neumáticos, patinó hasta un árbol.

Ellie bajó de un salto del vehículo, con los ojos llenos de lágrimas. Él corrió hacia ella y la sujetó por los hombros. La joven estaba gritando como histérica.

—¿Qué te pasa, Ellie? ¿Te has vuelto loca? ¡Por favor, dime algo Ellie! —le gritó él—. Ellie, detente.

La orden logró llegar al aterrorizado cerebro de la chica. Ella lo miró temblorosa.

—Todo está bien —dijo él con suavidad—. Es solo un auto, aunque sea nuevo. Él le sonrió para animarla, pero no obtuvo como respuesta otra sonrisa.

—*Es la señorita Lottie... muerta... asesinada... el perro...* —Se tragó los sollozos que le obstruían la garganta—. *Yo la vi. La vi... ¡Ay! ¡Ay, Dios mío!*

Dan la acercó a él y la abrazó mientras recordaba que las ancianas vivían solas y que nunca se preocupaban por la seguridad. «¿Realmente la habrían asesinado?».

—Tengo que entrar para echar un vistazo —le dijo a Ellie en voz baja—. Quiero que te quedes en el auto. Asegura las puertas.

Ella negó con la cabeza; tenía miedo de quedarse sola.

Dan le puso un brazo sobre los hombros y la condujo con calma hasta el Explorer.

—De acuerdo, pero no quiero que vuelvas a entrar ahí.

Cuando llegaron a la casa, la puerta principal seguía abierta, como ella la había dejado. Ellie se quedó en el vestíbulo mientras él subía las escaleras.

Dan podía oler la violencia aun antes de verla. El perro ya estaba rígido. Las cortinas se mecían suavemente debido a la brisa que entraba por los altos ventanales abiertos. Pudo ver el charco de sangre y el bastón en el suelo; entró en el clóset y vio el cuerpo de la señorita Lottie, patético por su pequeñez y fragilidad. Tenía los ojos abiertos y una cruz grabada en la frente. *De sien a sien y desde el cuero cabelludo hasta la nariz.* Dan aspiró profundo, sorprendido.

Era un policía con demasiada experiencia como para pensar en tocar algo o tratar de mover el cuerpo de la anciana. Revisó el clóset, el baño y el balcón.

Desde lo alto de las escaleras vio que Ellie lo miraba.

—¿Cuál es la habitación de María? —preguntó. La joven le señaló el siguiente cuarto.

Encontró el cuerpo de María frente a la puerta del baño. A ella le habían disparado varias veces en el pecho. Había mucha sangre, pero no tenía la cruz en la frente.

Con las luces encendidas en todas las ventanas, Journey's End se veía igual que años atrás, cuando la señorita Lottie organizaba lo que ella nombraba una «pequeña velada», con lo que se refería a una cena para trescientas personas, con champaña, mujeres con elegantísimos vestidos de noche y hombres atractivos y bronceados con corbatas de moño. Sin embargo, esa noche, en lugar de las elegantes limusinas, había autos patrulla y ambulancias estacionados al frente de la casa.

Arriba, Dan le relataba al detective Jim Johanssen cómo había encontrado los

cuerpos y por qué pensaba que la cruz que tenía la anciana en el rostro relacionaba este crimen con el de una prostituta asesinada en Nueva York y con otra muerte ocurrida la semana anterior en Los Ángeles.

—Trato de encontrar la relación entre un robo con violencia y el asesinato en serie de prostitutas con la misma marca —dijo Dan con precaución—. Solo que no tiene sentido.

—Es una escena grotesca —estuvo de acuerdo Johannsen. El detective había trabajado en el Departamento de Policía de Los Ángeles durante muchos años antes de que lo transfirieran a Santa Bárbara. Era un veterano en asuntos violentos, pero había algo infinitamente patético en el asesinato de dos ancianas y su perro. A pesar de todo, no iba a discutir el caso con un civil, que además era un testigo.

Se detuvo frente a la computadora de la señorita Lottie, con aire pensativo.

—¿Qué opina de esto, Cassidy?

La señorita Lottie había estado escribiendo por Internet a un amigo en Inglaterra. La carta tenía un tono de conversación, era encantadora y un tanto general.

Se había interrumpido el mensaje a la mitad de una frase. Más abajo, en mayúsculas, había escrito el nombre de Duveen, solo que estaba incompleto.

—Parece como si se le hubiera atorado el dedo en la «e» —dijo Johannsen—. ¿Por qué habrá escrito el apellido de Ellie?

Dan recordó lo que Ellie le había dicho acerca de su abuela.

—Su mente ya no era muy lúcida. Tal vez estaba pensando en su hija, Romany, que murió en un accidente automovilístico hace varios años.

Miraron la computadora.

—¿Ya buscaron huellas digitales aquí? —preguntó Dan. Johannsen le dirigió una mirada suspicaz. Dan levantó las manos, con las palmas hacia arriba—. Lo siento, lo siento mucho. Usted está a cargo.

—Así es —el tono de Johannsen puso a Dan en su sitio—. Lo que quisiera hacer ahora es hablar con la señorita Duveen.

El detective Johannsen había tratado infinidad de veces con los familiares de víctimas de muertes violentas y repentinas, pero siempre le resultaba difícil.

—Lo siento, señorita Duveen. Me gustaría, si es posible, que me dijera exactamente lo que sucedió cuando llegó a la casa —dijo y esperó, con el bolígrafo listo sobre su libreta.

Ellie ni siquiera tuvo que detenerse un momento a pensar; cada instante estaba grabado en su mente. Se lo dijo todo al policía en unos cuantos minutos.

—¿Sabe usted de alguien que quisiera matar a la señorita Lottie?

Dan supo de inmediato hacia dónde se estaba dirigiendo aquella sesión de preguntas. Ellie era sospechosa hasta que encontraran al verdadero asesino.

—No. Nadie.

—Gracias. Sé lo difícil que es esto para usted.

Ellie lo siguió con la mirada mientras se alejaba. Quería decirle que no había sido

difícil, que recordaba todo a la perfección, que nunca podría olvidarlo.

Cerraron la bolsa con el cuerpo de la señorita Lottie, la acomodaron en una camilla y la cubrieron con una sábana blanca. Los ojos secos de Ellie se clavaron en la querida figura que se dibujaba bajo la sábana mientras seguía la preciosa carga hasta la ambulancia que esperaba. Luego cerraron la puerta, y los médicos regresaron a la casa, primero por María y luego por el perro.

Ellie, que había sido incapaz de llorar por la señorita Lottie o por María, se encontró de pronto con los ojos llenos de lágrimas.

—Bruno —susurró—. ¡Oh, Bruno...!

—Te llevaré a casa —el brazo de Dan se deslizó, reconfortante, sobre los hombros de la joven, y ella se sostuvo en él. Era un brazo en el que podía apoyarse, un hombro para llorar, un corazón que todavía latía y que le ofrecía amor y compasión.

Ella miró Journey's End a su alrededor, confundida.

—Pero, este es mi hogar —murmuró.

En el momento mismo en que lo dijo, se dio cuenta de que eso ya no era verdad.

Dan la llevó al rancho Running Horse. Allí le ofreció *whisky*, café, vino, té caliente. Ella rehusó todo, menos el té, pero ni eso pudo derretir su glacial aturdimiento.

La enorme cama de pino llena de almohadas se veía cómoda y acogedora, sin embargo, ella sabía que no podría dormir; además, no iba a tomar ningún sedante. Necesitaba estar despierta, necesitaba mantener a su abuela en la cabeza. Despierta, seguiría estando con su abuela. Drogada y dormida estaría en el limbo, en la nada. Se dirigió a la ventana y miró hacia afuera. Un amanecer gris y sin sol iluminaba ya el cielo.

Escuchó unos arañazos en la puerta; después Pancho metió la nariz por la pequeña abertura. Empujó hasta abrir y se introdujo muy alegre en la habitación, pero en lugar de saltar sobre Ellie, como hacía por lo general, se sentó muy quieto y se quedó mirándola en absoluto silencio.

Ella se dio cuenta de pronto de que estaba sonriéndole. «Es sorprendente, —pensó—, cómo los animales y los niños lo hacen a uno volver a lo primordial, y darse cuenta así de que todavía existe la inocencia en el mundo».

Subió a la cama y se recostó en el nido de almohadas que Florita le había preparado. Las sábanas se sentían frescas y olían a lavanda. Pancho saltó a los pies de la cama, rodó un par de veces y por fin se quedó inmóvil con la cabeza sobre las patas delanteras. En ese momento, Ellie cerró los ojos y cayó de repente en un pozo negro de bendito olvido.

Maya se despertó temprano esa mañana. Tenía clase de yoga a las ocho y media. Bostezó, se estiró y encendió el televisor.

... Y ahora vamos con las noticias locales. Una muy conocida residente de Santa Mónica fue asesinada anoche en su hogar, junto con el ama de llaves y el perro de la familia. Charlotte Parrish, de ochenta y seis años de edad, fue encontrada muerta...

Maya se levantó y miró el televisor.

... Junto con María Nogales, de setenta años. La nieta y única parienta viva de la señora Parrish, Ellie Parrish Duveen, descubrió el crimen anoche y ahora está siendo interrogada por la policía.

Maya se quedó con la boca abierta. Con el corazón agitado, saltó hacia el teléfono.

Nadie le contestó en la casa de Ellie. «Por supuesto que no, —pensó—. Está en Santa Bárbara; pero ¿dónde?». Entonces marcó el número de Dan.

—¿Está Ellie contigo? —preguntó Maya cuando Dan le respondió—. Habla Maya Morris, la amiga de Ellie. Acabo de enterarme de la noticia por televisión. Estoy muy asustada por ella.

—No te preocupes, Maya. Está aquí, conmigo.

—¡Ah, *gracias!* —Se relajó con alivio—. ¿Está bien? No, qué pregunta tan tonta. ¿Cómo puede estar bien? Tengo que verla. Voy para allá de inmediato... Dime, ¿hay algo que pueda hacer por ella?

—Está aturdida, Maya. Le costará trabajo reponerse después de haber visto a su abuela de esa manera.

Maya se enjugó las lágrimas.

—¡Ay! ¡La pobre y querida señorita Lottie!

—Ellie necesitará una muda de ropa, si puedes traérsela. —Dan le dio la dirección del rancho—. Ahora iremos a Santa Bárbara. La policía quiere interrogar a Ellie. Es probable que ya hayamos vuelto cuando tú llegues.

—Estaré ahí en cuanto pueda.

Johanssen tomó un sorbo de café caliente, y se aclaró la garganta antes de empezar el interrogatorio.

—Señorita Duveen, quiero que repasemos absolutamente todo lo que hizo anoche. Con horas exactas, si puede recordar.

Estaban en un sombrío recinto gris en el Departamento de Policía de Santa Bárbara. El café caliente permanecía sin probar, en la mesa, frente a ellos. Ellie se dejó caer en la dura silla.

—Iba por la carretera ciento uno hacia Montecito. Estaba cerca de Camarillo y había niebla. Llamé a la abuela para decirle que iba a verla. Nadie me respondió.

Cansada, le repitió toda la historia. Podría decírla un millón de veces más si fuera

necesario, si eso ayudaba a atrapar al asesino.

—¿Y usted hizo arreglos para que el señor Cassidy se reuniera con usted en la casa?

—Sí —ella asintió—. Él nunca había estado en Journey's End. Le dije que le mostraría el lugar.

—¿Hace cuánto tiempo que conoce al señor Cassidy?

Ella se pasó la mano por el cabello.

—Tal vez... unas cuantas semanas.

La voz de Johanssen perdió su tono de suavidad; sonó firme, incluso dura.

—Señorita Duveen, según entiendo, usted es la única sobreviviente de la familia. De hecho, es la heredera universal de todas las propiedades de la señorita Parrish. ¿Es cierto?

Ella asintió, confundida por el giro que estaba tomando el interrogatorio.

—Sí, pero... —se retrepó en la silla, conmocionada—. No creerá usted que yo la maté.

—Nadie ha sugerido nada semejante, señorita Duveen. Es solo una pregunta de rutina que debo hacerle —en su fuero interno, Johanssen creía que era probable que fuera algo así. Pero, de algún modo, la escena del robo no parecía encajar. Tenía la impresión de que allí no había gran cosa que robar—. Le agradecería mucho, señorita Duveen, que nos acompañara a la casa. Necesitamos que revise las pertenencias de la señorita Lottie y nos diga, si puede, qué falta. Eso podría ayudarnos a encontrar al asesino.

—Haré todo lo que sea para ayudarles a encontrarlo —prometió Ellie—, pero quiero que Dan me acompañe.

El detective habría preferido que no fuera así.

—Claro, tráigalo si la hace sentirse mejor —el policía no había descartado por completo la idea de que ambos fueran los asesinos.

Ellie oprimió con fuerza la mano de Dan en el autopatrulla mientras se dirigían a toda prisa hacia Cabrillo Boulevard. Las verdes palmeras se agitaban con la brisa, y el sol se reflejaba sobre el azul del mar. Todo se veía normal, como siempre.

—¿Estás bien? —le preguntó Dan cuando el automóvil dio vuelta para entrar en la residencia presidida por los enormes pilares con los grifos. Ella asintió. No sería fácil lo que iba a hacer: regresar a esa habitación... pero tenía que hacerlo.

Un par de policías uniformados cuidaban la entrada, y había otros tantos en la puerta principal. La cinta amarilla que indicaba el lugar de un crimen aún estaba en su sitio, y los hombres entraban y salían de prisa, muy atareados.

Johanssen guio a Ellie hacia el interior y avanzó por las escaleras delante de ella.

«Hago esto por ti, abuela», —pensaba Ellie cuando entró de nuevo en aquella terrible habitación—. «Te prometo que ayudaré a encontrar a quien te hizo esto»; pero era tan difícil... La mancha pardusca en la alfombra era sangre de la abuela; ahí

había estado tirada, ahí perdió su pantuflo. En ese sitio murió Bruno.

—Encontramos abierta la puerta de la caja fuerte, señorita Duveen. —Johannsen hablaba de prisa, en tono formal.

—La señorita Lottie nunca cerraba. —Ellie asintió—. Decía que no tenía nada que valiera la pena robar.

—¿Puede decirnos exactamente qué es lo que falta?

Ella miró al interior de la caja fuerte.

—Sus perlas. Era un hilo de cuarenta y cinco centímetros con perlas de los Mares del Sur de doce milímetros.

—Solo eso valdría una pequeña fortuna —dijo Johannsen y levantó una ceja.

—Supongo que si, pero no creo que a la señorita Lottie le importara su valor. Las atesoraba por los recuerdos que le traían, más que por otra cosa.

—¿Qué más? —Johannsen se mostró incrédulo al escuchar lo que la joven le estaba contando.

—Su anillo de compromiso de diamantes. No sé cuál pueda ser su valor. Tal vez sus abogados puedan decírselo. Un par de anillos de diamantes más pequeños y un zafiro. Algunos prendedores antiguos. Eso es todo.

—Mire la habitación, señorita Duveen. ¿Falta algo más?

Ellie retiró los ojos de las manchas de sangre y miró los objetos conocidos que formaron parte de la vida de su abuela. El reloj dorado francés con los tres querubines gordos que tanto le había gustado a Ellie cuando era niña. Los adornos de cristal y plata, las viejas fotos. De pronto abrió más los ojos.

—No está la fotografía.

—¿Qué fotografía? —Johannsen se acercó de prisa.

—Era una foto mía en un marco de plata. Mi abuela la tenía a un costado de su cama.

—¿Algo más, señorita Duveen?

—No, nada más —el cansancio la invadió. Echó un último y largo vistazo a su alrededor; luego se volvió y se alejó. Sabía muy bien que jamás regresaría a esa habitación.

Ellie guardó silencio durante todo el trayecto de regreso a Running Horse; iba con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. El abollado Explorer se quejó cuando Dan enfiló por el viejo camino de asfalto que atravesaba los viñedos hasta la casa.

—Siento haber golpeado tu auto. Otra vez —dijo sin siquiera abrir los ojos.

—No te preocupes. —Dan estaba pensando en la fotografía robada. Había objetos mucho más valiosos en la habitación, así que, ¿por qué tomaría el ladrón una foto de Ellie? Estaba seguro que no era solo por el marco de plata.

En la casa encontraron un buen número de mensajes en la contestadora... de los amigos de Ellie, de los abogados y contadores de la familia Parrish, y de los parientes de María en Guadalajara.

La noticia había aparecido en todos los noticiarios. Ellie se sentó en el sofá y miró desamparada a Dan.

—Tengo que llamar a la familia de María. ¿Y cómo dispondré el funeral? ¿Qué voy a hacer?

—¿Por que no dejas que me encargue de todo?

—¿Lo harías? —Su agradecimiento era conmovedor—. Eres mi amigo. Te confiaría lo que fuera.

Dan acercó un fósforo a la chimenea, luego se arrodilló, le quitó los zapatos a la joven y la envolvió en una frazada azul de las que se usan para los caballos. Entonces, en el momento en que llamaba a Florita para que les llevara té caliente, un auto se detuvo afuera con un chirrido de neumáticos.

—¡Ellie, Ellie...! —Maya subió corriendo los escalones, se lanzó hacia el porche y por la puerta. Se detuvo en el vestíbulo, con un ramo de flores de la estación contra el pecho—. Ahí estás —pasó de prisa al lado de Dan y sujetó a Ellie—. ¡Oh, querida! Lo siento —las lágrimas de ambas se mezclaron al abrazarse y al dejar escapar su pena entre sollozos.

Dan llevó las flores a la cocina para que Florita las pusiera en agua. Le dijo que tendrían otro huésped esa noche. Luego se dirigió a la oficina y llamó a Nueva York.

—¿Qué sucede? —pregunto Piatowsky al escuchar el tono serio en la voz de Dan.

—Una amiga mía está en problemas. Asesinaron a su abuela anoche. Tengo la impresión de que la policía sospecha de ella.

—Sí, acabo de saberlo. —Piatowsky titubeó—. ¿Qué tan buena amiga tuya es?

—Muy buena.

Pete sabía que Dan hablaba de romance. Tendría que manejar el asunto con tacto.

—Dan, yo también lo pensé, —explicó luego de aclararse la garganta—. Quiero decir, ella es la única pariente viva de una anciana rica que fue asesinada. Es una conclusión lógica.

—Eso no es cierto —le aseguró Dan—. Íbamos a vernos *ahí*. Yo estuve ahí, en la escena del crimen, inmediatamente después de que las encontró. Es una joven que en realidad amaba a su abuela. Y el ama de llaves era más que eso; era como de la familia. Hasta mataron al perro. También robaron la caja fuerte; se llevaron las joyas y revolvieron el lugar. Y escucha esto: la anciana fue estrangulada, y el asesino dejó su firma. Es la misma cruz que tenía la prostituta de Times Square.

—Pero este fue un robo con violencia. —Pete Piatowsky se mostró confundido—. Nuestro hombre no estaría interesado en eso. No es su estilo.

—Pienso lo mismo. ¿Crees que se trate de un imitador?

—No tiene sentido. —Piatowsky movió la cabeza.

—El robo me pareció extraño... como si estuviera arreglado, ¿sabes? Como si el asesino pretendiera encubrir algo. —Piatowsky escuchó suspirar a Dan al otro extremo de la línea—. ¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí!

—De acuerdo, amigo, no sufras. Llegaré allá mañana.

Cuando colgó el teléfono, Piatowsky pensó con tristeza en las tardes de pesca, en las perezosas horas en el porche delantero, tomando cerveza fría y disfrutando de todo ese aire puro y fresco del campo. Tenía la sensación de que esa visita no iba a ser así.

Capítulo 7

Dan repasó los hechos en su cabeza. Los dos métodos diferentes de asesinar abrían la posibilidad de que hubiera dos asesinos, pero además había algo especial en este homicidio que hablaba de un ritual meticulosamente planeado. Sin embargo, el detective Johannsen tenía un punto de vista distinto.

Habían vuelto a la pequeña y desnuda sala gris ubicada en la jefatura de policía, con Johannsen a un lado de la mesa y Ellie y Dan al otro. El compañero de Johannsen, el detective Mullins, estaba apoyado en la pared.

—Entienda que no quiero presionarla, señorita Duveen —le decía Johannsen—. Esta es solo una charla informal.

La señal de alerta de Dan se encendió.

—¿Debo entender que está usted interrogando a la señorita Duveen y también a mí, como sospechosos?

Johannsen se aclaró la garganta.

—No exactamente...

—Entonces, sugiero que tanto la señorita Duveen como yo nos apeguemos a la ley Miranda y que esperemos hasta que llegue su abogado —estaba muy contento de haber llamado a Michael Majors desde el rancho y de que él hubiera aceptado reunirse con ellos en la jefatura de policía de inmediato.

Johannsen suspiró incómodo. Había esperado poder quebrantar un poco a la chica, antes de que llegaran a ese punto. Le hizo una indicación a Mullins para que prosiguiera, y este procedió a leerles sus derechos.

Los ojos confundidos de Ellie se encontraron con los de Dan.

—No entiendo.

—Todo está bien —dijo él con tranquilidad—. Solo esperaremos a que llegue el abogado.

—Pero quiero decirles todo —se inclinó sobre la mesa, con las manos muy juntas y apretadas, y miró a Johannsen—. Quiero que encuentren al que mató a mi abuela.

—Es lo único que queremos de usted, señorita Duveen.

Llamaron a la puerta, y una agente dejó entrar a Majors, el abogado de la señorita Lottie. Era un hombre pequeño vestido con un traje oscuro a rayas y una camisa de color rosa. Caminó hasta donde estaba Ellie y le dio unos golpecitos en el hombro.

—No puedo expresarte la tristeza que siento, el desconsuelo. Mi más sincero pésame, Ellie. Es en verdad una pérdida terrible.

—Gracias. Él es mi amigo, Dan Cassidy. Y, ellos, los detectives Johannsen y Mullins.

Majors les estrechó la mano.

—¿Puedo preguntarles la razón por la que tienen detenida aquí a mi cliente?

—No la hemos detenido, señor Majors. Únicamente la trajimos para interrogarla —respondió Johanssen con suavidad.

—Entonces, supongo que ya le leyeron sus derechos.

Él asintió.

—Lo hice. La señorita Duveen se ofreció a responder cualquier pregunta que queramos hacerle, tenemos la esperanza de que recuerde algo más.

—Por supuesto, si eso es lo que ella quiere... —Majors parecía incómodo.

—Quiero ayudar —intervino Ellie—. Haré todo lo que pueda.

—Bueno, asunto arreglado. —Johanssen sonrió—. Ahora cuénteme otra vez, señorita Duveen, exactamente la secuencia de lo que sucedió la noche pasada.

Ella revivió el infierno: se vio llamar a su abuela desde el auto; la niebla que se arremolinaba en el valle; su sorpresa al no recibir respuesta. El silencio que le había puesto la carne de gallina en los brazos; su propia voz llamando a María. Se vio subir los escalones de dos en dos; los ojos sin expresión de Bruno fijos en ella; recordó la sangre en la alfombra, en los pantuflos de la señorita Lottie...

Su abuela, tirada boca arriba en el clóset; sus pequeños pies con venas azules y su rostro... ¡Ay! Su rostro... Se vio retroceder, alejándose del clóset. Las cortinas mecidas por la brisa que entraba por el ventanal...

—Había alguien afuera. —Ellie sujetó la mano de Johanssen por encima de la mesa—. En el balcón. Estoy segura.

—Bien, dígame lentamente y con exactitud lo que vio.

Ella se concentró.

—Escuché algo. La ventana se había abierto y las cortinas se movían con el aire —cerró los ojos mientras buscaba aquel destello de algo que le había llamado la atención. Un brillo de luz en la oscuridad de afuera, en el balcón—. Era la banda luminosa de un tenis —explicó con cuidado—. Ya saben, del tipo que se usa para correr de noche —asintió triunfante—. Sí, eso fue lo que vi.

—¿Y qué hizo entonces?

—Yo... bueno no lo sé —no sabía qué decir—. Recuerdo haber corrido por las escaleras y llegado a mi auto... Yo estaba...

—La señorita Duveen estaba aterrorizada, detective —la voz de Dan sonó dura—. ¿Qué otra cosa esperaba que hiciera?

—¿Y dónde estaba usted, señor Cassidy, cuando todo esto sucedió? —Johanssen miró expectante las manos fuertes de Dan.

—Iba camino de Journey's End precisamente para reunirme con Ellie. Habíamos acordado vernos ahí —la voz de Dan tenía un dejo de cansancio, pero estaba alerta, en guardia—. Acababa de dar vuelta en la entrada cuando vi que el *jeep* venía hacia mí, muy rápido. Giré a la derecha, pero me golpeó. Vi que Ellie bajaba del auto. Estaba gritando.

—¿Y qué pasó entonces?

—Volvimos a la casa. Ellie esperó al pie de la escalera mientras yo subía a

revisar. Encontré la escena del crimen tal y como usted la vio. Revisé el baño, el clóset y el balcón. Hice lo mismo en la habitación de María, el ama de llaves. Luego llamé a la policía.

—¿Así que no había ningún hombre con tenis en el balcón?

—No, señor. No cuando yo llegué ahí.

—¿Y cuánto calcula que tardaron, señorita Duveen?

Ellie lo miró sin comprender. El tiempo no era algo que pudiera tener sentido en ese momento.

—Todo fue muy confuso.

—Creo que habrán sido como máximo diez minutos. —Dan hablaba en tono decidido y formal.

Majors se puso de pie.

—Si yo fuera usted, detective Johanssen, estaría encantado con la información que le dio la señorita Duveen. Había alguien en ese balcón, y usaba tenis.

—¿Y usted, señor Cassidy, no tendrá por casualidad un par de tenis como los descritos?

—Dirección equivocada, Johanssen —le dijo Dan con suavidad—. No, no lo tengo.

Johanssen se puso de pie, con las manos en los bolsillos.

—Señorita Duveen, gracias por su cooperación.

—Claro que lo vi, se lo aseguro. —Ellie se levantó.

—Lo sé —él asintió con tranquilidad.

Ella frunció el ceño, confundida por la actitud del detective.

—Vamos —dijo Dan y la tomó del brazo.

Afuera, en el estacionamiento, Ellie exhaló un cansado suspiro.

—No puedo creerlo. Piensan que yo asesiné a la señorita Lottie.

—Por el momento no tienen muchos datos para empezar, salvo el motivo —dijo el abogado—. A menos de que algo que te incrimine aparezca en los análisis del laboratorio o en la autopsia, o que prueben que el arma era tuya, no tienen nada en firme contra ti.

—Es una tormenta en un vaso de agua. —Dan puso el brazo sobre los hombros de ella—. Mañana lo resolveremos todo.

Agradeció al cielo que Piatowsky llegara al día siguiente.

Buck estaba inquieto. Tenía esa molesta sensación otra vez; así era como se había sentido en el Sanatorio Hudson la vez que hizo planes para escapar, quería hacer algo. Necesitaba ver a Ellie, pero no la hallaba por ninguna parte.

Estaba sentado en su auto, en la colina cerca de la casa de Ellie, preguntándose dónde podría estar, cuando dos autos patrulla pasaron a toda velocidad y dieron vuelta en la calle de la joven. Un minuto después, un Crown Victoria negro lo rebasó y se estacionó al lado de los otros autos frente a la casa de Ellie. Una pareja de

detectives sin uniforme bajó del Crown Victoria y se reunió con los oficiales uniformados.

Buck encendió un Camel, bajó de su automóvil y caminó con tranquilidad por la calle. Para su sorpresa, los policías no tocaron; simplemente abrieron la puerta y entraron. Iban a registrar la casa.

Apagó el cigarrillo con el pie, caminó a toda prisa de vuelta al BMW y condujo colina abajo, hacia la calle principal. No había lugar para estacionarse cerca del café, pero no tuvo que detenerse; el letrero de CERRADO podía verse a través de la puerta de cristal. *¿Dónde estaba Ellie?*

Pensó en Dan Cassidy. De pronto tuvo el presentimiento de que Ellie estaba con él, y la rabia le llegó a la boca del estómago. Necesitaba saber pronto quién era Cassidy, dónde vivía. Localizó una vinatería y se metió en el estacionamiento con rapidez; entró y compró tres botellas de Jim Beam. Luego se dirigió otra vez a Sunset Boulevard.

En su departamento, Buck siempre mantenía las cortinas cerradas. Encendió la lámpara y el televisor, y cambió de canal hasta que encontró las noticias locales. Se paseó intranquilo por la pequeña y oscura habitación mientras bebía largos tragos de *whisky* directo de la botella, con los ojos fijos en la pantalla.

El hombre meteorólogo estaba hablando del glorioso día que iba a ser aquel, si no fuera por la calidad del aire, por supuesto, y solo se sentían los rayos maravillosamente cálidos del sol.

—¡Cuídense! —dijo el hombre—. En este día hay que usar filtro solar de factor cinco.

Buck se llevó la botella a la boca otra vez. «¡Maldición!». ¿Por qué no continuaban con las noticias? ¿Por qué no le decían lo que estaba sucediendo con Ellie?

—Se ve igual que en las fotografías. —Piatowsky estaba de pie en lo alto de la colina y miraba las hileras inmaculadas de viñas y el ganado blanco y negro que se apiñaba bajo la fresca sombra de los robles en la colina de enfrente. Giró para observar la casa mientras Dan bajaba las maletas del Explorer—. Creí que habías dicho que estaba derrumbándose.

—Y así era. ¿Adónde crees que fue a parar todo mi dinero?

Piatowsky rio. Inclino la cabeza para escuchar el canto de un pájaro y el suave murmullo del viento.

—¿No está muy silencioso por aquí? —preguntó desconcertado.

—Te acostumbrarás. La vida es mejor sin tránsito, créeme.

Pete Piatowsky asintió. «Aun así, —pensó—, para ser un tipo que vive en la tierra del sol, mi amigo se ve muy cansado». La mandíbula de Dan tenía un toque negro azulado por la barba sin afeitar, y parecía como si se hubiera pasado las manos demasiadas veces por el cabello. Más bien se veía como un hombre que tenía mucho

en qué cavilar.

—¿Cómo te va con el otro asunto? —preguntó.

—No vas a creerlo, pero la policía local piensa que tal vez yo pude hacer el trabajo, en complicidad con Ellie.

—¿Y por qué tú?

—Me catalogaron como el novio, un expolicía que sabe cómo hacerlo. Yo tenía la fuerza para estrangular a la anciana mientras Ellie le disparaba al ama de llaves. Y al perro.

—¿Acaso ya encontraron el arma?

—Si ya lo hicieron, no van a decírmelo. —Dan negó con la cabeza—. Esta fue una ejecución, Pete, lo siento en los huesos —los dos habían visto muchos asesinatos de ese tipo, conocían el patrón—. A María la mataron de un tiro. A la señorita Lottie la estrangularon, aunque el asesino tenía el arma y pudo haberle disparado también. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué la estranguló?

—¿Crees que sea una venganza?

—Eso pensé, pero Ellie dice que no conoce a nadie que le guarde resentimiento a su abuela. Aunque hubo un incidente del que habló, sin embargo, fue hace años. Un tipo se introdujo en la casa y la atacó. Ellie era solo una niña, pero lo vio todo. ¿Y qué le pasó al tipo? ¿Lo encarcelaron?

—Ellie no lo sabe. De cualquier forma, eso ocurrió hace más de veinte años, así que no estoy seguro de si sea pertinente.

—Recuerda que las viejas rencillas nunca mueren; solo se hacen más amargas.

—Ya no queda nadie que sepa algo al respecto. —Dan se encogió de hombros—. Sin embargo, yo vi la escena del crimen. Sé cómo se sentía Ellie.

Piatowsky conocía exactamente aquella sensación: era en parte instinto, en parte experiencia y en parte suposición. Como fuera, lograba despertar la furia y hacía que la mente se planteara preguntas que iban más allá de lo obvio.

Pete distinguió dos siluetas a la distancia. Un par de perros las seguían, y pudo escuchar apenas sus excitados ladridos.

—Ellas son Ellie y Maya. Y ese es Pancho —el perro corrió hasta Dan, tras ganar terreno como un caballo de carreras; ladraba y chillaba como loco, con el perro de Ortega en la retaguardia. Saltaron sobre Dan y luego dirigieron sus húmedas atenciones a Piatowsky.

—¡Hola, amigos! —dijo este mientras los acariciaba con precaución—. ¿Qué clase de perros guardianes son estos?

—Son perros de campo. Vienen incluidos con el terreno.

—Sí..., bueno, discúlpame pero no estoy familiarizado con esa raza. Aunque eso sí, no son más bonitos que los perros callejeros de la ciudad —levantó la mirada cuando Ellie y Maya se acercaron a ellos—. Sin embargo, las mujeres sí que lo son —murmuró—. ¡Vaya, Cassidy! ¿Ahora las conquistas por pares?

Ellie Parrish era alta, delgada y elegante, con la palidez de una niña desamparada;

no llevaba maquillaje y tenía el cabello recogido en un moño en la nuca. Vestía pantalones cortos blancos y una camiseta que decía ELLIE'S CAFÉ. Maya, también sin maquillaje, tenía el rostro fresco de una niña de escuela, pero el cuerpo de una mujer, enfundado en una blusa de tubo de tela ajustable amarilla y pantalones cortos.

—Ellie, él es Pete Piatowsky, mi excompañero de Nueva York. Maya Morris, Pete —mientras se estrechaban la mano, Piatowsky se dio cuenta de por qué Dan Cassidy se había enamorado de Ellie. Había pesar en aquellos hermosos ojos, pero también fortaleza. La joven estaba herida, pero no quebrantada.

La joven lo miró. Dan confiaba en Piatowsky, y le había dicho que si alguien podía ayudarlos, ese era él.

—Me alegra mucho que haya venido —dijo ella en voz baja—. Y lamento si todo esto interrumpe sus vacaciones.

—No se preocupe. Soy el tipo de persona que no puede tomar realmente unas vacaciones. Tengo que mantenerme ocupado.

—¿Ayudará a Dan a averiguar quién hizo todo esto? —Maya siempre era muy directa.

—Lo intentaré, señorita Morris.

Los enormes ojos castaños se clavaron en él. Maya rio y enlazó un brazo con el suyo.

—Dime, Maya.

—Pete —correspondió él, deslumbrado, mientras caminaba con la joven rubia hacia la casa.

Florita los esperaba ya en el vestíbulo con el bebé acomodado sobre la cadera.

—Bienvenido, señor. ¿Quiere café caliente? ¿Té helado, quizá?

Acompañado por las tres atentas mujeres, Piatowsky flotó hasta la sala y se hundió en el sofá. Imaginó que la vida no podía ser mejor que aquello.

Dan vio que tenía dos mensajes en su contestadora. El primero era de Johanssen, quien le decía que tenía una orden de cateo para revisar la casa de Ellie en Santa Mónica.

Cerró los ojos, inmóvil. Estaban actuando en serio.

El segundo recado era solo un largo silencio, y luego colgaron. Preguntándose quién sería, fue a dar a los demás las malas noticias.

—¿La policía está revisando mi casa? —Ellie sintió un ataque de miedo—. Pero ¿por qué? No pueden estar hablando en serio. ¿Cómo puede alguien pensar que yo...?

Maya se dejó caer en el sofá, a su lado.

—Todo estará bien —le dijo, aunque sonó como si no estuviera segura de que así fuese.

Piatowsky se acomodó el escaso cabello rubio sobre la cabeza y miró a Dan.

—Es solo un movimiento lógico de su parte —comentó—. La policía tiene que explorar todas las posibilidades, Ellie.

—Lo que más me preocupa es la foto que robaron —interrumpió Dan—. No encaja con el resto del escenario de robo con violencia. Ni con un asesinato cometido por un homicida que deja una firma. Me pregunto incansablemente por qué la tomó el asesino. Y solo se me ocurre una respuesta: el autor debe de ser alguien que conoce a Ellie.

—¿Te refieres a que conozco al asesino? —Los ojos angustiados de la joven se clavaron en los de Dan.

Él sonrió para tranquilizarla.

—Va a resolverse, no te preocupes —le dijo. Sin embargo, esperaba estar en lo cierto.

Buck tomó un trago de la segunda botella de *whisky* y sintió que el líquido le siseaba en las venas como si se tratara de un combustible nuclear; luego miró la pantalla del televisor, mientras esperaba el siguiente boletín informativo. Si los policías estaban revisando ahora la casa de Ellie, debía de ser porque pensaban que la joven lo había hecho. Soltó una carcajada al pensarlo. «Qué irónico: la nieta heredera como asesina».

En ese momento dieron por fin la noticia.

La policía sigue buscando al asesino de Charlotte Parrish, conocida dama de sociedad. Según tenemos entendido, su nieta fue sometida a un interrogatorio, pero no la detuvieron.

Buck puso la botella sobre la mesa, repentinamente sobrio. Su Ellie. *Estaban interrogando a su Ellie. Tal vez la encerrarán; entonces nunca podría tenerla.*

Tenía que encontrarla. Tenía que ver a Ellie.

Los detectives Johannsen y Mullins estaban sentados en el Crown Victoria negro sin identificaciones que se encontraba estacionado en la entrada de Journey's End. Unos nubarrones grises venían sobre las montañas, y de pronto comenzaron a caer enormes gotas de lluvia sobre el parabrisas. Esto impidió a los detectives seguir viendo a los agentes que con perros pastores alemanes peinaban el terreno en busca de alguna pista que el asesino pudiera haber dejado.

«La lluvia se llevará cualquier rastro del olor del asesino que los perros hubieran podido encontrar, y además borrará cualquier huella», pensó Johannsen sombrío. Hasta ese momento los muchachos no habían encontrado nada.

Sonó el teléfono. Tomó la llamada.

—Johannsen.

—Buenos días señor Johannsen. Habla Pete Piatowsky, detective del Departamento de Policía de Nueva York.

—¿En qué puedo servirle, detective?

Piatowsky detectó que el hombre estaba cansado. Conocía ese tono de voz.

—Mi oficina ha estado en contacto con ustedes por el asesinato de una prostituta cerca de Times Square. Ese asesinato fue muy parecido al que ocurrió aquí, en Montecito. Estrangulamiento con las manos y mutilación.

—Una mutilación muy especial. —Johanssen no solo había hablado con el Departamento de Policía de Nueva York, sino también con el de Los Ángeles y con el FBI. Todo el mundo se metía en su caso.

—Detective, me encuentro en Santa Bárbara en este momento. Me gustaría reunirme con usted y discutir las similitudes de esos dos casos.

—De acuerdo con mi agenda, puedo recibirlo en mi oficina a mediodía. —Johanssen suspiró.

—Lo veré entonces. Gracias.

Piatowsky le sonrió a Dan mientras marcaba el número de la jefatura en Nueva York.

—Sí, George, habla Piatowsky. Veré al detective a cargo del asesinato con firma en Montecito, para ver si encaja con el nuestro y con el de la prostituta en Los Ángeles... Sí, te avisaré si descubro algo —escuchó—. Sí, puedes considerar esto unas vacaciones muy ajetreadas, pero así es la vida —miró por la ventana las nubes que se comprimían contra las colinas—. Y adivina qué... está lloviendo.

Dan pudo escuchar el estallido de risa de George al otro lado de la línea mientras Piatowsky colgaba el teléfono y decía en un tono quejumbroso:

—Pensé que nunca llovía en el sur de California.

—Seguramente has estado oyendo demasiadas canciones de los Bezh Boys. Entonces, ¿iremos a ver a Johanssen?

—Yo iré a ver a Johanssen. Tú eres un civil, Cassidy. Y también sospechoso —sonó, el teléfono y Piatowsky contestó—. Sí.

Dan esperó a que su amigo le dijera quién llamaba, pero Pete solo caminaba de un lado a otro con el auricular sostenido con la barbilla.

—Sí —dijo otra vez—. No me digas. Bueno, eso haré.

Colgó el teléfono y miró a Dan.

—Mataron a otra mujer. Otra vez en Los Ángeles. Una prostituta. La estrangularon con las manos y la mutilaron. La tiraron en un canal en Venice Beach.

Piatowsky se puso la vieja chaqueta de tripulante de bombardero, de cuero negro, que nunca pensó usar en la tierra del sol.

—Tengo que irme, amigo. Tengo una cita con tu destino.

Johanssen estaba inclinado en el escritorio con los anteojos de carey sobre la ancha nariz, estudiando la información del nuevo asesinato, cuando le anunciaron la llegada de Piatowsky. Levantó la mirada y evaluó a su visitante; sabía que este estaría también evaluándolo a él. Supuso que Pete Piatowsky lo consideraría un policía de pueblo pequeño y que se tomaría el papel de gran detective de Nueva York que todo

lo sabe. Bueno, pues se equivocaba. Johannsen también había trabajado en una gran ciudad.

—Siéntese, detective Piatowsky —le indicó una silla frente al escritorio—. ¿Un café?

—Gracias, no. —Pete ya había ingerido suficiente cafeína como para revivir a un muerto. Trabajaba más a gusto así; además, el café de Florida era mucho mejor que la extraña bebida que preparaban los policías.

—Supe que hubo otro asesinato.

—Una prostituta, caucásica, rubia, de un metro cincuenta y siete; se llamaba Rita Lampert. —Johannsen leyó el papel que tenía enfrente—. Trabajaba en Hollywood Boulevard. Un hombre que estaba haciendo ejercicio descubrió el cuerpo esta mañana en un canal, a las cinco y media. La golpearon con un garrote en la cabeza y después la estrangularon y le desfiguraron la cara.

—¿Igual que a Charlotte Parrish?

Johannsen asintió.

—Pero no fue así como murió María Nogales, el ama de llaves. A ella le dispararon y no la mutilaron.

—¿Tiene alguna teoría al respecto?

Johannsen volvió a asentir.

—Creo que la mutilación de la señora Charlotte Parrish fue un intento deliberado de despistarnos. El homicida quería que pensáramos que se trataba del asesino de la firma.

—¿Todavía trabaja en la posibilidad de que la nieta haya estado mezclada en el asunto?

—Así es. Probablemente con la ayuda de un cómplice, aunque admito que no tenemos ninguna prueba sólida. El cateo de la casa de la señorita Duveen no reveló nada. El laboratorio dice que las fibras negras que se encontraron en la escena del crimen eran de lana, probablemente de un suéter o de un pasamontañas. Seguirán investigando. El arma que se usó fue una pistola automática Glock veintisiete —titubeó. Tenía otra pista de la que todavía no quería hablar, porque tal vez podría servir para probar su caso. O tal vez solo derrumbaría su teoría. Decidió no decirle nada al policía de Nueva York. Se encogió de hombros y extendió las manos con las palmas hacia arriba—. Eso es todo.

—Gracias por su cooperación. —Piatowsky se levantó y se aprestó a marcharse.

—¿Por qué no me deja su número telefónico —sugirió Jim, Johannsen— para que pueda mantenerlo informado? ¿Está usted hospedado en Santa Bárbara?

—¿No se lo dije? —Piatowsky sonrió—. Me alojo en el rancho Running Horse con Dan Cassidy. Es un viejo amigo mío. Fuimos compañeros durante cinco años.

La sonrisa en el rostro de Johannsen se borró, como si nunca hubiera estado ahí.

Ellie estaba al teléfono intentando recoger los restos de su vida y reconstruirla en

una situación diferente. Michael Majors le comunicó que, además del generoso legado para María, que ya no procedía, ella era la única heredera.

—Créeme, lo mejor que puedes hacer es poner la casa en venta de inmediato —le aconsejó el abogado—. La tierra vale mucho, y no tendrás gran dificultad para venderla.

—No puedo vender. Todavía no —consideraba que era demasiado pronto para dejar escapar su pasado y sus recuerdos.

—Te comprendo, Ellie; pero piénsalo. Y, cuando te decidas, yo me encargaré de hacerlo.

Ellie colgó el teléfono y pensó que todos se estaban encargando de hacer algo por ella. Tenía ya que tomar las riendas de su vida.

Maya, que venía bajando las escaleras, vio como Ellie estaba de pie, al lado del teléfono, mirándolo como si se tratara de un objeto extraño y desconocido.

—¿Qué sucedió? —Atravesó el vestíbulo—. ¿Estás bien?

—Era el abogado de mi abuela; me dijo que heredaré Journey's End y me preguntó si quería vender el lugar de inmediato.

—No puedes hacer eso todavía —opinó Maya.

El teléfono volvió sonar, y Ellie tomó la llamada.

—Rancho Running Horse —la línea siguió en silencio—. Hola, rancho Running Horse —nadie respondió. Miró a Maya a los ojos y colgó el auricular.

—¿Quién era?

—No lo sé. —Ellie se estremeció.

El teléfono volvió a sonar, y esta vez contestó Maya.

—¿Quién demonios es? —espetó—. ¡Ay! Disculpe —rectificó, sonrojada—. Sí, aquí está. Espere un momento, por favor —le entregó el teléfono a Ellie.

Ellie sintió que el corazón se le iba a los pies al reconocer la voz del detective Johannsen. El policía le dijo que el médico forense ya había liberado los cuerpos de la señorita Lottie y de María para que pudieran ser enterrados.

—Gracias por avisarme —contestó, y luego se sorprendió al oír al detective preguntarle de qué número calzaba—. Del veintiocho —respondió—. Es muy grande para una mujer, lo sé. Siempre ha sido el gran problema en mi vida —lo escuchó hablar nuevamente. Luego le dio las gracias y colgó el teléfono.

—El médico forense ha liberado el cuerpo de la señorita Lottie y también el de María —le explicó a Maya—. El funeral puede hacerse el jueves.

En la voz de Ellie había una callada resignación; en un impulso, Maya la abrazó.

—Lo siento, querida, pero todo estará mejor después de que esto termine. Entonces la señorita Lottie y María estarán en paz.

Ellie sabía que su amiga tenía razón y deseó poder sentirse reconfortada, o aliviada o acongojada. Lo que fuera, porque todavía no podía sentir nada.

—¿Qué fue todo eso acerca de los zapatos? —le preguntó Maya.

—Encontraron una huella en el balcón... lodo y sangre... dicen que fue hecha

con un Reebok DMX.

—¿O sea que cree que te quedaste de pie en el balcón después de matar a tú abuela? ¡Ja! —Maya expresó su disgusto con la policía en una palabra—. ¿Saben de qué medida es la pisada?

Ellie se encogió de hombros.

—Si así es, no me lo dijeron.

—Todo esto es una tontería. —Maya se colgó al hombro la bolsa negra de cuero que había usado para llevar su ropa al rancho—. Me voy, Ellie. Regresaré mañana y te ayudaré con los arreglos.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —preguntó Ellie.

—Estás haciéndolo muy bien, Ellie, muy bien. Te aseguro que después del funeral te sentirás mucho mejor. Y luego encontrarán al asesino y todo quedará arreglado. Te lo aseguro. Así será.

«Por supuesto», se dijo Ellie. Así será. La policía iba a encontrar al asesino y a encerrarlo. Su vida continuaría y volvería a ser «normal». Todo después del sepelio.

Era el tipo de día por el que California es famosa: el claro cielo azul y una cálida brisa que ondulaba la tersa superficie del océano.

Las montañas que rodeaban la ciudad estaban envueltas en un suave tono verde. La señorita Lottie lo habría aprobado.

Ella y María iban a ser sepultadas el mismo día, aunque en diferentes países. Dan había arreglado que los restos de María Nogales fueran enviados a su familia en Guadalajara, y Ellie les mandó un cheque para pagar una misa solemne y un ángel de piedra que protegiera a María para siempre. Más tarde, cuando el testamento fuera validado, le enviaría a los hermanos y hermanas de María el dinero que la señorita Lottie le había dejado a la anciana.

Ese día, en la limusina negra que seguía con lentitud la carroza fúnebre que llevaba el ataúd con los restos de su abuela, los pensamientos de Ellie se volvieron al otro único funeral al que había asistido. Recordó con claridad haber estado sentada al lado de la señorita Lottie en un auto grande y negro como aquel, detrás de los ataúdes de sus padres, acompañándolos en su viaje final.

Recordó que la señorita Lotti le había puesto un lindo vestido blanco de organdí y brillantes zapatos negros de marca Mary Jane, como si fueran a asistir a una fiesta. Esta vez, Ellie había escogido un vestido recto sin mangas, de lino blanco, que a su abuela siempre le gustó verle puesto. Maya le prestó un sombrero negro de paja, de ala ancha. Cubrió la tristeza de sus ojos con grandes gafas oscuras. Esa tarde compartiría su pena con los amigos y conocidos de la señorita Lottie, sin embargo, tendría que vérselas con su dolor y su culpa ella sola.

Dan, sentado junto a ella en la limusina, le puso una mano cálida sobre las suyas.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió, contenta de que él estuviera ahí con ella. Se veía atractivo con su

traje azul.

Sentada frente a ellos, Maya le sonrió para animarla. Llevaba un vestido negro de seda, sin mangas, muy vaporoso, que flotaba alrededor de su cuerpo como si fuera de gasa muy fina. A su lado, Piatowsky iba muy elegante con una chaqueta oscura y corbata.

Con una escolta de motociclistas a cada lado, los dos primeros automóviles del funeral avanzaron con lentitud por State Street, seguidos por cientos más. Mientras la procesión daba vuelta para entrar a la capilla del cementerio, Ellie pensó en lo mucho que la señorita Lottie hubiera disfrutado toda aquella atención.

Se sintió casi aliviada cuando el reverendo Allan, que había conocido a su abuela durante cuarenta años, recibió el ataúd cubierto con fragantes rosas blancas. Por fin, la señorita Lottie estaba entre amigos.

A Ellie le parecía que todo el pueblo había ido. Todos estaban ahí: el alcalde, los miembros del ayuntamiento, la sociedad y las celebridades, muchas de ellas tan ancianas como la señorita Lottie.

—Es el final de una era —comentó alguien en voz baja—. Este sitio nunca será el mismo sin ella.

Aquí estaban Michael Majors y su esposa, así como el contador y el gerente del banco de la señorita Lottie. Y el detective Johanssen.

Johanssen, con traje negro y una sobria corbata, observaba a los dolientes que iban llegando. No era raro que un asesino asistiera al funeral de su víctima. El detective suponía que era una especie de macabra celebración del triunfo. Sin embargo, no había ningún personaje sombrío acechando por ahí. Todos parecían personas consideradas y respetuosas. Aunque sabía, tan bien como cualquier otro policía, que la mayor parte de los asesinos se veían como cualquier persona. Además, él consideraba que ya estaba viendo a la asesina en ese momento.

Johanssen no podía quitarse de la mente el mensaje que estaba en la computadora: DUVEEEEEEE. La anciana había tratado de decirles algo. ¿A quién más podía referirse si no a Ellie?

La mirada de Buck se fijó en Ellie, elegante en su vestido recto de lino blanco, con el brillante cabello rojo recogido en un moño bajo un enorme sombrero negro. Sabía que era arriesgado asistir al funeral, pero se había sentido obligado a hacerlo. Sin embargo, fue cauteloso. El hombre se enorgullecía de poder detectar a un policía a cincuenta pasos. En el momento en que se mezcló con los dolientes supo que los hombres de traje oscuro que estaban en la parte de atrás eran detectives. Él iba impecablemente vestido. La corbata era de un color serio, y los mocasines Gucci relucían. Se veía igual que los abogados ricos, los banqueros y otros hombres de negocios. Él era uno de ellos.

Sin embargo, sintió un fuego en las entrañas al ver a Dan Cassidy de pie al lado de Ellie Parrish en el entierro. *Como si ella le perteneciera.*

Observó a Cassidy tomar a Ellie del brazo cuando el reverendo Allan empezó a decir: «Queridos hermanos, estamos reunidos aquí para rendir homenaje a una gran dama...».

Luego toda la congregación cantó. Buck sabía de memoria todos himnos. Finalmente, había asistido con su madre a la iglesia todos los domingos. Es decir, hasta que él estimó que ya era suficiente. Con la adecuada expresión de tristeza en el rostro, escuchó al ministro recitar las palabras del salmo veintitrés.

Tuvo cuidado de no ir demasiado lejos y fingir que se enjugaba una lágrima cuando el ministro dijo las palabras que él había esperado durante tanto tiempo: «Las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo...». Aunque tampoco sonrió, que era precisamente lo que deseaba hacer. Quería bailar y gritar vivas. «*Allá va. Adiós, señorita Lottie. Por fin*».

Ellie sintió el brazo de Dan bajo el suyo, y el hombro fuerte, listo para que ella se apoyara. Por un momento se hizo el silencio en el ventoso risco que se levantaba sobre el océano. Solo se pudo sentir la paz del césped verde y ondulante y de los árboles de sombra. Levantó la cabeza y enderezó la espalda como la señorita Lottie le había enseñado; después tomó el brazo de Dan y se alejaron rapidez.

La limusina negra pasó con lentitud junto a Buck, alejando de nuevo a Ellie, pero no la siguió. No tenía caso. Mientras ella estuviera con Dan Cassidy en el rancho, no había nada que él pudiera hacer. Tendría que esperar hasta que su plan estuviera completo.

Ellie lanzó el sombrero negro sobre la banca que estaba en el vestíbulo cuando entró, cansada, en la casa. Florita llegó corriendo desde la cocina. La tomó de las manos y la miró con preocupación.

—¿Todo está bien?

—Gracias, Florita. Sí, todo está bien.

De pronto, la esposa de Carlos Ortega le echó los brazos al cuello y la apretó suavemente.

—Será mejor para usted ahora, señorita. Ya verá. Es mejor que haya terminado.

Los ojos de Ellie se encontraron con los de Piatowsky.

—¿Viste a alguien que pareciera un asesino?

—La única persona que vi que parecía sospechosa fue el mismo Johannsen, quien observó minuciosamente el lugar como un detective de las películas.

—Solo estaba haciendo su trabajo —la voz de Dan sonaba tranquila cuando entró en el vestíbulo con Maya.

Un poco más tarde, los cuatro estaban sentados a la mesa para cenar, Florita les sirvió platos calientes de pollo con arroz y tortillas de maíz recién hechas. El bebé de Florita gateaba tras ella, y de pronto se puso de pie al lado de la silla de Ellie.

—¡No, Carlitos, no! —Florita lo levantó.

Pero Ellie le tendió los brazos.

—Ven acá, Carlitos, cuéntame cómo pasaste el día —el pequeño se sentó satisfecho en las rodillas de la joven y le retorció un rizo del largo cabello con los deditos regordetes—. Apuesto a que el tuyo fue mejor que el nuestro, murmuró ella mientras besaba los rizos negros y suaves del bebé.

—Bueno, por lo menos esto ha terminado —comentó Maya—. Ahora podrás descansar un poco, Ellie. Tal vez deberías tomar unas breves vacaciones. Ir a algún lugar tropical, con arena suave y blanca y mucho sol.

El pequeño Roberto Carlos le tendió las manos a su madre. Cuando Ellie se lo entregó, Dan pensó con envidia que formaban un bello cuadro: Ellie, un bebé, la mesa con una comida familiar, el hogar y el amor. Todos los clichés que se le ocurrían encajaban en esa situación.

—Tengo que volver al trabajo. —Ellie parecía llena de energía, muy profesional, como si una vez terminado el entierro hubiera dejado atrás la pena. Sin embargo, Maya sabía que no era así.

—Entonces creo que iré a quedarme contigo, para hacerte compañía. —Maya no quería que su amiga estuviera sola.

—Gracias, pero tengo que continuar con mi vida.

—Por favor, quédate. —Dan la miró a los ojos. Luego abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba y continuó diciendo en español—. *Mi casa es tu casa.*

—*Gracias, señor* —respondió Ellie también en ese idioma, pero sabía que tenía que regresar a su propia vida, a su mundo.

Después de cenar caminaron hasta el porche.

—¿Te gustaría dar un paseo? —le preguntó Dan. Casi era de noche, y una luna menguante brillaba en el cielo azul cobalto. Ellie, entonces, lo tomó de la mano y bajó con él los escalones, para seguir el sendero de atrás que llevaba hasta el estanque.

—Voy a extrañar mucho este sitio —dijo ella cuando Dan le pasó el brazo por la cintura. Ellie pensó que se amoldaban tan bien como si hubieran sido hechos el uno para el otro.

—Y yo te extrañaré a ti. ¿Estás completamente segura de que no quieres quedarte?

Era tan tentador comportarse como si fuera una mujer chapada a la antigua, derrumbarse en los brazos de Dan y dejar que él la cuidara... pero recordó a toda prisa que todavía no había alcanzado sus metas. Necesitaba trabajar.

—No tiene caso que siga sin hacer nada; tengo demasiado tiempo para pensar. Además, quiero alejarme de Johanssen.

Dan quiso decirle que iba a ser muy difícil mantenerse lejos de Johanssen, pero que cuando el detective quisiera verla, él estaría en Santa Mónica en un santiamén.

—Pensé que había aprendido todo acerca de la violencia cuando murieron mis

padres —continuó ella—. Ahora sé que no fue así. Esto es mucho peor.

—Ya todo terminó, Ellie. Olvida lo que ocurrió. Recuerda solo los buenos momentos y pon a la venta Journey's End.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Aún no. Es como si la señorita Lottie y María todavía estuvieran ahí, esperándome para ayudarlas a encontrar a quien las asesinó.

Estaban de pie al lado del estanque, y oían a las ranas salir apresuradas para llevar serenata a la noche.

—¿Irás a visitarme, Dan?

Ella tenía el rostro levantado hacia el de él. Dan bajó los labios hasta la boca de la joven y le dio un beso con suavidad y dulzura.

—Sí, te lo prometo —murmuró.

«Como un amigo, —pensó Ellie mientras lo abrazaba—. Un querido y buen amigo».

El Cherokee último modelo de Ellie era verde oscuro, casi del mismo color que la pintura de su café, tenía los interiores negros y mucho espacio para transportar carga. Cuando Ellie condujo de regreso a Santa Mónica, el vehículo se sentía suave, potente y lujoso. La compañía de seguros había considerado que el viejo *jeep* Wrangler era una pérdida total, y hubo un momento en que ella se preguntó, nerviosa, si el detective Johannsen no pensaría que estaba gastando lo que él consideraba sus ganancias mal habidas. Sin embargo, Dan se rio y le dijo que no se preocupara.

Siempre tenía a Dan muy presente. Él se había esforzado mucho para ayudarla a aceptar lo sucedido y la había protegido de los interminables interrogatorios de Johannsen. Se sentía más cerca de él que nunca, pero cuando dio vuelta para subir por la colina que llevaba a su casa, se dijo que no debía enamorarse de él, pues eso solo le traería problemas. Había un conflicto obvio en las metas de sus vidas: ella buscaba el éxito en la ciudad y él quería la serenidad del campo. Vivían en mundos diferentes, y ella todavía no estaba lista para olvidar sus ambiciones. Al menos, no hasta que hubiera logrado triunfar en la vida; luego tal vez lo consideraría, pero sospechaba que para entonces sería demasiado tarde. Sonrió con amargura. Nunca podía hacer nada en el momento adecuado.

La pequeña casa se veía igual, como si nada trascendente ni horrible hubiera sucedido desde que ella se marchó hacía casi una semana. Sin embargo, cuando abrió la puerta y se introdujo, el lugar se sentía diferente.

Al parecer, todo estaba en su sitio. En la cocina, la taza en la que había bebido té de bayas silvestres todavía se hallaba en el fregadero. Abrió el refrigerador y notó que la leche se había agriado. Frunció la nariz y la tiró.

Escuchó el ruido de algo que golpeaba y giró en redondo, muy asustada. Sintió alivio al ver que era solo un ave posada en la ventana. «De todas formas, —pensó incómoda—, la casa sí la siento diferente». Se dijo que debía de ser porque la policía

había estado ahí para revisar sus pertenencias, y luego subió sin ánimo por los ruidosos escalones.

La luz del sol entraba en el dormitorio, que olía a encerrado y se sentía muy caluroso. Ellie abrió la ventana, se desvistió, se dio un buen baño, se lavó el cabello e hizo todo lo que siempre hacía. Entonces, ¿por qué el lugar le parecía tan diferente? Suspiró mientras se ponía su uniforme de trabajo: los pantalones vaqueros y la camiseta. Todo era diferente. Había quedado totalmente sola en el mundo. El trabajo era el único antídoto para su dolor, y de eso tenía suficiente.

La joven se peinó el cabello húmedo, se colgó al hombro su enorme bolso negro, tomó las llaves del auto y se puso en camino.

En la calle principal flotaba un ambiente característico de principios de verano: aún no terminaban las clases, pero la libertad estaba en el horizonte, había mucho sol, se alcanzaba a ver parte del océano azul y plateado en las calles laterales, las jóvenes usaban vestidos veraniegos en tonos claros y sandalias, las pequeñas galerías de arte exhibían pinturas coloridas de artistas del lugar. Su mundo era ese. No se parecía en nada al rancho Running Horse.

El café tenía un aspecto triste y abandonado, con las sillas apiladas sobre las mesas, sin flores ni el aroma de la comida. Telefoneó a Chan, le dijo que reabrirían al día siguiente y le pidió que regresara al trabajo. Añadió que ya era hora de un cambio, de ofrecer un menú de verano.

—Hagámoslo más festivo, Chan —le dijo—. Como si tuviéramos una celebración.

—Claro —respondió Chan al otro lado de la línea, aunque no estaba seguro de lo que podrían celebrar.

Ellie sí lo sabía. Celebraba el estar viva de nuevo, llena de energía y ansiosa por comenzar. Escribió las sugerencias para el menú, luego se puso un mandil, abrió el recipiente grande de la harina y empezó a trabajar. Pronto estuvo embarrada hasta los codos con masa mientras preparaba todo para abrir la mañana siguiente.

Cuando se marchó, cerca de las seis de la tarde, las mesas estaban listas para el próximo día y la masa cubierta con un trapo húmedo y limpio a fin de que esponjara. El menú estaba decidido y se habían hecho las listas para el mercado; estaban pedidas las provisiones. Ellie había organizado a Chan y a su asistente, Terry, a Jake, el camarero, y al chico que lavaba y guardaba los platos. Se sintió de nuevo integrada en el negocio.

Tenía una sonrisa de satisfacción cuando caminó hasta el establecimiento que se hallaba al otro lado de la calle y se compró un sándwich para cenar. No acostumbraba a pasar la tarde libre y sola. Tal vez hiciera algo insensato, como ver televisión en la cama o dormirse temprano.

Buck no podía creer en su buena suerte. Sentado solo, a una mesa cerca de la ventana en el mismo local en que Ellie entró por un sándwich, la vio de pie, con los

brazos cruzados, mientras esperaba su orden. Como la mosca en la telaraña, ella cayó directo en su trampa.

El hombre había estado vigilando la casa de Ellie, como de costumbre. No reconoció el nuevo Cherokee verde cuando este dobló la esquina, pero después la vio bajar del vehículo y meter sus maletas en la casa. Y, por supuesto, la siguió hasta el café. Vio que se encendían las luces y la observó unos momentos, cuando la joven acomodaba las mesas. Media hora antes de que ella saliera, él había entrado en el pequeño establecimiento donde se vendían sándwiches y ordenó un café y un *muffin*.

Se levantó y caminó hacia ella.

—Ellie, no esperaba verte por aquí —adoptó una expresión seria, sin sonreír, y le agregó un toque de preocupación a la voz.

—¡Ah! Hola, señor Jensen —estaba sorprendida. Tampoco había esperado encontrarlo ahí.

—Lo lamento muchísimo —con osadía, él le puso la mano en el brazo—. No hay palabras para consolarte por todo lo que has sufrido en este tiempo.

—Gracias. Se lo agradezco, señor Jensen. Estoy tratando de volver al trabajo, de seguir con mi vida... —Su voz se perdió.

—Me da gusto que hayas decidido volver a abrir el café. Si estoy por aquí, pasaré a comer.

El sándwich de Ellie ya estaba listo. La joven tomó el paquete y se despidió con una sonrisa.

—Claro, estaría bien —dijo mientras pasaba a su lado.

Al llegar a la puerta de salida se volvió y notó que él la observaba. Se apresuró a cruzar la calle hacia su auto. El hombre no había dicho nada fuera de lugar, pero había algo extraño en él. Tal vez Maya tenía razón y en realidad se trataba de un mal sujeto.

En casa, frente al mostrador de la cocina, la chica comió con parsimonia su sándwich. Estaba muy sabroso, pero Ellie no tenía la mente puesta en la comida. Con un suspiro se preparó una taza de té de bayas silvestres y la llevó escaleras arriba, al dormitorio. Se iría a la cama, se pondría una cómoda bata vieja, vería el televisor y esperaría a que Dan la llamara.

Desde su puesto ubicado al otro lado de la calle, Buck vio cuando se encendieron las luces de la habitación de Ellie Parrish y la observó abrir la ventana y permanecer ahí un momento, contemplando el paisaje. Ella corrió las cortinas y desapareció. Por el momento, Buck estaba satisfecho. Su plan avanzaba; todo estaba listo. Solo necesitaba la oportunidad adecuada.

Capítulo 8

Ellie se encontraba sumergida en la oscuridad total que la rodeaba; no había luz en ninguna parte. Entonces apareció una delgada cinta escarlata que se deslizó lentamente hacia ella, mientras se hacía más y más ancha, hasta que tocó su piel. Luego la envolvió en algo caliente, rojo, pegajoso...

Hizo a un lado las sábanas y se enderezó bruscamente. La débil luz que entraba por la ventana le mostró las siluetas familiares de la cómoda, la chimenea, la mesa de noche. Estaba a salvo, en casa.

Inclinó la cabeza, sobre las rodillas apretadas, temblando. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, abuela! —susurró—. Lo lamento tanto...

Habían transcurrido dos semanas desde que Ellie regresó a casa. En ese tiempo se convirtió en una mujer libre, sin que pendiera sobre ella la posibilidad de enfrentarse a un juicio por asesinato e ir a la cárcel. El laboratorio de la policía logró identificar la navaja que se había utilizado para mutilar a la señorita Lottie como la misma que se usó en los otros asesinatos en Nueva York y Los Ángeles. Johannsen confirmó que las marcas encontradas en el cuello de la señorita Lottie pertenecían a un hombre con manos grandes y fuertes. No eran como las de Dan. Y el tipo que estuvo esa noche en el balcón calzaba un par de números más que ella. Ellie y Dan ya no eran sospechosos. La joven estaba consciente de que debía sentirse feliz, pero solo se sentía cansada. Las noches eran lo más difícil de sobrellevar.

Siempre era igual. Trabajaba todo lo que podía durante el día, con la esperanza de estar tan cansada en la noche, que solo pudiera arrastrarse a la cama y dormir de inmediato. El problema era que el sueño profundo solo le duraba un par de horas; luego, con la misma exactitud de un reloj, despertaba a las tres de la mañana con el mismo sueño: se ahogaba en sangre.

Noche tras noche, el sentimiento de culpa la embargaba. Si solo hubiera llegado más temprano a Journey's End... si solo hubiera seguido viviendo ahí, en lugar de permitir que las dos ancianas se quedaran solas... si solo...

A menudo se sentía tentada a tomar el teléfono y llamar a Dan, pero se resistía con terquedad. Estaba decidida a arreglárselas totalmente por su cuenta.

Aun así, aunque Ellie no quisiera admitirlo, el momento más importante del día era cuando llegaba a su hogar, se cambiaba de ropa para ponerse cómoda y se metía en la cama, en espera de la llamada que le hacía Dan cada noche.

—Solamente hablo para saber cómo estás —le decía él.

—Estoy bien —respondía ella, resistiéndose a añadir: «Ahora ya estoy bien. Ahora que escucho tu voz».

Dan le contaba lo ocupado que estaba con los injertos de *chardonnay* y que cada

vez tenía más deudas con el banco. Parecía muy animado al respecto, como si estuviera disfrutando de todo el proceso, y el entusiasmo de Dan la hacía desear poder compartirlo con él. Sin embargo, el conflicto entre ambos era claro: ella era de la ciudad y él pertenecía al campo. Ellie tenía planes de trabajo a largo plazo y Dan también. No podía permitirse enamorarse de él. Era su mejor amigo y seguiría siéndolo. Tenía la esperanza de que fuera para siempre.

Una vez que Ellie quedó libre de sospechas, Piatowsky decidió que era hora de regresar a casa, al lado de su esposa e hijos. Dan lo llevó al aeropuerto.

En la puerta de abordar, Dan le dio unas palmaditas en el hombro y lo abrazó.

—Gracias, amigo —le dijo.

—De nada —respondió Piatowsky—. La próxima vez traeré a los niños; les gustarán los caballos.

Dan no había visto a Ellie en una semana, y decidió que ese era el momento adecuado, antes de ir a Napa acompañado de su vinicultor. Las plantas que tenían en la Universidad de California en Davis no habían estado a la altura de las estrictas normas de Ortega, y ambos seguían en la búsqueda de la uva perfecta.

Dan comenzó a marcar el número de Ellie en su teléfono celular, pero cambió de opinión. Mejor la sorprendería.

El día había sido cálido, sin embargo, al caer la noche la temperatura descendió y desde el mar comenzó a subir la niebla, que envolvía las luces de la calle en halos y extendía lenguas fantasmales por los bulevares. A causa de la niebla, el recorrido a Santa Mónica fue más lento de lo que Dan hubiera esperado. Eran las nueve y media cuando por fin estacionó el auto en un lugar que encontró frente al café, detrás de un BMW negro.

La calle estaba en silencio, pero las luces seguían brillando, acogedoras, en el ELLIE'S CAFÉ. La antigua campana repiqueteó con gran dulzura. Solo dos mesas estaban ocupadas, y no se veía a Ellie ni a Maya por ningún lado.

Dan fue a la puerta de la cocina y asomó la cabeza. Ellie estaba limpiando las enormes cocinas.

Ellie no había advertido su llegada, así que Cassidy aprovechó para mirarla por un momento. La joven tenía una expresión de tristeza en el rostro y los hombros caídos por el cansancio. El corazón se le estremeció cuando él le habló.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —En un instante apareció aquella maravillosa sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Yo esperaba que dijeras: ¡Qué inesperado placer! —La besó en la boca sonriente.

—Eso también —le aseguró ella—. Debes de tener hambre. Yo cocinaré esta noche. Solo dime qué te gustaría cenar. —Ellie ya estaba sacando cacerolas y sartenes. Disfrutaba al tenerlo en su territorio; esto hacía salir a flote lo mejor de ella.

—Huevos revueltos y una de esas rosquillas tostadas estará bien —respondió él.

—No puedo hacer la rosquilla —le sonrió ella—, pero en cambio puedo ofrecerte un excelente pan de romero. ¿Estás seguro de que solo quieres eso?

No podía pensar más que en unos huevos preparados por Ellie.

—No, no es todo. También quiero que cenes conmigo.

—Creo que podré arreglarlo —dijo ella con alegría—. ¿Te gustaría tomar una copa de vino?

Ellie no había comido aún, pero aprovechando que Dan estaba ahí, preparó huevos para los dos, le dio a él un cestito con pan para que lo llevara y lo siguió al café con un par de platos calientes.

—*Bon appétit, monsieur* —murmuró cuando se sentó frente a él.

—Deliciosos —comentó Dan mientras comía los huevos—. De lo mejor —ella agradeció el cumplido con una sonrisa—. Ahora dime, Ellie, ¿cómo estás en realidad?

—Es muy difícil dormir —la joven se encogió de hombros con cansancio—. Ya sabes, la culpa que te invade a las tres de la mañana, los «si solo hubiera hecho esto o lo otro...».

—Sin importar lo que pienses, no fue culpa tuya.

—Supongo que no —parecía insegura. Con la niebla que se cerraba frente la ventana del café, el espectro de la soledad nocturna se apoderó de ella nuevamente, con más fuerza—. ¿Quieres venir a casa a tomar café?

—Claro —asintió él.

Jake se encargaba de atender las otras mesas; los últimos clientes ya se marchaban y estaban pagando la cuenta.

—Yo cerraré, Ellie —le ofreció Jake hablándole desde el mostrador—. Descansa un poco, vete a casa.

Ella sonrió agradecida y llevó los platos a la cocina.

Afuera, la densa niebla chocó contra el rostro de la pareja. La visibilidad era de menos de diez metros. Definitivamente no era un buen momento para conducir.

Ellie había sacado momentos antes el Cherokee del estacionamiento y lo había dejado a media cuadra del café. El BMW negro seguía estacionado frente al auto de Dan y él vio a un hombre sentado en el interior, en la oscuridad. Se preguntó por un instante lo que ese individuo estaría haciendo. Luego sacó el auto del espacio donde había estado estacionado, esperó a que Ellie lo alcanzara y después condujo lentamente por la calle oculta en la niebla.

Dentro de la agradable casita de Ellie, iluminada por una lámpara, las velas con aroma de vainilla parpadeaban en la repisa de la chimenea y en el fondo sonaba música suave de cuerdas. Ellie sirvió un café caliente y fragante. Puso una taza en la mesa baja frente a Dan. Él estaba sentado a su lado en el sofá, con la cabeza hacia atrás, escuchando la música.

Ella observó de cerca las fuertes líneas del rostro del hombre, y el cuerpo

musculoso. Era muy fuerte, y eso le gustaba de él. Sin embargo, hasta un hombre tan fuerte se veía en cierta forma vulnerable, con los ojos cerrados y el rostro sereno. La hizo feliz el hecho de que él pudiera sentirse así con ella: cómodo y relajado.

Extendió la mano y le pasó los dedos con suavidad por el pelo. Lo tenía ahí, y no podía tolerar la idea de que se marchara.

—Estaba pensando —dijo Ellie con cautela—. No puedes conducir hasta tu casa con esta niebla. Es demasiado peligroso.

Había algo en su voz, una suavidad que él nunca había notado. Dan abrió los ojos y la miró directamente.

—Tienes razón —asintió él sin quitarle los ojos de encima.

—Entonces es mi turno de ofrecerte mi hospitalidad. Tengo almohadas y sábanas; estarás muy cómodo aquí en el sofá.

—Tienes razón —repitió él.

Ella se levantó.

—Voy a buscar las sábanas.

Él la sujetó del brazo y la hizo sentarse en el sofá otra vez.

—Deja de huir de mí, Ellie.

Ella sentía en los hombros la calidez de las manos de Dan. El hombre acercó la boca a la de ella, y la joven sintió cómo se relajaba entre los brazos de él.

Dan la besó con suavidad varias veces en el pómulo, los párpados y la punta de la nariz, donde ella tenía las pecas muy juntas. Encontró la curva pronunciada de la boca.

—Deliciosa —susurró—. Mejor que la *tarte Tatin*.

El beso se hizo aún más intenso; Ellie sintió como si le quitara el aliento, como si la dejara sin fuerzas, indefensa.

—No deberíamos —murmuró ella entre besos, mientras el palpitar del corazón de Dan parecía golpear fuertemente contra el suyo—. Después de todo, tú y yo no tenemos una relación...

—Mmm, ajá... no tenemos una relación.

Ellie abrió los ojos y lo miró con aire soñador. Vio la pregunta en aquellos ojos, y él, la respuesta en los de ella. Se levantaron y, tras tomarla de la mano, Dan la guio por las ruidosas escaleras.

Buck estaba sentado en su automóvil y observaba la ventana del piso de arriba. Había lágrimas en su rostro. No sabía que un corazón fuese capaz de contener tanto dolor. Puso en marcha el BMW convertible y condujo como un loco por la densa niebla, iba de vuelta a su departamento en Sunset Boulevard. Aseguró la puerta y se lanzó al interior del cuarto. Golpeó las paredes con los puños y aulló como un desesperado.

Su vecino, un joven que estaba viendo un ruidoso vídeo musical, redujo el volumen un momento para escuchar. Se encogió de hombros, preguntándose en qué

canal estarían transmitiendo esa película de horror, y volvió a subir el volumen.

El café tuvo mucha clientela la noche siguiente, y también al otro día, lo que a Ellie le pareció muy bien. Conforme más trabajo tuviera, tanto menos tiempo tendría para pensar, y tal vez esa noche sí lograra dormir.

La pesadilla seguía atormentándole noche tras noche, pero ya podía enfrentarla mejor. Desde hacía algunos días, cuando despertaba temblando, imaginaba que Dan le hacía compañía; sentía su fuerte presencia en la habitación.

Sin embargo, la falta de sueño estaba afectándola, y no sabía qué hacer, salvo seguir trabajando.

La campanilla en la puerta anunció la llegada de nuevos clientes, y ella reunió los menús para ir a recibirlos.

Al mirarla, Maya pensó que Ellie lo estaba haciendo bien, aunque tenía el buen tino de no acosarla con preguntas. Después de todo, ¿qué podía responder su amiga, excepto que estaba bien?

Maya se frotó la mandíbula adolorida. Le dolía de nuevo la muela del juicio; estaba segura de que algo impedía que la pieza saliera, y el dolor era cada vez más fuerte.

—Si no quieres tener la cara de luna llena, es mejor que vayas pronto a ver a un dentista —le aconsejó Ellie al pasar.

—Los dentistas me aterrorizan, con todas esas máquinas ruidosas y sus agujas.

—Pues entonces sé una cobarde y pierde tu belleza.

Maya sabía que Ellie tenía razón.

—Iré mañana a primera hora.

—Tómate el día —le dijo Ellie—. Lo necesitarás. Iré a verte más tarde con un poco de caldo de pollo y champaña; aunque, por supuesto, tendrás que tomar las dos cosas con una pajilla.

—Sádica.

Era casi medianoche cuando la última pareja se marchó y Ellie por fin pudo asegurar la entrada y colocar el letrero de CERRADO. Vio a Maya, despatarrada en una silla mientras se sostenía el rostro adolorido con las manos.

—Vete a casa —le dijo—. Te ves muy mal.

—Gracias, te lo agradezco. Creo que sí me iré.

El teléfono comenzó a sonar mientras Ellie sacaba a Maya a empujones. Ellie fue a contestar.

—Ellie's Café.

—Pensé en llamarte para ver si seguías esclavizada al trabajo.

Se alegró al escuchar la voz de Dan.

—Sigo aquí.

—Iré a Napa mañana muy temprano. Carlos y yo veremos unos viñedos, y tal vez compremos algunas cepas. Volveré en un par de días. Iré a visitarte.

Ellie lo imaginó en su casa y pensó en cómo su presencia cambiaba el ambiente sombrío.

—Estaré esperándote.

—Muy bien. Te llamaré desde Napa. Cuídate, Ellie.

—También tú, Dan —casi le dijo «te amo» cuando iba a colgar, pero se contuvo a tiempo.

Se sintió mejor y comenzó a realizar sus tareas rutinarias: colocó la ganancia del día en la caja fuerte, luego sacudió los manteles de las mesas, limpió el mostrador y la cafetera. Eran casi las dos de la mañana y había niebla otra vez cuando al fin salió a la húmeda calle.

El estacionamiento de cuatro pisos estaba oscuro y silencioso y de pronto deseó, nerviosa, haber sacado el auto más temprano y haberlo dejado junto a un parquímetro cerca del café.

Sus pisadas resonaron en el silencio mientras se apresuraba a llegar al ascensor; una vez ahí oprimió el botón para el nivel tres. El aparato se detuvo con una sacudida, y ella esperó a que se abriera la puerta. No ocurrió nada. Ellie miró el indicador. Estaba atascada entre el segundo y el tercer piso.

Presionó el botón. El ascensor no se movió. Desesperada, pulsó todos los botones, y suspiró con alivio cuando por fin el elevador comenzó a moverse con lentitud hacia arriba. Solo que esta vez no se detuvo en el tercer piso.

—¡Máquina idiota! —masculló angustiada. Cuando por fin se detuvo en el cuarto piso, salió corriendo hacia las escaleras. Oyó un ruido atrás y se detuvo a escuchar. Eran pisadas. Sintió una cálida oleada de temor que le subía por la espalda, así que bajó las escaleras corriendo a toda velocidad. Llegó sin aliento y buscó con desesperación las llaves en el fondo de su bolso. *¿Dónde estaban? Su auto se encontraba al otro lado del estacionamiento. No le daría tiempo de llegar hasta allá.* La puerta del ascensor se abrió. La joven saltó al interior y oprimió el botón de la planta baja. Tenía que salir de ahí, correr, conseguir ayuda.

El ascensor volvió a detenerse, esta vez en el segundo piso.

—¡Oh, Dios! Esto no puede pasarme —golpeó el botón con el puño. Agazapada contra la maltratada pared metálica, lo único que podía escuchar era el latido de su corazón. Trató de recordar las lecciones que había tomado acerca de cómo protegerse en caso de un atraco—. No te asustes —se dijo, y aspiró en forma profunda.

El ascensor comenzó a descender otra vez. Con un entrecortado suspiro de alivio, dio un paso ansioso hacia delante cuando las puertas se abrieron.

Él la estaba esperando, con un pasamontañas y los brazos extendidos para detener las puertas. El cuchillo que llevaba en la mano brilló como un hielo bajo la luz fluorescente.

Por un terrible instante, los ojos de los dos se encontraron. Luego ella arrojó el bolso a los pies del hombre.

—Tómelo, por favor, solo tómelo.

—No quiero tu dinero, Ellie —susurró él.

Y, entonces, las poderosas manos la sujetaron.

Repentinamente, la furia y la adrenalina le dieron a Ellie una fuerza irracional. Giró y golpeó al hombre con el codo en el pecho. El apretón se relajó, ella giró de nuevo y logró patearlo.

Él alcanzó a sujetarla por la cola de caballo y tiró de ella, arrastrándola por el suelo. Se arrodilló sobre ella y le sujetó los brazos contra el piso. Ellie lo miró, inmobilizada por el terror, y vio el puño descender sobre ella. Luego, sintió un terrible dolor. Los ojos giraron en la cabeza de la joven, que quedó inconsciente.

Sin aliento, Buck la tomó en brazos. Recogió el bolso, presionó el botón para subir y salió en el cuarto piso. El BMW era el único auto ahí. La arrojó al maletero, la cubrió con una frazada y cerró.

Ya en el asiento del conductor, Buck se quitó el pasamontañas. Todavía respiraba con pesadez al bajar por la rampa y dirigirse a la calle vacía.

Tenía la victoria segura, y Ellie por fin era suya.

Esa tarde, alrededor de las cinco y media, Chan estaba en la cocina, haciendo sonar cacerolas y sartenes, y se quejaba con Terry.

—¿Dónde está todo el mundo hoy? Ellie no ha llegado; Maya, tampoco. ¿Cómo se supone que debo manejar este lugar yo solo? —Enterró molesto el cuchillo de cocina en una pierna de cordero que estaba preparando para asar.

Terry estaba acostumbrada a los berrinches que hacía Chan.

—Maya irá hoy a que le saquen la muela del juicio. Me imagino que Ellie estará con ella. Dijo algo acerca de llevarle caldo de pollo y champaña.

—¿Están tomando champaña mientras yo cuido del lugar por ellas? —resopló Chan—. Solo quiero saber quién va a servir.

Terry sacó del horno unas papas estilo Idaho.

—Jake tomará el lugar de Maya.

—¿Y quién hará el trabajo de Ellie?

—Supongo que ella llegará más tarde.

Chan rebanó la pierna de cordero con gran furia. De pronto, se enjugó una lágrima.

—Pobre Ellie —murmuró—. Lo ocurrido fue una tragedia espantosa, espantosa. Así que tendré que encargarme del café por una noche. ¿Qué remedio?

Dan y Carlos cenaron en un restaurante del valle de Napa. Ya eran las siete de la noche cuando por fin Dan tuvo oportunidad de llamar a Ellie al café, pero ella no se había aparecido aún. Volvió a telefonar a las diez, y le dijeron que todavía no llegaba y tampoco había llamado para avisar dónde estaba. Pidió el número de Maya y lo marcó mientras tamborileaba impaciente.

—¡Hola! No puedo hablar contigo en este momento —dijo la grabación de la voz

de Maya—. Por favor deja tu mensaje cuando escuches el tono.

Frustrado, Dan marcó el número de la casa de Ellie. Allí tampoco respondió nadie.

A las once, Dan lo intentó de nuevo, y otra vez a la medianoche, Ellie seguía sin responder. Con las manos en los bolsillos, se paseó de un lado a otro. ¿Dónde estaba ella?

Una luz cálida y roja brilló dentro de la cabeza de Ellie. Gimió. Sentía un dolor punzante detrás de los ojos. Poco a poco la luz disminuyó hasta convertirse en un gris claro y disparejo mientras ella recobraba el conocimiento.

Estaba acostada en una cama blanda y miraba hacia el techo de madera. La almohada era de raso blanco, y la colcha, de encaje también blanco, estaba adornada con una cinta de color rosa pálido. Había tapetes blancos y mullidos en el piso, una mesa de noche cubierta con un mantel de encaje con velos y guirnaldas con cintas rosadas, y unos pantuflos de raso blanco, adornados con plumas, que la esperaban al lado de la cama. Se preguntó si había muerto y estaba en algún motel en el infierno. Luego recordó.

Temblorosa, bajó las piernas a un lado de la cama y se levantó. Todavía llevaba puestos los pantalones vaqueros negros y la camiseta de ELLIE'S CAFÉ, pero sus botas y su chaqueta habían desaparecido. Miró a su alrededor. Las paredes del cuarto eran de madera oscura, opresiva, como un ataúd. Buscó una ventana. Estaba tapiada. Se dirigió rápidamente a la puerta. No tenía picaporte. Aterrorizada, observó los detalles de la habitación. No había televisor, ni radio ni teléfono. Solo una botella de agua de Evian, un vaso de plástico y un tazón azul con manzanas Fuji.

Abrió la puerta del clóset y encontró una colección de ropa: vestidos, suéteres, pantalones vaqueros, camisetas, lencería, zapatos. Revisó las etiquetas. Todo era de su talla. En la cómoda había una botella de Eau d'Issey... su perfume. Un lápiz de labios Bobbi Brown en tono claro, su color. Ahí estaba su aceite de baño preferido, su loción, su talco...

Él sabía hasta los detalles más íntimos de su vida. Debía de haber estado en su casa y revisado sus objetos personales. Había tocado su vida con aquellas repugnantes manos.

Sintió que las rodillas se le doblaban y se dejó caer en una silla de tocador, de terciopelo rosa, abrumada al darse cuenta de todo.

Le pareció que estuvo sentada durante horas en esa infernal habitación, a la vera de la luz rosada de la lámpara, con un silencio tenso. Le dolía la cabeza y le zumbaban los oídos por la tensión de escuchar para saber si el hombre se acercaba.

Entonces oyó una llave que giraba en la cerradura, y el corazón se le aceleró de miedo. La puerta rechinó mientras se abría lentamente. Inmóvil, miró a su secuestrador. Todavía llevaba puesto el pasamontañas. Se dirigió hacia ella y extendió la mano para tocarle el brazo. Ella se encogió, con un hormigueo en la piel y los ojos

muy abiertos por el terror.

—Me alegra ver que te sientes mejor, Ellie —dijo él—. Me disculpo por haberte golpeado, pero no tuve alternativa.

Esa voz susurrante hizo despertar un recuerdo en la aterrorizada mente de ella, pero no podía precisar de qué se trataba.

—Mi querida Ellie —continuó él con un tono de voz aterciopelada—. Te traje a este encantador sitio porque quiero que seas feliz. Como puedes ver, pensé en todo. Pero si hay algo más que necesites, dímelo y será tuyo.

Ella lo miró atontada.

—Solo quiero que seas feliz, aquí, conmigo —añadió el hombre con amabilidad.

Salió y volvió a entrar con un carrito de servicio cubierto con un mantel blanco de lino y una rosa blanca en un florero de plata.

—Sopa de tortilla —le dijo al tiempo que levantaba el domo plateado que cubría la comida—. Pollo asado frío con ensalada de verduras —abrió una botella de vino y sirvió un poco en una copa para que ella lo probara—. *¿Madame?* —Luego dio un paso atrás e hizo una pequeña reverencia. Ella no dijo nada; él suspiró y salió de la habitación. Cerró la puerta con llave tras de sí.

Lo contundente del ruido de la llave al cerrar la puerta hizo que la sangre de Ellie se le helara en las venas.

Corrió a la mesa y tomó el cuchillo. Lo observó, era de plata: de Christophle. La copa de vino era de Baccarat, y los platos, de porcelana de Limoges. La comida era exactamente la que le gustaba, al igual que el vino.

El estómago le gruñó con un hambre absurda. No tenía idea del tiempo que había estado sin comer, pero de pronto sintió que desfallecía de hambre.

Tomó un trozo del pan que había en la mesita y decidió llevárselo a la boca, pero de pronto pensó: «*¿Y si este hombre es un envenenador? ¿Y si la comida contiene alguna droga?*». Dejó caer el pan y retrocedió. La chica volvió a hundirse en la silla rosada.

Se preguntó si Maya ya habría descubierto su ausencia, pero en ese momento recordó que su amiga había ido al dentista; no iría a trabajar por lo menos en un par de días. Y Dan estaba en Napa, con Carlos. ¿Trataría Chan de llamarla a su casa? Lo dudaba. Chan, contra toda su costumbre, a últimas fechas trataba de no molestarla en lo absoluto.

Le brotaron lágrimas. *Nadie habría notado su desaparición todavía. Nadie estaría buscándola. Estaba sola.*

A las seis de la mañana del día siguiente, Dan ya estaba al teléfono, y luego otra vez a las siete.

—Algo anda mal —le dijo a Carlos—. Tengo que regresar.

Tres horas más tarde, ya de vuelta en el rancho Running Horse, Dan notó que parpadeaba la luz roja de la contestadora telefónica que estaba en la oficina. Mientras

rezaba para que fuera un mensaje de Ellie, Dan apretó el botón para escuchar la cinta.

—Habla Chan, de Ellie's Café. ¿Sabe dónde está ella? No podré abrir otra vez el café yo solo esta noche. Necesito saber dónde está. Por favor, llámeme.

¿Dónde podría estar?

Una hora después Dan conducía por la carretera de la Costa del Pacífico rumbo a Santa Mónica. Llamó a Chan desde el auto.

—Todavía no aparece —le informó Chan en tono desesperado—. Esta noche nos las arreglaremos, pero mañana no. Tal vez yo renuncie mañana.

—No renuncie —le pidió Dan mientras daba vuelta en la calle de Ellie—. Ahí estará ella.

Un par de niños muy pequeños estaba pateando una pelota roja cerca del jardín de la casa de al lado. La calle se veía tranquila, normal, como todos los días. En un instante llegó a la puerta, tocó el timbre y después golpeó con los puños. Todo el lugar estaba envuelto por un siniestro silencio.

—¡Ellie! —gritó.

Los niños vecinos dejaron de jugar y se acercaron.

—No hay nadie —informó un chico rubio.

—¿Han visto a Ellie hoy?

—No, señor. No ha venido por aquí.

—Gracias, chicos. —Dan volvió al auto.

Sonó el teléfono. Maya lo buscó entre un montón de pañuelos desechables y revistas. Tomó la llamada.

—Estoy adolorida, ¿quién es?

—Maya, habla Dan Cassidy.

—Vaya, vaya —sonrió—. El ranchero que logró sacar a Ellie de su letargo. Me imagino que ella estará contigo, y supongo que querrá disculparse. Se suponía que vendría con caldo de pollo y champaña a visitarme. Vaya amiga, ¿verdad? Abandonarme en mi hora de olor.

—Maya, nadie ha visto a Ellie en dos días. Esperaba que estuviera contigo.

—Debes de estar bromeando. No he visto a Ellie desde anteanoche cuando la dejé en el café. ¡Ay, Dan! ¿Qué le habrá pasado?

—Cálmate —le pidió—. Ella está bien, estoy seguro. La encontraremos. En este momento voy a donde la policía.

El detective Mike Farrell, de la policía de Santa Mónica, era un hombre metódico y sin sentido del humor, de cabello ralo y una tez pálida y amarillenta en la que se reflejaban demasiados pastelitos y largas noches en vela.

—Todos los días desaparecen gran infinidad de personas en California —aseguró mientras hacía girar de manera nerviosa un bolígrafo entre los dedos regordetes.

—Sí. —Dan asintió—, pero ¿cuántas personas desaparecidas acaban de sufrir el

asesinato de su abuela hace apenas unas cuantas semanas?

Farrell se sentó muy derecho y apoyó la punta del bolígrafo en una hoja de trabajo.

—¿Salía con alguien más? ¿Alguien a quien usted no conociera?

—No.

—Eso dicen todos. —Mike Farrell sonrió y empujó la silla hacia atrás—. ¿Alguna vez se le ocurrió esto? Puede ser que la muerte de su abuela haya sido demasiado para ella. Tal vez sencillamente no pudo resistir más y se marchó, dejándolo todo.

Dan pensó en el sólido núcleo de confianza en sí misma que impulsara las metas de Ellie y que la había hecho retomar su vida y volver al trabajo en lugar de languidecer en Running Horse.

—Ella no es de las que dejan de luchar.

Farrell asintió.

—Entonces, será mejor que vayamos a buscarla.

Dan se sentía como si fuera otra vez un novato mientras acompañaba al detective Farrell en su Ford negro sin insignias a través del atestado tránsito de Santa Mónica. Esta vez, cuando llegaron a casa de Ellie no había niños jugando afuera, y la calle estaba silenciosa. Un autopatrulla se detuvo tras ellos cuando él y el detective bajaron del auto y caminaron por el sendero de ladrillos para tocar el timbre. Sonó con el mismo repiqueteo hueco de antes.

Farrell tenía una orden de cateo en el bolsillo, y le hizo una indicación al policía que esperaba, para que abriera la cerradura. Una vez dentro, el policía revisó la planta baja mientras Dan corría escaleras arriba.

La cama de Ellie estaba hecha, y su vieja bata rosada se encontraba en una silla cerca de la ventana. Las toallas tendidas en el baño estaban secas, así como el cepillo de dientes y el jabón. Ellie no había estado en casa recientemente.

El letrero de CERRADO pendía de la puerta de ELLIE'S CAFÉ, y había un autopatrulla estacionado afuera, con las luces superiores encendidas. Maya, Chan, Terry, Jake y el chico que se encargaba de lavar los platos estaban sentados a una mesa con Farrell, con un par de oficiales de pie a su lado. Una lámpara brillaba sobre el mantel de cuadros verdes. Dan escuchó mientras cada uno contaba lo que sabía, que no era mucho.

—Mira, hubo demasiado trabajo en el café el viernes por la noche —repitió Chan una vez más—. Cociné la última comida a las once y luego me marché.

—Yo terminé media hora más tarde —dijo Terry—. Luego cené en la cocina y me fui después de la medianoche.

El chico se pasó las manos por el cabello, nervioso.

—Yo, por mi parte, terminé de limpiar. Me fui poco después de que Maya salió.

Farrell fijó los ojos anodinos en el chico.

—Entonces tú fuiste la última persona que vio a Ellie esa noche.

El chico tragó saliva, con el rostro encendido por el pánico.

—Nunca lo pensé. No lo sé. Oí a Ellie decirle a Maya que se fuera a casa. Luego sonó la campanilla cuando esta se marchó. Tal vez entró alguien más.

—¿Adónde fuiste al salir del café?

—A Victor's. Es un club. Siempre voy ahí.

—Entonces tal vez alguien te haya visto ahí.

—Sí, claro, por supuesto... —Al menos, era lo que esperaba.

—¿Maya? —Farrell miró inquisitivo a la amiga de Ellie.

—Esa noche me dolía mucho la muela —explicó. Todavía tenía la cara hinchada y los ojos rojos de tanto llorar—. Por lo general me quedo para ayudar a Ellie con la limpieza. —Maya se tapó los ojos con desesperación—. ¡Oh, Dios! No debí haberla dejado sola.

—¿Sabes dónde estaciona su auto? —preguntó Dan.

Ella levantó la cabeza y miró a Cassidy con los ojos nublados por las lágrimas.

—En el estacionamiento de varios niveles que está a un par de cuadras de aquí. Generalmente, cuando se hace tarde, va por el automóvil y lo deja en un parquímetro aquí en la calle, pero esa noche no lo hizo...

Encontraron el Cherokee verde en el tercer piso, cerrado y vacío, tal como Ellie lo había dejado desde el viernes. Entonces, Dan tuvo la certeza de que ella se encontraba en serios problemas.

Farrell se movió a toda prisa después de eso. En cuestión de minutos ya había policías por todo el lugar, que hablaban con los dueños de otros autos que iban a recogerlos, y les preguntaban si eran clientes regulares y si habían estado ahí el viernes.

Descorazonado, Dan los dejó trabajar. Aprovechó el tiempo para registrarse en el Hotel Loews en Santa Mónica, después fue a un bar y pidió un *whisky*. En el televisor estaba el juego de los Lakers, pero no pudo interesarse en él. Tenía la mente y el corazón fijos en Ellie mientras repasaba una y otra vez lo que sabía.

Cuando el juego terminó, comenzaron las noticias. Dan sintió un nudo en el estómago al ver aparecer el rostro de Ellie en la pantalla. Terminó su bebida, pagó la cuenta, fue a su habitación y llamó a Piatowsky.

—¿Qué me cuentas? —Era una noche tranquila en la jefatura.

—No encontramos a Ellie. Creo que la secuestraron —rápidamente Dan le dio todos los detalles.

—¿Crees que se trate del mismo tipo?

—Es posible.

—Tomaré el vuelo de la noche para allá. Estaré contigo mañana temprano —titubeó—. Dan...

—¿Sí?

—Aguanta vara, Cassidy.

Dan colgó el teléfono. Sentía angustia en la boca del estómago. Tenía que encontrar a Ellie.

Debía de ser de mañana cuando el hombre entró en la habitación, porque esa vez le llevaba un desayuno.

—Hay jugo, granola, leche descremada, pan tostado integral, mantequilla y arándanos en conserva. Hay café recién hecho en el termo —la miró—. Por favor, disfrútalo, Ellie —dijo en voz baja. Luego volvió a dejarla sola.

El aroma del café y el pan tostado se burlaban de la joven desesperada. Tenía tanta hambre que casi podía saborearlo. Se levantó y se miró al espejo. Tenía el cabello revuelto y la mandíbula inflamada, con varios moretones púrpuras y amarillos. Abrió la botella de agua de Evian y bebió un largo sorbo. Ansiaba tomar un baño, pero no se atrevía a desvestirse por temor a que él regresara. Se cepilló los dientes y se peinó. Luego se acostó en la cama y contó los minutos, tratando de pensar en algo que pudiera hacer.

Estaba sentada en la silla rosada cuando él volvió a la habitación con el carrito de servicio y la comida. Quitó el domo plateado y movió el rostro enmascarado hacia ella.

—Es caldo de pollo, Ellie —le dijo con un susurro ronco—. Pensé que podría tranquilizarte. También traje pan francés y una ensalada de verduras. Y un poco de vino.

Lo siguió con la mirada hasta la puerta. El hombre no se volvió.

—¿Quién es usted? —preguntó desesperada, frenética. Tenía que saberlo.

Él se volvió al fin y le sonrió detrás de la máscara.

—Soy tu amigo, Ellie —le dijo. Luego salió y volvió a cerrar la puerta con llave.

Agotada, Ellie se dejó caer en la silla. Miró la apetitosa comida que tenía enfrente. Se encontraba débil, hambrienta, y ahora ya no le importaba si la comida estaba envenenada. La mano le tembló al tomar una pieza de pan. Se le atoró en la garganta reseca, y casi se ahoga. Bebió un poco de vino y comió con dificultad otro poco de pan. Luego fue a la cama y se acostó a esperar para ver si moría.

Las horas pasaron. ¿Había estado ahí más de dos días? ¿Tal vez tres? Seguramente Maya estaría buscándola. Dan la llamaría por teléfono, y Chan no podría manejar el restaurante solo.

Enfadada por su propia impotencia, tomó la copa de Baccarat y la arrojó contra la pared. El recipiente se hizo mil pedazos con gran estrépito. Luego tomó los platos de Limoges y también los arrojó. Después corrió al clóset, sacó la ropa y la tiró al piso. Alentada por la furia, tomó la botella de vino tinto y la vació sobre la cama blanca de encaje y raso.

Asustada, miró con los ojos muy abiertos cómo la mancha roja se extendía. Era su pesadilla que se convertía en realidad, la sangre que manaba de la cama para

ahogarla. Comenzó a gritar.

Buck llegó corriendo. Observó los platos rotos, la cama arruinada, todos los objetos primorosos que había comprado especialmente para complacerla. Flexionó los fuertes dedos, rodeó la cama y fue hacia ella.

A toda prisa, Ellie dio un paso atrás. Un paso más y su espalda se encontró con la pared. El hombre estaba tan cerca que la joven respiraba su aliento.

Tenía las manos sobre ella.

—¡No! —Estaba atrapada contra la pared y movía la cara de un lado a otro—. ¡No, no, no...!

De pronto, tras él pudo ver un hilo de luz; el hombre había dejado la puerta abierta. Aquel repentino atisbo de libertad le dio fuerza, y la joven logró deslizarse entre los brazos de su secuestrador, lo sujetó de las piernas y tiró de él. El tipo cayó a su lado. Ellie se incorporó y se lanzó con rapidez hacia la puerta. Él la atenazó del brazo y la arrastró de regreso.

El hermoso tenedor de plata Christophle brilló a la luz de la lámpara. Instantes después ella lo tomó. Percibió la suave sensación del tenedor que se hundía en la carne del sujeto y escuchó un grito de dolor. Él dio unos pasos tambaleantes hacia atrás, mientras le manaba sangre de la cavidad del ojo. Ellie corrió.

El hombre aulló de dolor, pero incluso herido era rápido. Logró detenerla y le golpeó con fuerza el rostro; ella no gritó. Solo permaneció inmóvil, mirándolo.

Lo miraba en la misma forma en que lo había hecho su abuela. Con odio, con desprecio. Como si él no valiera nada.

Buscó a su alrededor algo con qué atarla. Arrancó la lámpara del enchufe en la pared y con el cable le ató a Ellie las muñecas a la espalda. La miró un momento y luego, con la respiración agitada, se quitó lentamente el pasamontañas del rostro cubierto de sangre.

Por un largo y espantoso momento, Ellie lo miró.

—Ed Jensen —susurró sin poder creerlo—. Pero ¿por qué?

Sin responderle, él abandonó la habitación. Poco después regresó con una cuerda. Ató los tobillos de Ellie y luego cortó el cable eléctrico y volvió a sujetarle las muñecas a la espalda.

La miró.

—¡Oh, Ellie, Ellie! ¡Qué mujer tan tonta eres! —suspiró. Luego la tomó en brazos y la llevó por un corredor hasta otra habitación, donde la arrojó en un sofá.

Con cautela, ella volvió el rostro hacia la luz. Estaba en una cabaña de troncos. Por la ventana alcanzaba a ver un paisaje montañoso y el cielo gris. Árboles y silencio. Estaba en alguna parte donde nadie podría hallarla. Ni siquiera encontrarían su cadáver, porque ahora estaba segura de algo: Ed Jensen iba a matarla.

Él arrastraba algo y resoplaba al tratar de meterlo en la habitación. Era una gran caja de madera. Se acercó a Ellie, la levantó del sillón, la llevó al otro lado del cuarto y la dejó caer en la caja.

Indefensa, ella se acurrucó en el fondo, como una muñeca rota, con las rodillas dobladas y los brazos torcidos por detrás. Levantó la cabeza y miró aquel rostro ensangrentado. Luego él cerró la tapa.

Ellie lo oyó clavar la caja. Lo escuchó caminar por la cabaña; después, una puerta pesada se cerró. Escuchó el clic de la cerradura; todo fue oscuridad.

Cuando Pete Piatowsky pudo observar a Dan Cassidy al llegar al aeropuerto, pensó que su amigo lucía más bien como un hombre atormentado: parecía no haber dormido y tenía la ropa arrugada, la barba crecida y el cabello revuelto.

—Puedo apostar a que ese desgraciado ya la conocía —dijo Dan después de repasar otra vez la historia con su mejor amigo—. Estaba oculto, esperándola. Lo sé.

—Pero, tiene que haber un motivo. ¿Qué te parece un rechazado? ¿Hay algún exnovio metido en esto?

Dan iba conduciendo el Explorer entre el pesado tránsito que rodeaba el aeropuerto.

—Nunca me contó de ninguno.

—¿Y algún tipo obsesionado?

—Supongo que es posible, aunque ella trabaja todo el tiempo. ¿Quién podría estar con ella el tiempo suficiente como para llegar a obsesionarse?

—¿Y si fuera una venganza?

—¿Crees que alguien estuviera resentido con ella?

—Sí; por ejemplo, alguien que trabajara en el café.

—Ella y el *chef* discuten todo el tiempo, pero eso todos lo saben. A los demás, igual que a ella, les agrada trabajar ahí.

—Entonces, ¿quién saldría ganando con la muerte de Ellie?

La palabra «muerte» hizo que un estremecimiento recorriera la espalda de Dan.

—No posee nada de gran valor, salvo la casa y las antigüedades de su abuela.

—Y no olvides las ocho hectáreas de excelente tierra en una de las pequeñas comunidades más ricas de California. Apuesto a que vale varios millones.

Dan recordó que Ellie no había querido deshacerse de la casa. En ese momento deseó con toda su alma que la hubiera puesto en venta inmediatamente, para dejar atrás sus recuerdos y poder continuar con su vida.

—Me dijo que no tenía parientes: ni primos lejanos, ni tíos en países remotos ni nada parecido.

—Entonces, ¿quién sería el beneficiario? —volvió a preguntarse Piatowsky.

—Tal vez lo sepan los contadores de los Parrish —contestó esperanzado Dan—. No van a revelar los secretos familiares a un rancharo, pero tal vez sí quieran hablar con un policía.

Las lujosas oficinas de Makepeace y Thackray, los contadores de la señorita Lottie Parrish, estaban en un rascacielos de Century City. La alfombra era de un tono

apagado de gris, y los escritorios eran sólidos y caros.

Era obvio que la elegante recepcionista no estaba acostumbrada a tratar con detectives, y tampoco el señor Harrison Thackray. Tenía más de cincuenta años, era alto, de tez bronceada, serio, formal y con una muy bien peinada cabellera plateada. Les estrechó la mano y los invitó a sentarse. Entonces, Dan dejó que Piatowsky condujera la charla.

—Investigo la desaparición de Ellie Parrish Duveen —comenzó Piatowsky.

—Algo terrible, terrible —comentó Thackray mientras movía la cabeza—. Después de lo que le ocurrió a la señorita Lottie, sucede esto... es demasiado.

—Señor Thackray, Ellie comentó que su abuela aportaba dinero a varias obras de caridad y que recientemente se había visto obligada a dejar de hacerlo. Nos gustaría echar un vistazo a esa lista de obras benéficas, si no le molesta. —Harrison Thackray titubeó, así que Piatowsky le dirigió su sonrisa indulgente como de niño pequeño—. Solo queremos verla, ¿entiende usted?

Thackray presionó el botón del intercomunicador e indicó a su secretaria que le llevara el expediente Parrish.

—Tendré una reunión en cinco minutos, caballeros. Mientras, pueden utilizar la sala de conferencias para revisar el expediente.

La lista era larga, y casi todos los nombres eran de mujeres. Dan supuso que debía de tratarse de viejas amigas a las que la señorita Lottie ayudaba. También se mencionaba el pabellón de niños en el hospital local, el asilo para animales y otras obras de beneficencia locales. Casi al final de la tercera página Dan encontró un nombre que lo hizo recordar algo. Levantó la mirada.

—¿Has oído hablar alguna vez del Sanatorio Hudson?

—¿El hospital de máxima seguridad para psicópatas? ¿Qué tenía que ver Charlotte Parrish con un lugar como ese?

—Eso quisiera saber. —Dan revisó entre los papeles hasta que encontró el que buscaba—. Estuvo pagando las cuentas de alguien que permaneció ahí durante años. Según esto, más de veinte.

Encontró la página y siguió leyendo. Miró a Piatowsky.

—¿Recuerdas aquella noche que encontramos a la prostituta muerta y te dije que investigaras qué loco había salido de prisión recientemente? Bien, pues no salió de prisión. Salió del Sanatorio en Hudson porque se suspendió el pago de sus cuotas. Y se llama Patrick Buckland Duveen.

Sus miradas se cruzaron al tiempo que los dos recordaban la palabra DUVEEEEEEE que estaba escrita en la pantalla de la computadora de la señorita Lottie.

—¡Lo encontramos! —exclamó Piatowsky.

Capítulo 9

El anuncio de neón que parpadeaba al lado de la carretera 101 llamó la atención de Buck: MOTEL AVALON. Era un deteriorado edificio de madera de un solo piso, y solo había otro auto estacionado enfrente. Eso era precisamente lo que necesitaba.

Se miró en el espejo retrovisor. Tenía el ojo derecho prácticamente cerrado y sangre en el suéter. Se quitó esa prenda y dejó al descubierto una camiseta negra; luego se limpió la sangre seca del rostro, se arregló un poco el cabello y se puso lentes oscuros. Con la navaja en la mano caminó hasta la diminuta recepción.

—Buenas —dijo el viejo que estaba detrás del mostrador, apenas apartando la mirada del televisor—. La habitación cuesta veinte dólares; la salida es a las once.

—Está bien. —Buck le entregó el dinero.

El viejo tomó una llave de un tablero que tenía detrás.

—Es la veintitrés, a la izquierda.

Buck se estacionó en el lugar que estaba frente a la habitación veintitrés y abrió la endeble puerta. La delgada alfombra café tenía varias manchas y el cuarto olía a viejo y a desodorante ambiental barato. No se parecía en nada al Biltmore. Arrojó las llaves sobre la cama, se quitó el resto de la ropa y se metió en la ducha. Sentía que el agua caliente caía como alfileres en el ojo herido, pero él casi no lo notaba. Pensaba en Ellie, que estaba encerrada en la caja.

La furia le aceleró el pulso. Debió haberla matado en ese mismo momento, pero no pudo. Necesitaba torturarla; quería venganza. Lloriqueó enloquecido. Además, la amaba.

Después de un rato salió de la ducha, volvió a vestirse y fue a buscar una tienda de licores. Media hora más tarde estaba acostado en la cama y bebía Jim Beam directamente de la botella. Tenía el televisor encendido, pero no lo veía. Miró la hora. Ellie llevaba encerrada en la caja casi cinco horas. Tomó otro trago de *whisky*. Esperaba que ella estuviera disfrutando.

Ellie no tenía luz, ni ruido, ni espacio para moverse. La claustrofobia le hizo sentir una opresión en el pecho; la garganta se le había cerrado por el miedo, y tenía el cabello empapado en sudor.

Se movió un poco, y la cuerda se le enterró con crueldad en los tobillos. Estaba en posición fetal, con las rodillas bajo la barbilla, la cabeza inclinada y los brazos torcidos, atados a la espalda. El dolor que sentía en los hombros era en verdad terrible, pero al menos evitaba que se desmayara. Necesitaba continuar despierta, permanecer alerta, si quería seguir viva.

La fuerte imagen de Dan Cassidy flotó frente a ella. Anhelar su presencia la hacía sentir débil: su tibieza, la seguridad de aquellos brazos, el saber que ella le importaba.

Era seguro que él estaría buscándola; pero ¿cómo podría hallarla en ese lugar olvidado de Dios? Nadie podría encontrarla. Era lo mismo que estar muerta.

En el sanatorio Hudson, Hal Morrow no se sorprendió al recibir la llamada referente a Buck Duveen; en cierta forma casi había estado esperándola desde que vio marcharse al hombre. Sin embargo, todo lo que escuchó lo dejó pasmado.

—No sabía nada de la muerte de Charlotte Parrish —le dijo a Dan—, pero no me cabe la menor duda de que él lo hizo.

—¿Cuál es la relación de Duveen con los Parrish?

—Déjeme ver... todo esto sucedió hace más de veinte años. Tengo que ponerme al corriente. —Morrow revisó algunos papeles—. ¡Ah! Ahora recuerdo. Buck es hijo de Della y Rory Duveen, del primer matrimonio de este. Después, Rory se casó con Romany, la hija de Charlotte Parrish.

Dan estaba conmocionado.

—Buck es medio hermano de Ellie.

—Así es —continuó Morrow—. Aquí tengo toda la historia. Al parecer, él fue a Journey's End a reclamar la herencia de su padre, pero este no tenía dinero. Todo era de Romany, y ella lo había gastado. No les quedaba nada. Buck enloqueció y trató de matar a Charlotte Parrish, pero su nieta, Ellie, estaba en la habitación. Los gritos alertaron a los sirvientes. La señora Parrish se negó a presentar cargos en contra de Buck. Era medio hermano de Ellie, y no iba a permitir que manchara el apellido, así que decidió internarlo. Se trata de un psicópata, y es absolutamente capaz de cometer los crímenes que usted me ha descrito.

—Entonces, ¿por qué diablos lo dejaron salir?

—Créame que me gustaría no haberlo hecho. —Morrow suspiró—, pero esta es una institución privada; cuando se suspendió el pago de las cuentas, no tuve otra alternativa. Además, tampoco tenía pruebas de que él hubiera cometido un crimen. Los hospitales de Nueva York no quisieron aceptarlo; ya están repletos.

—Las circunstancias lo pusieron en la calle.

—Así es. —Morrow asintió—. Pero sí tengo una fotografía suya reciente; puedo adelantarle que es un hombre muy alto. Mide uno noventa, pesa cien kilos y tiene el cabello ondulado color rojo cobrizo. Tiene los ojos oscuros y es muy fuerte.

Dan colgó el teléfono y le dijo a Piatowsky todo lo que Morrow le había informado.

—Ahí tienes tu motivo —concluyó Dan.

Piatowsky asintió.

—Con la señorita Lottie y Ellie fuera del camino, Buck Duveen podría reclamar de manera legítima la herencia, como el último de los Parrish y los Duveen. —Pete comenzó a caminar de un lado a otro—. Entonces, ¿por qué simplemente no la mató en el café? ¿O en el estacionamiento?

Dan recordó la fotografía de Ellie, que desapareció de la habitación de la abuela

muerta.

—Porque está enamorado de Ellie —susurró en voz baja—. Está obsesionado con ella. Debió de seguirla, registrar cada uno de sus movimientos. Buck Duveen tiene todos los motivos: dinero, venganza, pasión, obsesión. Solo podemos esperar que no la haya matado... todavía.

ELLIE'S CAFÉ estaba cerrado, no porque Chan hubiera renunciado sino porque nadie tenía ánimos de trabajar.

Farrell había vuelto a reunirlos, y estaban sentados alrededor de una mesa, examinando la fotografía de Buck Duveen.

Chan, Terry y el chico no sabían nada, porque casi nunca veían a los clientes. Jake juraba que, de haberlo visto, lo recordaría.

—Siempre recuerdo las caras —dijo.

Maya observó la foto con atención, tenía el deseo ferviente de poder decir: «sí, lo conozco». Sin embargo, no era así.

—Había un tipo que rondaba a Ellie, pero no se parecía a este.

Dan prestó atención.

—¿Cómo era?

—Muy alto, atractivo, supongo, en una forma extraña... me refiero a que tenía la piel muy blanca... y cabello oscuro y bigote. Usaba lentes oscuros. Le dije a Ellie que me parecía un tipo retorcido, pero ella me contestó que tal vez el sujeto se sentía solo.

Dan le puso la fotografía frente a la cara.

—Ponle bigote a este rostro, Maya. Imagínalo con cabello negro y lentes oscuros.

Maya miró de nuevo la fotografía. Luego asintió.

—Se llama Ed Jensen —se estremeció—. Tiene la mirada más fría que yo haya visto nunca —al pensar que ese hombre tenía a Ellie en sus garras, Maya comenzó a sollozar.

—Tienes que comer. Tienes que dormir aunque sea un poco. —Piatowsky estaba sentado frente a Dan en el bar del hotel—. Por lo menos toma una ducha y cómprate una camisa limpia.

Dan se derrumbó, exhausto, en la silla.

—No puedo soportar el no hacer nada. Solo puedo pensar en ella. Oigo su voz en la cabeza. —Dan se quedó mirando al vacío, desolado.

—Entonces, ¿dónde crees que pueda haberla llevado? —preguntó ansioso Piatowsky.

Dan frunció el entrecejo.

—Debe de haber un lugar especial, un sitio que tenga un significado especial para él.

El teléfono celular sonó, y Dan respondió de inmediato. Era Mike Farrell.

—Solo quería pasarle un dato. Investigamos acerca de la madre de Duveen. La

asesinaron cuando él aún estaba en la universidad. La estrangularon. Tenía una cruz grabada en la frente. Duveen heredó todo lo que ella poseía... aproximadamente cien mil dólares después de la venta de la casa. Nunca sospecharon de él, y el caso sigue abierto.

Buck despertó de un sueño alcohólico profundo. Sentía la cabeza pesada, como rellena de plomo, y el ruido del televisor, a manera de una lima de acero, le rasgaba los nervios hipersensibles. Poco a poco, la voz del locutor lo alcanzó.

Este es el rostro del hombre que se sospecha secuestró a la heredera Ellie Parrish Duveen. Mide uno noventa, es de tez clara, pelirrojo, probablemente tenga el cabello teñido de negro. Lo que les presentamos es el retrato que hizo un dibujante de cómo lucía la última vez que fue visto.

Buck se sentó como impulsado por un resorte. Vio su propio rostro en la pantalla.

El sospechoso se llama Patrick Buckland Duveen, alias Ed Jensen, y también se le busca por las muertes de Charlotte Parrish y su ama de llaves, María Nogales. Además, se cree que es responsable de haber estrangulado y mutilado a tres prostitutas. Está armado, y es peligroso. Si ha visto a este hombre, llame a la policía al siguiente número...

Buck se levantó de un salto rápido. Creía haberlos engañado a todos. Pensaba que había ganado y que el premio sería suyo.

Sentía la sangre pulsarle en los oídos, y se apoyó contra la pared, tratando de tomar aire. Por fin se calmó, se vistió, avanzó con dificultad hasta el auto y condujo otra vez montaña arriba.

Ellie estaba exhausta, pero no podía dormir, porque temía que de hacerlo nunca despertaría. Nunca volvería a ver el cielo ni a sentir el calor del sol... pero lo peor de todo era que nunca volvería a besar a Dan Cassidy...

Al escuchar que la madera crujía otra vez, levantó la mirada.

El hombre quitó la tapa y la luz penetró, cegadora. Jadeante, Buck sacó violentamente a Ellie de la caja. Los músculos acalambrados de la chica se negaron a cambiar de posición, acto seguido, la joven cayó de rodillas. No podía moverse, no podía ver. Estaba completamente indefensa.

«El señor es mi pastor, nada me faltará. Él me ha colocado en lugar de verdes pastos», su cerebro divagaba entre la realidad y la fantasía. Era una niña otra vez, y la señorita Lottie le leía el hermoso salmo.

Buck Duveen la observó, arrodillada en el suelo, con la larga cabellera roja, el cuerpo otrora gracioso y los miembros ensangrentados donde la cuerda la había

lastimado. Su chica ideal: sucia, herida, derrotada. El momento era perfecto.

Se arrodilló a su vez y la empujó con brutalidad al suelo. Los fuertes dedos la sujetaron de la garganta y oprimieron. Jadeó excitado, en espera de que ella gritara, de que ella hiciera aumentar su emoción al suplicar.

Pero ella no estaba lo bastante asustada, no gritaba ni suplicaba que la dejara vivir. Así no tenía caso.

El acre olor del sudor rancio del sujeto llegó hasta la nariz de Ellie cuando él la levantó y la sacó de la habitación. Estaban afuera, y ella podía aspirar el aire fresco. Buck arrojó a Ellie al frío asiento de cuero del convertible.

El aire fresco que llegaba comenzó a reanimarla. El dolor en sus músculos la atormentaba, pero al menos estaba viva.

El convertible se sacudía violentamente de un lado a otro mientras bajaban por el empinado camino de la montaña. El hombre conducía el vehículo a una velocidad peligrosa. De pronto giró el volante a la derecha. El automóvil comenzó a dar vueltas, y los neumáticos rechinaron.

Ellie gritó con desesperación. Era la segunda vez en su vida que se veía salir disparada de un auto que se estrellaba en el fondo de un precipicio.

Sin embargo, el vehículo alcanzó a detenerse a escasos centímetros del borde. Buck se volvió para mirarla. Había maldad en aquellos ojos negros.

—¿Reconoces el lugar, Ellie?

En ese momento, el recuerdo que había permanecido dormido en la memoria de la joven durante más de veinte años emergió con gran fuerza.

Había visto antes aquellos ojos, cuando tenía cinco años y él estaba inclinado sobre el motor del Bentley blanco de su padre. Ella le preguntó qué hacía y él bajó rápidamente la tapa del motor.

Se llevó un dedo a los labios y le sonrió.

—Calla, es un secreto entre nosotros —le susurró—. Tú sabes guardar un secreto, ¿o no?

Ellie lo miró.

—Claro que sí —le respondió la niña con tono de molestia—. Logré guardar el secreto de mis regalos de Navidad, a pesar de que me moría por contarlos.

—Bueno, esto es lo mismo. Solo que los dos tenemos que guardar el secreto. Promételo.

—Lo prometo —había aceptado la pequeña con renuencia. Se puso la mano sobre el corazón y declaró que antes muerta que contar el secreto, y él soltó una breve carcajada por algún chiste que no comprendió.

—Entonces adiós, Ellie.

La niña se volvió y corrió por el arenoso camino caliente, de regreso con su madre. Y todo estuvo bien otra vez en su mundo.

Hasta unas horas más tarde, cuando todo cambió.

—Tú los mataste —dijo entonces Ellie—. Tú descompusiste los frenos.

Buck asintió con una perezosa sonrisa. Ya la tenía.

—¿Quién eres?

—¿De verdad no lo sabes? Entonces permíteme que me presente. Soy Buck Duveen, tu medio hermano.

La mente de Ellie quedó en blanco por la sorpresa. Sabía que Rory había estado casado antes, pero nunca supo que hubiera tenido un hijo.

—Rory también era mi padre. Él lo tenía todo y yo, en cambio, no tenía nada. Por eso, con ellos fuera de mi camino, hubiera heredado su fortuna. Y, contigo muerta, yo me convertiría en el único heredero. Por desgracia, tuve que esperar más de veinte años para terminar mi trabajo.

Ellie cerró los ojos, incapaz de resistir la fría mirada que veía. Él le sonrió, como aquella noche en la biblioteca, cuando ella lo vio tratando de matar a su abuela por primera vez.

La expresión de Buck cambió. La miró anhelante.

—Pero no es necesario que mueras, querida Ellie. Sabes que te amo. Podríamos tener una vida maravillosa juntos.

Ella lo miró a los ojos.

—Asesino —le escupió las palabras.

Los ojos de Buck brillaron con furia; luego se volvió para mirar el precipicio, con los puños apretados y el rostro convertido en una máscara sin expresión. Ellie se dio cuenta de que había firmado su sentencia de muerte.

Desesperada, pensó en Dan, a quien nunca volvería a ver.

«Dan, —dijo en su corazón—, sé que nunca te lo dije, pero sí te amo. ¡Ay! Espero que lo sepas, Dan. Dan, mi amor...».

Buck encendió el motor del automóvil y Ellie abrió los ojos muy grandes para echar un último vistazo al cielo azul claro, su última mirada a la vida.

Entonces el automóvil volvió al camino, y nuevamente se dirigieron montaña abajo, demasiado rápido, patinando en las curvas.

No estaba muerta solo porque Buck tenía otro plan.

DAN MIRÓ A Piatowsky.

—Vayamos a caminar.

La noche era fresca y sin luna, y el centro comercial de la Third Street en Santa Mónica todavía estaba repleto de gente joven. Los dos hombres caminaron por Ocean Avenue y llegaron a la playa, entre las palmeras. Dan ni siquiera las vio. Otra vez repasaba en su mente todo lo que sabía acerca de Buck Duveen. Buck quería venganza; quería Journey's End. Y estaba lo bastante loco como para...

—Vamos —dijo de pronto. Piatowsky lo miró con cansancio.

—¿A dónde? —preguntó.

Dan suspiró.

—A Journey's End. —Dan corría—. A donde todo comenzó.

Cuando Buck llegó al pie de las colinas, detuvo el convertible negro y bajó. Bajó a Ellie a rastras del asiento trasero, abrió el portaequipaje y la encerró en él.

La claustrofobia atacó de nuevo a Ellie. Cerró los ojos con fuerza. Tenía que asirse a algo. Tenía que pensar.

Otra vez se dio cuenta de que el sujeto iba muy rápido y la lanzaba de un lado a otro al tomar las curvas. De pronto Ellie experimentó un dolor agudo y punzante y se dio cuenta de que la sangre le corría por el brazo. Se preguntó confusa si estaría muy lastimada, pero entonces pensó que tal vez ya no importaba. De cualquier manera, pronto iba a morir.

La furia la invadió. «*No quiero morir. Me niego a morir*».

Pateó violentamente, retorciendo los pies contra la cuerda hasta que sintió que esta se le enterraba en carne viva. La sangre seguía manándole del brazo, con pasmosa lentitud; recordó el borde agudo que la había cortado.

Se arrastró y buscó con los dedos. Era una pala. Esta era la pala con la que él pretendía enterrarla.

Sollozó desesperada mientras movía de un lado a otro las manos atadas contra el afilado borde, sin importarle si se cortaba las muñecas... era mejor morir así que sentir aquellas manos repugnantes en el cuello.

De pronto la cuerda se rompió. La joven se desplomó hacia delante, con lágrimas de alivio que le corrían por el rostro. Se encogió un poco más, tomó la pala como pudo y comenzó a cortar la cuerda que la sujetaba de los tobillos. El sudor se le metía en los ojos. No veía nada. Solo podía guiarse por el tacto. El auto seguía tomando las curvas a toda velocidad, lo que hacía más difícil frotar la cuerda en el borde afilado. Movié la pala con desesperación, cada vez con más fuerza, hasta que por fin se liberó.

En ese momento el aire se sentía muy denso. Cada aspiración era un jadeo. Sabía bien que no le quedaba mucho tiempo.

Se movió en el reducido espacio hasta que quedó de rodillas, con la pala sujeta con las dos manos. «*No voy a morir, no voy a morir...*» repitió aquellas palabras una y otra vez, con la esperanza de que le duraran las fuerzas.

El Explorer devoraba los kilómetros, pero Dan sabía que el tiempo se agotaba. Tenía que encontrarla. Ellie confiaba en él.

Piatowsky lo miró.

—¿De veras crees que estará ahí?

Dan reflexionó.

—Lo siento en los huesos; sé que volverá a la escena del crimen.

Lo que realmente quiere es Journey's End. Apuesto a que ha soñado con eso todos los años que pasó en el Hudson —se encogió de hombros, cansado—. Es

nuestra única oportunidad.

Por fin, Ellie sintió que el auto se detenía. Escuchó que el motor seguía encendido, y supuso que estaban en un semáforo. Tal vez pudiera golpear el portaequipaje con la pala para llamar la atención, pero no se escuchaba ningún otro auto. Entonces dieron vuelta a la izquierda y comenzaron a subir una colina. Levantó la cabeza muy atenta. Conocía cada vuelta de ese camino. Ya sabía a dónde la llevaba.

Los neumáticos rodaron sobre la grava; luego, el auto se detuvo. Oyó al hombre bajar, cerrar la puerta y acercarse. Poco a poco se fue abriendo la tapa del portaequipaje.

Ellie gritó y golpeó a Buck con la pala en el rostro. Él se sujetó la cabeza con un alarido de dolor. Ella cayó al salir del portaequipaje, y con dificultad se puso de pie. El hombre venía hacia ella con los brazos extendidos.

«¡Oh, Dios! ¡Por favor, ayúdame!», clamó ella. Volvió a golpearlo con la pala, que se estrelló con un crujido contra el cráneo de Buck, y esta vez logró tirarlo al suelo.

El miedo le puso alas en los pies. Corría para salvar su vida, pero estaba muy débil y tenía los músculos entumidos por haber pasado tanto tiempo en lugares tan estrechos.

—¡Estás muerta! —le gritó él.

Ellie salió del camino y trató de abrirse paso entre los árboles, aunque iba tropezando con las raíces de algunos de ellos. Se detuvo y esperó para escuchar si el hombre la seguía. Todo estaba muy oscuro; se internó más en el bosquecillo. Una rama crujió bajo sus pies. Se apoyó contra un árbol, sentía que el corazón estaba a punto de salirsele del pecho.

Él la sujetó por la garganta.

Ellie podía sentir el calor del aliento del hombre en las mejillas y el frío acero de un cuchillo en el cuello. Cerró los ojos y esperó...

—Camina —le ordenó.

Ella avanzó con dificultad, frente a él, hacia la casa; permaneció de pie, temblando, mientras él trataba de abrir la puerta de la cocina. Luego la hizo entrar de un empujón y cerró la puerta con seguro. No había luz, pero Ellie conocía tan bien su hogar que hubiera podido recorrerlo con los ojos cerrados.

Buck la empujó frente a él, hacia la biblioteca. Encendió una lámpara; tenía en los ojos negros un brillo helado cuando la miró.

—Arrodíllate —señaló un lugar cerca del escritorio. Ella lo vio sin decir palabra—. ¡Dije que te arrodillarás! —La arrojó al piso y le oprimió el rostro contra la hermosa alfombra turca de seda roja.

Tenía a Ellie Parrish Duveen a su merced. Y ella sabía ahora que no había en él misericordia alguna.

Buck levantó la cabeza al escuchar el ruido de neumáticos sobre la grava de la colina. Sintió un nudo de miedo en el estómago. Podía matarla en ese momento y detener su plan, pero entonces su venganza no estaría completa. Podrían atraparlo y hacerlo prisionero otra vez.

Los hombres golpeaban la puerta principal y gritaban el nombre de Ellie. Buck la tomó en brazos y la llevó al piso de arriba, al cuarto de la abuela. Cerró la puerta con seguro y la arrojó a la cama.

Sacó de los bolsillos varias latas de líquido para encendedor. Él había planeado usarlas para quemar el auto cuando todo hubiera terminado. Sin embargo, comenzó a vaciarlas en la alfombra y sobre los muebles. Luego se tendió al lado de Ellie en la cama. Ella lo miró horrorizada.

—Te amé de verdad, Ellie —dijo. Luego la besó.

Ella saltó a toda prisa de la cama. Él se rio cuando la chica se arrastró hasta el alto ventanal y tanteó desesperada el picaporte. Estaba cerrado. Ellie buscó la llave con los dedos. No estaba.

Atrapada, se volvió para verlo arrojar un fósforo al suelo. Entonces, en un instante, la habitación estalló en llamas.

Dan la vio. Era una sombra oscura contra el resplandor rojo brillante. Le gritó:

—¡Ellie, Ellie, rompe la ventana, por favor salta! —Pero ella no podía oírlo, no lo veía y ni siquiera sabía que él estaba ahí.

Piatowsky se apresuró a buscar una escalera; entre tanto, Dan corrió al Explorer, lo dirigió a la terraza y lo colocó bajo el balcón. Luego subió al techo del vehículo. Una vieja higuera crecía al lado de la pared; podría sujetarse de ella si el árbol resistía su peso.

Tomó la rama más gruesa y se impulsó hacia arriba. La madera crujió, así que Dan saltó a la barandilla del balcón y quedó colgado con una sola mano, suspendido en el aire. El sudor le perlaba la frente; su mano resbalaba.

Buck reía a carcajadas. A través del humo, Ellie vio aquellos ojos dementes iluminados por el rojo resplandor del fuego cuando se lanzó hacia ella y la arrastró de nuevo hacia la cama. El humo la ahogaba, le quemaba los pulmones. El mundo se tornó negro. «Voy a morir después de todo».

De repente, la ventana explotó hacia dentro. El fuego, avivado por el oxígeno, convirtió la habitación en un infierno. Ellie estaba aturdida y no podía enfocar las imágenes. Por un momento creyó ver a Dan de pie en la ventana, con Piatowsky detrás.

Rápido como una pantera, Buck Duveen se lanzó hacia el corazón de Dan, pero el arma de Pete Piatowsky fue más rápida que la navaja. Disparó una, dos veces. El hombre, herido, trastabilló hacia atrás, cual marioneta a la que de pronto le cortaran los hilos, y después cayó de rodillas. Ellie yacía en el piso, frente a Buck, que

contempló cómo el fuego comenzaba a lamer esos largos cabellos rojos. Ardían como un halo en torno del hermoso rostro.

—Ellie —susurró con una sonrisa—. Ellie...

Dan apagó las llamas del cabello con la mano, levantó a la joven y se la colocó sobre el hombro.

—Salgamos de aquí.

Piatowsky sujetó la escalera mientras ellos bajaban. Luego colocaron a Ellie sobre el fresco césped. Dan no sabía si estaba viva o muerta. Piatowsky ya estaba al teléfono, llamando a los paramédicos, a los bomberos, a la policía.

Un terrible aullido rompió la noche, y los dos hombres miraron hacia arriba.

Buck estaba agazapado en el ventanal. Con un tremendo esfuerzo se puso de pie, y logró sujetarse del marco con las fuertes manos. Parecía una gran ave de rapiña con las alas extendidas. La sensación de poder le recorría todo el cuerpo. Estaba más vivo que nunca, aunque en cada parte del cuerpo sentía la agonía del dolor. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un alarido.

Todavía gritaba cuando cayó hacia atrás, sobre las llamas.

Dan no se había movido ni un minuto de la cabecera de Ellie en el hospital en toda la noche. Le habían vendado las manos e insistían en que se marchara a casa. Le dijeron que la joven estaba bajo el efecto de un sedante muy fuerte y que dormiría durante horas, pero él se rehusaba a partir.

El rostro lastimado de Ellie tenía un resplandor amarillo y púrpura, la gasa antiséptica le cubría los brazos, en los que tenía quemaduras leves, y los médicos habían cortado lo que quedaba de su hermoso cabello rojo. Dan sentía que se le revolvió el estómago al pensar en lo cerca que había estado ella de la muerte. Todavía no sabía lo que había ocurrido en el tiempo que ella estuvo secuestrada, y con un profundo suspiro deseó que no fuera algo que le marcara el alma para siempre. Ya había sufrido demasiado.

Ellie nunca creyó que pudiera existir tanta paz, un silencio tan dulce o almohada más suave. Olía a hospital. Luchó contra el efecto del medicamento y contra el dolor, y abrió los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de Dan.

—Hola, amigo —aunque con tono ronco, su voz seguía siendo más dulce que la miel.

Dan levantó las manos con impotencia.

—Me da miedo tocarte. ¡Y tengo tantas ganas de darte un beso!

La amplia sonrisa era la de siempre.

—Adelante, amigo.

Se inclinó sobre ella y le rozó los labios.

—Considéralo como un anticipo —dijo él.

—¿Un anticipo? ¿De qué?

—De besos futuros y... ya tuve suficiente de todo ese asunto de la amistad. Te necesito, mujer.

—¿Ah, sí? —No pudo resistirse a bromear—. ¿Para qué?

—Déjame pensarlo. —Dan se pasó la mano por el despeinado pelo oscuro, con el ceño fruncido—. Para dirigir el salón de catar vinos en Running Horse. Tal vez se pueda abrir un café ahí, un bar pequeño, al estilo francés, con aserrín en el piso, manteles a cuadros verdes, excelente comida...

Ellie emitió un profundo suspiro.

—Dan Cassidy, cualquier mujer podría hacerlo. ¿Dónde crees que entro yo en todo eso?

—Precisamente en el centro. No puedo vivir sin ti.

Esta vez el suspiro fue de alegría, pero el sedante estaba surtiendo efecto de nuevo y los párpados comenzaron a cerrársele.

—En el centro de tu vida —murmuró ella—. Es ahí donde quiero estar siempre.

Los labios de Dan rozaron de nuevo los de la joven mientras ella volvía a dormir con tranquilidad.

Dan sonreía al contemplarla. Sabía que más tarde tendrían que hablar de lo ocurrido y ocuparse de resolverlo todo. Ellie necesitaría mucho tiempo para recuperarse de algo tan terrible, pero con su ayuda, y la paz y tranquilidad del rancho Running Horse, lograría sobreponerse. Tal vez el automóvil de Dan fuera en verdad un desastre, pero su vida era fantástica, y no se arrepentía de nada.

Habían triunfado.

Fin.

Epílogo

Ellie Parrish Duveen es una joven huérfana que adora a su abuela y ha abierto un pequeño restaurante que le permite ayudarla económicamente. La joven no ha pensado nunca en el amor hasta que conoce a Dan, un expolicía. Comienza entre ellos una profunda amistad que se transformará lentamente en un sentimiento apasionado.

Pero esta felicidad no durará. Buck Duveen, un peligroso psicópata, odia a la joven y a su abuela. Veinte años atrás Buck había sido encerrado en una clínica de alta seguridad por orden de la abuela Parrish. Al ser liberado, su único deseo es matar a la anciana y a su nieta. Un brutal episodio lleva a Ellie a refugiarse en la finca de Dan pero el amor no será suficiente para alejar a Buck, cuya locura aumenta su sed de venganza.

Cuando le pedimos a Elizabeth Adler que nos contara algo más acerca de los deliciosos platos que menciona en su novela *Tarde o temprano*, nos respondió: «Nosotros somos una familia que le gusta disfrutar de la comida». Ella y su esposo, Richard, un abogado retirado, son amantes de la cocina. «Él prepara comida hindú y yo prefiero la italiana: *risottos*, *osso buco*. Pero lo que realmente disfruto es adornar ensaladas». Su hija Anabelle es otro vínculo entre este libro y la vida personal de la autora. Ella estudió arquitectura pero algunos años más tarde dio una grata sorpresa a sus padres con la apertura de un café en Main Street en Santa Mónica.

Actualmente, la familia de Elizabeth vive al sur de California donde ella, oriunda de Gran Bretaña, disfruta del radiante Sol. Sin embargo, una vez al mes Elizabeth rinde tributo a sus raíces de Yorkshire con una comida inglesa tradicional de domingo que incluye *roast beef*, budín Yorkshire «y, por supuesto un *pinot noir* californiano, de Santa Bárbara».



Elizabeth Adler. Es el seudónimo de Ariana Scott nació en Yorkshire (Inglaterra). Se define como una niña rubia, flacucha, con unas redondas gafas, y tremendamente tímida. Conoció a su marido Richard cuando vivía en Londres y él se trasladó a vivir al apartamento de al lado del que compartía ella con unas amigas. Richard era abogado y trabajaba para una empresa de Televisión. Se enamoraron y tres meses más tarde su empresa lo envió a Brasil. Se escribieron y semanas después Richard le envió un billete de avión para que se reunieran en Río. Y han estado juntos desde entonces, más de treinta y tres años. Tienen una hija.

Han vivido en Brasil, USA, Inglaterra, Francia e Irlanda. Gran aficionada a la cocina, especialmente la italiana. Su otra gran afición, además de escribir, es viajar.

Escribió su primer relato en la escuela primaria, con ocho años, una serie de misterio sobre una colegiala. No volvió a escribir hasta que su hija fue a la escuela. Entonces se sentó y escribió la que sería su primera novela, *Leonie*. Ambienta sus novelas en lugares que ha conocido en sus viajes y sus personajes, aunque son ficticios, están basados su caracteres en personas reales.